

Miserando atque Eligendo.
El cuidado pastoral de las vocaciones

Saludo:

S. E. el Card. Beniamino Stella, Prefecto de la Congregación para el Clero

Presentación:

S. E. Mons. Joël Mercier y S. E. Mons. Jorge Carlos Patrón Wong
Secretarios de la Congregación para el Clero

La pastoral vocacional en la vida de la Iglesia

S.E. el Card. Alberto Suárez Inda, Arzobispo de Morelia (México)

La misericordia y la vocación en la Biblia

Doct. Bruna Costacurta, Pontificia Universidad Gregoria

Análisis de la realidad vocacional

S. E. Mons. Benvenuto Italo Castellani, Arzobispo de Lucca (Italia)

Nuevas realidades en materia vocacional

P. Amedeo Cencini

Intervención del International Serra Club

Sr. Dante Vanini, Presidente del International Serra Club

Panorama de conjunto de la enseñanza vocacional de la Iglesia

S.E. el Card. Vincent Gerard Nichols, Arzobispo de Westminster (Gran Bretaña)

Intercambio en grupos lingüísticos. Diálogo sobre la práctica de la Pastoral Vocacional actual
Síntesis de las aportaciones de los grupos.

La cultura vocacional en la Iglesia particular

S. E. Mons. Milton Luis Tróccoli Cebeido, Obispo auxiliar de Montevideo (Uruguay)

La responsabilidad vocacional de los Pastores.

S. E. Mons. Aliaksandr Yasheuski, S. D. V., Obispo auxiliar de Minsk-Miòhelev (Bielorussia)

Cuidado y selección de las vocaciones sacerdotales

S. E. Mons. Gualtiero Sigismondi, Obispo de Foligno (Italia)

Audiencia del Santo Padre

Saludo y presentación al Santo Padre por el S. E. el Card. Beniamino Stella
Palabras del papa Francisco

Conclusiones

S. E. el Card. Beniamino Stella, Prefecto de la Congregación para el Clero

SALUDO

S. Em. il Card. Beniamino Stella

Señores Cardenales,
Excelencias Reverendísimas
Queridos Sacerdotes,
hermanos y hermanas,

Hace pocos días se ha hecho pública la decisión del Santo Padre de dedicar, la próxima Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que tendrá lugar en octubre de 2018, a un tema de gran importancia en la actualidad: *“Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”*.

La finalidad de la reunión sinodal – como afirma el Boletín de la Sala Stampa de la Santa Sede – es *“acompañar a los jóvenes en su camino existencial hacia la madurez a fin de que, a través de un proceso de discernimiento, puedan descubrir su proyecto de vida y realizarlo con alegría, abriéndose al encuentro con Dios y con los hombres y participando activamente a la edificación de la Iglesia y de la sociedad”*.

Me parece que en estas palabras hay un resumen perfecto de lo que llamamos Pastoral Vocacional, un ámbito de vital importancia en el que cada uno de vosotros, de diferentes maneras y con funciones específicas, ofrece sus servicios: acompañar a los jóvenes, escucharlos, apoyar su madurez interior y, sobre todo, ayudarle en el discernimiento del proyecto de Dios sobre sus vidas.

Así, mientras que se ponen en marcha en busca de la propia vocación, los jóvenes pueden entrar en contacto con Dios y discernir de qué manera el Señor les está pidiendo ser «piedras vivas» de su Iglesia, descubriendo que también el camino del sacerdocio ordenado es un camino de belleza y alegría para la vida humana.

Es tan urgente recuperar la conciencia de la importancia de esta tarea, que la Congregación para el Clero ha pensado promover este Congreso para lo cual, desde muchas partes del mundo, se han reunido aquí para reflexionar juntos y comenzar un intercambio fraternal de experiencias humanas, espirituales y pastorales.

Distinguidos invitados, que amablemente han aceptado la invitación del Dicasterio, nos ayudarán a entrar en el tema y para plantear las preguntas adecuadas para la reflexión compartida; por mi parte, me gustaría que la iniciativa no continúe siendo una iniciativa aislada y ocasional, y sin el debido seguimiento pastoral.

Celebrando la Eucaristía en Santa Marta, hace unos días, el Papa Francisco ha recordado hasta qué punto el ser elegidos y amados por Dios es fundamento de nuestra vida humana y espiritual: "Un cristiano es una persona elegida. Pensamos en una pareja, cuando espera un bebé: "¿Cómo será? ¿Y cómo su sonrisa? ¿Y la manera de hablar? 'Pero me yo atrevo a decir que también nosotros, cada uno de nosotros, ha sido soñado por el Padre como un papá y una mamá sueñan al hijo que esperan. Y esto te da una gran seguridad. El padre te ha querido a ti, no a la masa sin nombre, no: a ti. usted. Cada uno de nosotros. Es el fundamento, es la base de nuestra relación con Dios. Nosotros hablamos a un Padre que nos quiere bien, que nos ha elegido, que nos ha dado nombre "(Papa Francisco, Homilía en Santa Marta 13 de octubre de 2014).

Por lo tanto, la pastoral vocacional «no es un elemento secundario o accesorio, o un momento aislado o sectorial, como una simple parte, aunque relevante, de la pastoral global de la Iglesia» (Juan Pablo II, Pastores dabo vobis, n. 34), sino más bien como el alma de la misión de la Iglesia: la vocación, de hecho, es connatural al ser cristiano y al ser Iglesia, porque en el origen de todo lo que hay es la mirada de Dios que se ha posado en mi vida y me ha llamado.

Me pareció importante, en este sentido, retomar el lema del Santo Padre, traído del relato evangélico de la vocación de Leví, como título de este Congreso: *miserando atque eligendo*. Es precisamente la amable y misericordiosa mirada del Señor, que se fija en nosotros y nos elige, la base de nuestra vida y de nuestra felicidad.

Jesús pasa, mira con amor, nos llama a seguirle. Y en el misterio de esta llamada, en la mirada que no nos juzga, sino nos escruta en nuestro interior y nos miraa, en la aventura del caminar sobre sus huellas, cada uno puede descubrir un proyecto que Dios le dirige personalmente a él.

Como pastores del Pueblo de Dios, no podemos permanecer indiferentes ante esta dinámica evangélica: nosotros somos ungidos y enviados no para administrar lo sagrado o para organizar y dirigir una estructura, sino, más bien, para «pasar» entre los hermanos, mirarlos en profundidad de modo que permita llegar a ellos la mirada de Dios, acompañarlos en el viaje, escuchar sus preguntas y asumir deseos, para que puedan descubrir el tesoro oculto que habita en ellos, la vocación.

Nuestro compromiso, sobre todo en el acompañamiento de los jóvenes, debe estar caracterizado como una capacidad educativa y espiritual creativa, mediante la cual podemos superar la distancia que hay entre nuestra sensibilidad y la de las nuevas generaciones, ofreciéndoles una escucha amorosa y una compasiva comprensión, acompañar, al diálogo, preguntas sanas sobre el misterio de la vida, ayudarles a buscar al Señor y para que, a continuación, algunos, dejando todo, le sigan.

Francisco nos ha ofrecido un retrato robot preciso de este arte del acompañamiento personal de los procesos de crecimiento, llamando a ésta una tarea profesional de toda la Iglesia, porque - dice el Papa - «En este mundo los ministros ordenados y los demás agentes pastorales pueden hacer presente la fragancia de la presencia cercana de Jesús y su mirada personal. La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos – sacerdotes, religiosos y laicos– en este «arte del acompañamiento», para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Ex 3,5). Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de *proximidad*, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y anime a madurar en la vida cristiana. (Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 169).

¡Nuestra tarea, sobre todo en el acompañamiento a los jóvenes, debe caracterizarse por una creativa capacidad pedagógica y espiritual, a través de la cual podamos superar las distancias con la sensibilidad de las nuevas generaciones y ofreciéndoles una amorosa escucha y compasiva comprensión, acompañarles, dialogar, plantear preguntas sobre el misterio de la vida, ayudarles a buscar al Señor y seguirlo para algunos dejándolo todo!

El Papa Francisco nos ha ofrecido un retrato robot preciso de este arte del acompañamiento personal de los procesos de crecimiento, animando a esta tarea a toda la Iglesia, actual porque: «*En una civilización paradójicamente herida de anonimato y, a la vez obsesionada por los detalles de la vida de los demás, impudorosamente enferma de curiosidad malsana, la Iglesia necesita la mirada cercana para contemplar, conmoverse y detenerse ante el otro, cuantas veces sea necesario*».

«*En este mundo los ministros ordenados y los demás agentes de pastoral pueden hacer presente el aroma de la presencia cercana de Jesús y su mirada persona. La Iglesia deberá iniciar a sus miembros -sacerdotes, religiosos y laicos- en este arte del acompañamiento, para que todos estén*

siempre dispuestos a «quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (Ex. 3,5) Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana». (PAPA FRANCESCO, *Evangelii gaudium*, n. 169).

El Santo Padre subraya que esta experiencia de encuentro ayuda a las personas a conocer mejor la propia historia y a orientarse en el futuro a partir del contacto con Dios, hacia el cual nosotros deberíamos conducirlo a través de un ejercicio de escucha, discernimiento y docilidad al Espíritu.

Es aquí donde nosotros descubrimos hasta qué punto nuestra misión pastoral está “*destinada a cuidar el nacimiento, el discernimiento y acompañamiento de las vocaciones, en particular de las vocaciones al sacerdocio. Precisamente porque la falta de sacerdotes es ciertamente la tristeza de toda iglesia la pastoral vocacional exige, hoy, sobre todo, ser asumida con un nuevo, vigoroso y más decidido compromiso por parte de todos los fieles*” (GIOVANNI PAOLO II, *Pastores dabo vobis*, n. 34).

Es este empeño por animar, promover y proponer las vocaciones, de manera especial, las del sacerdocio ordenado, a lo que llamamos pastoral vocacional; está refiriendo a la historia concreta de cada uno y al contexto cultural y eclesial en el que trabaja, no puede ser conducido a través de programas abstractos o soluciones precocinadas, sino que necesita de personas que sean expertas en reconocer el «misterio de la vida del otro» y saber guiarlo, con paciencia y comprensión”, al encuentro consigo mismo y con el Evangelio de Cristo (cfr. PAPA FRANCESCO, *Evangelii gaudium*, n. 172).

Pastores y agentes pastorales, por eso, nos encontramos aquí precisamente para crecer en la misión que se nos ha confiado: necesitamos nuevos estímulos, de acoger la novedad que el Espíritu nos sugiere, de preguntarnos sobre los métodos y el lenguaje del anuncio vocacional y, sobre todo, de aprender cada vez más a favorecer el encuentro entre los jóvenes y Dios, mostrándoles que vale la pena seguir al Señor, también en el camino del ministerio ordenado.

En tanto les doy mi más cálida bienvenida y os doy las gracias por vuestra presencia tan numerosa, os deseo que esta iniciativa pueda representar para vosotros una valiosa oportunidad para la oración, el agradecimiento a Dios por el don de nuestra vocación, de reflexión y confrontación, que pueda enriqueceros y ofreceros herramientas importantes para continuar con nuevo ímpetu vuestra misión vocacional en sus respectivas diócesis.

PRESENTACIÓN DEL CONGRESO (I)

Mons. Jorge Carlos Patrón Wong

1.El Congreso Internacional que estamos a punto de comenzar quisiera representar un momento de oración, de reflexión y de compartir, capaz de hacernos descubrir la belleza de la vocación que hemos recibido y, al mismo tiempo, de hacer crecer en nosotros el deseo de ser una «Iglesia en salida» en perspectiva misionera, eso es, pastores y agentes vocacionales que ofrecen con generosidad y entrega el acompañamiento y el discernimiento, ayudando a los hermanos a descubrir la grandeza y la belleza de la vocación a la que Dios le llama. Descubrir que hemos sido amados y llamados por el amor de Dios, en efecto, desde el momento en el que «la alegría del evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera» (EG, n 20).

2.Por el hecho de que el fundamento de todo es el amor de Dios que os ha llamado, hemos elegido para este Congreso el lema del Papa Francisco: «*Miserando atque eligendo*», que nos recuerda el lazo fundamental entre la misericordia de Dios y la vocación, lazo profundamente radicado en la doctrina bíblica. Hemos sido llamados por el nombre, con amor, con una mirada de misericordia que no ha querido juzgarnos y no nos ha tenido a distancia sino, al contrario, ha ofrecido una luz a nuestro camino y nos ha permitido descubrir quiénes somos de verdad: personas marcadas por la fragilidad y el pecado, en las cuales aún está esculpida la imagen de Dios. No debemos olvidar jamás este gran misterio, origen y fuente permanente de nuestro servicio ministerial. La misericordia divina está en el origen de la vida misma, es el alma de nuestra vocación y también de nuestra formación permanente. ¿Qué sería de nosotros, Sacerdotes y Obispos, ¿sin la experiencia de esta mirada amable y misericordiosa de Dios que no mira nuestro pecado y nos llama a compartir el proyecto del Reino de Dios?

Por este motivo el Congreso Internacional de Pastoral Vocacional ha sido convocado dentro del Jubileo extraordinario de la Misericordia. Queremos subrayar que la postura legítima de los pastores de la Iglesia hacia la juventud es precisamente misericordioso, porque acompañar a un muchacho, una muchacha en la búsqueda de sentido para su vida y mantenerlo hasta el final es un acto de misericordia, profundamente pastoral, que ocurre dentro de la comunidad cristiana. Es un gran privilegio sentir el latido de la vida entre los jóvenes y, al mismo tiempo, percibir la grandeza de la misericordia de Dios que llama y envía nuevos apóstoles para el bien de su pueblo.

3.El subtítulo de este Congreso nos hace notar que todos los pastores de la Iglesia tenemos una tarea vocacional, que está en la esencia del mismo ministerio sacerdotal: «*La preocupación pastoral de las vocaciones*». La historia de la Iglesia es la de un conjunto de vocaciones imbricadas entre sí, y así, la guía de la comunidad cristiana resulta siempre una preocupación pastoral de sus miembros, tanto al comienzo, con la escucha de la voz de Dios que llama, sea durante un proceso formativo y de modo ininterrumpido en la formación permanente. Cuando cada fiel ha descubierto y vive una llamada de Dios, tal comunidad se convierte en una comunidad viva y carismática, como un cuerpo viviente. Ninguna vocación es indiferente para el cuerpo. Todos los carismas vienen como un don del Espíritu Santo a la Comunidad diocesana, porque cada uno de ellos es un miembro viviente de la Iglesia particular.

Es una responsabilidad propia de los pastores, de los Obispos y Sacerdotes, el hacer notar la voz de Dios que llama a cada uno de los miembros de la comunidad diocesana y parroquial. Se trata de la proclamación del Evangelio de la vocación, parte necesaria del proceso de evangelización. Después viene la formación de los candidatos, los ministros ordenados tienen la grave responsabilidad de

edificar, mostrar su personal ejemplo de vida, los seminaristas y aquellos que están en un proceso formativo en la vida consagrada, con una actitud general, la de colaborar si es posible con la comunidad de formadores. Por último, también es una tarea pastoral el apoyo a aquellos que ya han pronunciado su «sí» al Señor y van adelante en un proceso de formación permanente.

4. Hace tres años, la *Pontificia Opera para las Vacaciones Sacerdotales*, fundada en 1941 por el Santo Padre Pío XII, ha sido transferida a la Congregación del Clero. De esta manera se hace ahora más fuerte la conexión entre el ministerio Pastoral de Sacerdotes y Obispo y el cultivo de las nuevas vocaciones, garantía de continuidad y renovación para cada Iglesia particular.

5. El trabajo cotidiano en la Congregación del Clero nos permite entender mejor cómo *el proceso de la vida sacerdotal* es sólo uno. Comienza con la llamada bautismal, que se concreta bajo la forma específica de la vocación sacerdotal, se desarrolla con la formación básica en los años del Seminario y se continúa a través de la formación permanente, lo mismo sucede en el caso de otras vocaciones, siempre con matices diversos.

Nos damos cuenta también de la gran importancia de la formación permanente, que ocupa el tiempo más largo del ministerio y de la vida de los sacerdotes. En consecuencia, todo lo que aprende, tanto en el proceso vocacional como en el Seminario debe ser presentado de manera que pueda garantizar la continuidad a lo largo del ejercicio del ministerio sacerdotal hasta la muerte. Las carencias significativas en los primeros momentos vocacionales se transforman con el tiempo en obstáculos, a veces insuperables en la vida presbiteral.

6. 75 años de trabajo desde el inicio de la Pontificia Opera para las Vocaciones Sacerdotales nos han aportado una *sólida doctrina vocacional* que no debería ser olvidada. Más allá de la situación vocacional actual, nuestro punto de partida es muy rico, me refiero en primer lugar, al mensaje anual de los Papas para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, junto a la profunda doctrina vocacional y eclesial del Concilio Vaticano II, en especial la Constitución *Lumen Gentium* y el decreto *Optatam Totius*, y también la Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* y *Pastores Dabo Vobis*. En un segundo plano deberíamos valorar todos los documentos emanados de Congresos vocacionales precedentes, tanto a nivel internacional, como continental, en los cuales ha sido clarificado progresivamente el papel de las instituciones vocacionales y también el modo de trabajar en el acompañamiento y el discernimiento vocacionales.

7. En este conjunto de doctrina vocacional Hay que *resaltar dos puntos* con referencia al tema del Congreso:

a) La *misión vocacional* del Obispo en la diócesis y del Sacerdote en la parroquia y en los movimientos eclesiales, constituye un deber que atañe a todos los fieles en su vocación personal. El Obispo y el Sacerdote, en virtud del propio ministerio, deben hacerse cargo de todas las vocaciones. Al contrario, por ejemplo, una insensibilidad, ante la vida religiosa, a la vida contemplativa o a los movimientos eclesiales, sería una clara prueba de una fuerte carencia de identidad sacerdotal.

b) La promoción, el acompañamiento y la cuidada selección de los *candidatos al Seminario* diocesano, punto recurrente en las intervenciones del Papa Francisco sobre esta materia, representa un deber de fidelidad de los pastores a la comunidad diocesana, dado que en un futuro será confiada a estos candidatos su guía pastoral

Entre estos dos puntos no hay contradicción, sino una profunda complementariedad. En el Iglesia Particular todas las vocaciones son un don del Señor. Donde hay una tierra fecunda, esto es, una Comunidad diocesana consistente, crecen todos sus miembros.

PRESENTACIÓN DEL CONGRESO (II)

Mons. Joël Mercier

8. El ministerio pastoral al servicio de las vocaciones y de su promoción, tal como nos ha sido presentado por Mons. Patrón Wong, necesita ser apoyado y organizado de manera estructural en la Iglesia; es con este fin con el que, a lo largo de la historia, han nacido algunas instituciones de promoción vocacional, por lo general presentes en todas nuestras Conferencias Episcopales: el Centro Diocesano para las vocaciones, el Seminario Diocesano y el Centro vocacional nacional.

a) El *Centro Diocesano* para las Vocaciones se pone al servicio de todas las vocaciones. Su fin es precisamente la vida vocacional de toda la comunidad cristiana, especialmente de los jóvenes creyentes. Debe desarrollar una acción profunda y capilar, capaz de hacer sentir la llamada de Cristo a todos y de acompañar a cada uno en un proceso humano y espiritual de crecimiento vocacional. Constituye el ámbito natural de la comunión entre todos los agentes vocacionales presentes en las Diócesis. El Centro Diocesano promueve y garantiza el desarrollo equilibrado de la gran diversidad de vocaciones, servicios y ministerios que traen belleza y profundidad a la vida de la Comunidad Diocesana.

b) El *Seminario diocesano*, bajo la guía del Rector, debe hacer todo lo necesario para garantizar un acompañamiento adecuado y una cuidada selección de los candidatos antes de su admisión al seminario. Esta tarea, particularmente unida al ministerio del Obispo, se hace paralelamente en cada Casa de formación de la Vida Consagrada, bajo la responsabilidad de sus legítimos Superiores.

c) Los seminaristas ocupan un lugar privilegiado de cara a la promoción de las vocaciones sacerdotales a causa de su natural cercanía a las nuevas generaciones. En cada momento del proceso formativo los seminaristas pueden desempeñar un papel peculiar: Durante el Curso Propedéutico ofrecen un testimonio de fe que está a la vez en camino de revisión y maduración. En el periodo de la etapa filosófica o discipular pueden ser un punto de referencia para los jóvenes que buscan la santidad de vida, la santidad juvenil. En la etapa teológica o configuradora, los seminaristas son iniciados en el servicio de la pastoral juvenil y en el arte del acompañamiento personal. En fin, el seminarista de la etapa de síntesis vocacional, cerca de la Ordenación diaconal y presbiteral, se encuentra en una ventana privilegiada sobre todo cuando su actitud es la evangélica de la humildad en el servicio. Conviene que todos los seminaristas puedan hacerse conscientes de su tarea vocacional y ejercitarla con la alegría de quien comparte el don recibido del Señor.

d) Otra institución relevante es el *Centro Nacional* para la pastoral vocacional, siempre unido a las comisiones correspondientes de la Conferencia Episcopal. El Centro Nacional ofrece un apoyo y una guía para la acción vocacional de las diversas diócesis y provincias eclesiales, establece los criterios para la unidad y la comunión y garantiza una adecuada formación de los agentes de pastoral vocacional. A veces estos Centros Nacionales preparan revistas y materiales de un alto valor, colaborando significativamente a la comunión y sobre todo a la buena salud de los miembros más relevantes de la Iglesia.

9. El cuidado apropiado de las vocaciones es un signo de la *madurez de la Iglesia Particular*. Por la experiencia pastoral tenida Congregación para el Clero, queremos hacer hincapié en el vínculo profundo que existe en cada Iglesia Particular entre la pastoral vocacional, la formación inicial y la permanente. Los tres procesos son un testimonio de la madurez del presbiterio y de toda la comunidad diocesana. Sólo los sacerdotes que viven su ministerio en un continuo crecimiento, alcanzan la

sensibilidad pastoral necesaria para promover, acompañar y discernir las diferentes vocaciones, que nacieron justo en el campo sembrado por el Señor en la Iglesia Particular.

10. Hemos reservado esta casa de los salesianos para compartir lo más posible entre nosotros: la oración con la Liturgia de las Horas, la Eucaristía, un momento de adoración al Santísimo Sacramento, las comidas, con la conciencia de que nuestra Asamblea se constituye a través del encuentro diario entre las personas.

11. Ha sido invitados a participar en el Congreso:

Los Obispos encargados de la Pastoral Vocacional en cada Conferencia Episcopal con la competencia de la Congregación para el Clero

Los Secretarios Ejecutivos de la Pastoral Vocacional a nivel nacional

Algunos Coordinadores de la pastoral vocacional a nivel diocesano.

12. Han sido invitados también en calidad de observadores:

Otros Dicasterios de la Curia Romana.

El Instituto de Pastoral Vocacional de la Pontificia Universidad Salesiana.

El Instituto de Psicología y el Centro “San Pedro Fabre” de la Pontificia Universidad Gregoriana.

Los miembros del Consejo del Internacional Serra Club.

Algunas instituciones religiosas que han desarrollado una tarea vocacional y formativa en la Iglesia durante bastante tiempo.

La riqueza que circulará en el compartir de estos tres días será un valioso regalo para todos nosotros; en esta experiencia, más allá del contenido de cuanto podemos hacer, será importante dejar que el Señor hable, ser una Iglesia que se pone a la escucha de lo que el Espíritu quiere sugerir y permitir la libertad incondicionada de la Palabra de Dios para poner de manifiesto lo que quiere. Después, cada uno, enriquecido por esta iniciativa vivida junto con otros hermanos en la fe, vendrá en su propia Iglesia y encontrará caminos, herramientas, métodos y lenguajes para comunicar el Evangelio de Cristo, de una manera creativa y nueva. Para ello, os invitamos a participar activamente y esperamos caminar juntos, unidos en la comunión y acompañados por la abundante misericordia de Dios.

LA PASTORAL VOCACIONAL EN LA VIDA DE LA IGLESIA

S. E. il Card. Alberto Suárez Inda

Saludo fraternalmente a todos los presentes.

Agradezco al Señor Cardenal Beniamino Stella, Prefecto para la Congregación para el Clero, así como a sus colaboradores, la amable invitación para intervenir con este tema relacionado con la pastoral de las vocaciones.

Permítanme compartir con sencillez algunas reflexiones como alguien que, igual que ustedes, ha sido llamado y acompañado, como alguien que ha tenido la fortuna de acompañar a otros en el camino de su vocación.

Sabiendo que no hay dos vocaciones idénticas, pero hay algunos elementos esenciales de la vocación que todos hemos vivido, he pensado en un sencillo esquema siguiendo en la exposición los puntos que un periodista ha de tener en cuenta al redactar la nota de un acontecimiento.

Porque la vocación ante todo es eso, un hecho de vida, un evento en la existencia de una persona, al cual hemos de aproximarnos sin juicios previos, con una actitud de respeto y apertura a lo imprevisible.

Algunas cuestiones son fundamentales para quien pretende relatar un acontecimiento.

¿Qué fue lo que sucedió?

¿Quiénes participaron como protagonistas principales y otros?

¿Dónde o en qué contexto tuvo lugar este suceso?

¿Cuándo o en qué momento se dio?

¿Qué actitudes han de considerar los que actúan como mediadores?

I. ¿Qué acontece cuando se da una vocación?

Para identificar o calificar el hecho de la vocación nos ayuda la frase *Miserando atque Eligendo* propuesta como inspiración para este congreso y lema del escudo episcopal del Papa Francisco. Es una expresión acuñada por San Beda el Venerable en la homilía en la que comenta el pasaje evangélico de la vocación de Mateo.

El texto evangélico dice que «Jesús vio a un hombre llamado Mateo que estaba sentado a la mesa de recaudación de impuestos y le dijo: Sígueme. Él se levantó y lo siguió» (Mt 9, 9). Y comenta San Beda: «lo vio más con la mirada interna de su amor que con los ojos corporales. Jesús vio al publicano haciéndolo objeto de su misericordia y eligiéndolo le dijo: sígueme, que quiere decir: imítame. Le dijo sígueme, más que con los pasos, con el modo de obrar. Porque quien dice que está siempre con Cristo ha de andar de continuo como Él anduvo» (Homilía 21). Inmediatamente después de recordar el instante preciso de su llamada, Mateo narra la comida en su casa en la que fue huésped Jesús, así como el escándalo que provocó a los fariseos quienes preguntaron ¿por qué come con publicanos y pecadores? ... a lo que Jesús respondió: «No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores» (Mt. 9, 13). Lo que algunos traducen «haciéndolo objeto de su misericordia» se resume en el neologismo que usa el Papa Francisco: ‘misericordiándolo’.

Vale la pena recordar el comentario de San Jerónimo que escribe: «los otros evangelistas, por respeto y deferencia no quisieron llamarlo por su nombre habitual. Lo llamaron Leví, pues tenía dos nombres. Pero Mateo, siguiendo el precepto de Salomón que dice: ‘el justo comienza por acusarse a sí mismo’ y en otro lugar ‘confiesa tus pecados para ser justificado’, se llama a sí mismo Mateo y publicano para mostrar a sus lectores que... él fue cambiado repentinamente de publicano en apóstol» (Comentarios al Evangelio de San Mateo).

En la vocación se da un cambio, una conversión de la persona, un vuelco en su vida, pero el llamado sigue siendo él mismo. Construye su futuro a partir de la historia pasada, sin negarla sino asumiéndola, así resplandece más la gracia y la misericordia. En pocas palabras podemos decir que la vocación es una obra de misericordia divina. En este sentido es impresionante el testimonio de San Pablo: “Doy gracias a Nuestro Señor Jesucristo porque me ha considerado digno de confianza, llamándome a su servicio... Es doctrina cierta y digna de fe que Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el peor de ellos. Si encontré misericordia, fue para que Jesucristo demostrara en mí toda su paciencia” (1 Tim 1, 12-16).

Otro aspecto esencial de la vocación es que se trata del encuentro de dos libertades: la libertad del que llama y la libertad del que responde al llamado. Al recordar San Mateo que Jesús «lo eligió... él se levantó y lo siguió» resalta el contraste con lo que él mismo recuerda en su Evangelio a propósito de aquel joven rico a quien Jesús «le dijo: ven y sígueme y al oír estas palabras se retiró entristecido porque tenía muchos bienes» (Mt 19, 21-22).

Hay que subrayar ante todo la libertad del que llama como lo expone magistralmente San Juan Pablo II en PDV: «toda vocación cristiana encuentra su fundamento en la elección gratuita y precedente de parte del Padre que nos eligió en Cristo» (No. 35). Como traduciría el Papa Francisco: Dios nos «primerea». Continúa reafirmando PDV: «la intervención libre y gratuita de Dios que llama es absolutamente prioritaria, anterior y decisiva ... decisión libre y soberana de Dios que al llamar al hombre exige respeto absoluto, y en modo alguno puede ser forzada por presiones humanas, ni puede ser sustituida por decisión humana alguna. La vocación es un don de la gracia y no un derecho del hombre» (No. 36).

Pero esta iniciativa de Dios que «misericordea y primerea» no se opone a la libertad del hombre sino más bien la presupone. Es un desafío a la libertad del que es llamado (Cfr. PDV 36). La libertad del hombre es también esencial para la vocación pues exige una respuesta positiva, una adhesión personal profunda. Ya el beato Pablo VI decía que «no puede haber vocaciones, si no son libres, es decir, si no son ofrenda espontánea de sí mismo, consciente, generosa, total. ... La libertad se sitúa en su raíz más profunda, la oblación, la generosidad, el sacrificio» (Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, 1968).

En la época actual, más que antes, nos encontramos con un ambiente cultural que puede entorpecer este aspecto de la vocación, me refiero a la manera de entender y vivir la libertad humana. Lo señala como gran desafío el capítulo 1 de PDV: «En no pocos jóvenes la libertad se vive como un asentimiento ciego a las fuerzas instintivas y a la voluntad de poder del individuo... Se hace difícil un reconocimiento del significado de la vida como don libre y responsable de sí mismo» (No. 8). Sin embargo, también hoy «la Iglesia sabe que puede afrontar las dificultades y retos de este nuevo periodo de la historia sabiendo que puede asegurar, incluso para el presente y para el futuro, sacerdotes bien formados, servidores fieles y generosos... No ocultemos las dificultades, que no son pocas ni leves. Pero para vencerlas está nuestra esperanza, nuestra fe en el amor indefectible de Cristo, nuestra certeza de que el ministerio sacerdotal es insustituible para la vida de la Iglesia y del mundo» (No. 10)

El examen sobre la libertad en el que reiteradamente se pregunta a los candidatos en el rito de la ordenación no es un simple formulismo sino la manifestación pública y solemne de compromisos que se asumen voluntariamente.

II. Los protagonistas y otros que intervienen

Prácticamente sin sentirlo ya estamos respondiendo al segundo cuestionamiento que se refiere a los implicados en el hecho de una vocación: Dios, el hombre y la Iglesia.

- *Dios* llama, pero no un Dios impersonal que condicione el destino de sus creaturas, sino Dios *Padre* que dialoga con su Hijo, Dios *Hijo* que responde al Padre y nos invita a participar de su condición filial, Dios *Espíritu Santo* que ilumina la mente del llamado y lo fortalece para hacerlo capaz de entregarse y ser fiel.

- El que es llamado es un *hombre*, una persona, pero no un individuo aislado, sino alguien que forma parte de una familia, de un pueblo, de una comunidad, un miembro de la Iglesia.

- La mediación de la *Iglesia* en la Pastoral Vocacional no es algo accidental sino forma parte de la esencia de toda vocación cristiana y es algo consubstancial a la Iglesia. «La vocación define el ser profundo de la Iglesia, incluso antes que su actuar. En el mismo vocablo de *Iglesia* se indica su fisonomía vocacional íntima» (PDV 34). La Iglesia es la asamblea de los convocados que son a su vez convocantes. La Iglesia es una convocación y una permanente convocatoria. Las vocaciones se generan en la Iglesia, han de madurar y educarse en la Iglesia, están orientadas y tienen su finalidad al servicio de la edificación de la Iglesia.

El Concilio Vaticano II da una nueva perspectiva en la teología de la vocación. La Constitución sobre la Iglesia (L.G.) sitúa las vocaciones específicas al ministerio ordenado (cap. III) y a la vida laical (cap. IV) después de hablar del Pueblo de Dios (cap. I) y antes de tratar de la Vocación Universal a la Santidad (cap. V). Este orden es sumamente significativo y lo veremos reflejado en adelante en el magisterio postconciliar.

Por ejemplo, los documentos de las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano también muestran este nuevo enfoque. Mientras el documento de Río de Janeiro, anterior al Concilio Vaticano II, dio suma relevancia al tema de las vocaciones sacerdotales, del clero, de religiosos y religiosas, dedicándole todo el primer capítulo, lo trata como un tema aparte, antes de referirse a la acción pastoral o «cura de almas». Era la visión jerárquica preconiliar.

A partir de Medellín se enmarca la pastoral vocacional en el contexto de toda la acción de la Iglesia. Quiero citar el n.23 que afirma: «Toda la comunidad cristiana unificada y guiada por el Obispo es responsable solidariamente del desarrollo vocacional».

La Conferencia de Puebla trata el tema de la Pastoral Vocacional con amplitud (del número 850 al 868) reafirmando que es deber de toda la Iglesia y que debe ser «una acción encarnada y diferenciada. Es decir, debe responder a los problemas de cada nación y reflejar la unidad de ese cuerpo diversificado cuya cabeza es Cristo».

Santo Domingo señala la pastoral vocacional como «una prioridad» señalando hechos de la realidad y criterios para promoverla en las diócesis.

El documento de Aparecida dice en el número 315: «Plenamente integrada en el ámbito de la pastoral ordinaria, la pastoral vocacional es fruto de una sólida pastoral de conjunto». Y anteriormente en una perspectiva muy amplia señalaba: «en lo que se refiere a la formación de los discípulos misioneros de Cristo, ocupa un puesto particular la pastoral vocacional, que acompaña cuidadosamente

a todos los que el Señor llama a servirle a la Iglesia en el sacerdocio, en la vida consagrada o en el estado laical» (No. 314).

- *El obispo* de cada diócesis sabe que le corresponde a él “la primera responsabilidad de la pastoral orientada a las vocaciones sacerdotales y que está llamado a vivirla en primera persona” (PDV 41).

San Rafael Guízar y Valencia, Obispo de Veracruz, solía decir: «Un obispo se puede quedar sin báculo o mitra, incluso sin catedral, pero nunca sin seminario». En tiempos de la persecución religiosa en mi patria, entre 1920 y 1940, en forma clandestina no dejaron de formarse jóvenes generosos, que alentados y sostenidos por obispos como San Rafael Guízar, tuvieron la oportunidad de llegar a ser sacerdotes con formación espiritual sólida y ardor apostólico.

Al obispo pues, le corresponde la responsabilidad de animar la pastoral vocacional, cuidar la formación de los candidatos, y al final discernir sobre la idoneidad de los mismos. Porque siendo la vocación «una obra de misericordia» también exige, como lo indica Pablo a Timoteo y a Tito, una madurez y una serie de virtudes que den fundada esperanza de que los ordenados ejercerán dignamente su ministerio (1 Tm 3, 1-7. Tito 1, 5,9). Siempre valdrá para el obispo la advertencia del Apóstol: «No te apresures en imponer las manos a nadie» (1 Tm 5, 22), aún en casos de escasez de sacerdotes, sin llegar a una actitud escrupulosa o demasiado rigorista.

Pensemos que tanto el obispo como los que informan del candidato pueden equivocarse, no son infalibles, y siempre se corren riesgos, pues la vocación no sólo se nos da «al sacerdocio» recibiendo la gracia de la ordenación, sino que exige a cada uno «una respuesta que deberá renovarse y reafirmarse continuamente durante los años del sacerdocio... En este sentido, se puede hablar de una vocación *en* el sacerdocio» (PDV 70).

Después de admitir a los candidatos a las sagradas órdenes, le queda al Obispo la tarea de acompañarlos en la formación permanente, como respuesta al don recibido por la imposición de las manos y como necesidad de avivar la gracia durante todos los días de la vida.

Con sencillez les comparto que, a través de mis largos 31 años de episcopado, Dios me ha concedido vivir el gozo de ordenar a más de 300 presbíteros, la tristeza de ver que aproximadamente 20 de ellos han dejado el ministerio, y unos 10 han muerto, de los cuales dos asesinados con alevosía.

-«Todos los *sacerdotes* son corresponsables (con el Obispo) en la búsqueda y promoción de vocaciones presbiterales... Su vida misma... su entrega... su testimonio... su concordia fraterna... son el factor primero y más persuasivo de fecundidad vocacional» (PDV 41). Su labor en las parroquias y grupos es insustituible. No basta un «encargado de pastoral vocacional».

-*Los seminaristas* con su alegría, juventud y creatividad son también muy importantes agentes de pastoral vocacional.

- *La familia* será siempre, como Iglesia doméstica, la primera institución que favorezca las vocaciones, formando a los hijos en la auténtica libertad, para que sean capaces de hacer opciones generosas en la vida. Educadora en la fe, la familia será la mediadora que facilite el que un joven escuche el llamado de Dios (Cfr. PDV 41). La realidad es que hoy muchos seminaristas provienen de familias fracturadas y lo resienten.

- *La escuela*, apoyando a la familia en la tarea educativa, ha de facilitar a los alumnos descubrir la dimensión vocacional como valor propio y fundamental de la persona humana (Ib. 41).

-*Los grupos apostólicos*, de familias y de jóvenes, especialmente la Obra de las Vocaciones pueden ser de gran apoyo y motivación.

III. Lugar o contexto del hecho

Pasando al “dónde”, quisiera referirme no tanto a lugares geográficos sino más bien a ambientes culturales.

Muy significativos me parecen dos hechos que se remontan a los orígenes de mi Diócesis. El primer Obispo de Michoacán, el Siervo de Dios Vasco de Quiroga, hace 480 años, poco antes del Concilio de Trento, fundó el Colegio de San Nicolás donde convivían y se educaban chicos indígenas y criollos, compartiendo la lengua y las vivencias. Estando entonces restringido el acceso al ministerio sacerdotal para los indígenas, él dio el paso de conferirles “órdenes menores”. Y en esa misma época, un insigne misionero, Fray Jacobo Daciano, quien, habiendo renunciado a los privilegios como Príncipe de Dinamarca, se hizo fraile franciscano y fue enviado a la Nueva España, a tierras de Michoacán, llegó a afirmar que: “No habrá una Iglesia según el Espíritu Santo, mientras no haya ministros ordenados indígenas”.

La Conferencia de Santo Domingo exhorta a “procurar el fomento de las vocaciones que provengan de todas las culturas presentes en nuestras iglesias particulares. El (Papa Juan Pablo II) nos ha invitado a prestar atención a las vocaciones indígenas” (No. 80).

En la Iglesia Universal hay una diversidad enorme de situaciones que van cambiando y que favorecen o no el florecimiento de las vocaciones. Siempre habrá que confiar en la gracia de Dios que no abandona a su Iglesia (Cfr. PDV 1), y por otro lado tener cuidado en el discernimiento sobre las motivaciones y la rectitud de intención. Porque inconscientemente puede infiltrarse en el deseo de ser sacerdote el afán de promoción social. O en un supuesto propósito de disponibilidad para servir a la Iglesia en otros países, la tentación de salir de un ambiente de pobreza o de adversidad.

Siempre hay que partir de la catolicidad de la Iglesia y considerar como un gran signo de comunión el don de las vocaciones. La Conferencia de Puebla afirma respecto a América Latina: “es verdad que nosotros mismos necesitamos misioneros. Pero, debemos dar desde nuestra pobreza”, con el criterio de ofrecer a los mejores para la misión.

IV. El tiempo en el cual se da la vocación

Refiriéndonos al tiempo recordemos en primer lugar la parábola de los obreros de la viña (Cfr. Mt 20, 1-16). Estoy convencido de que no hay vocaciones tardías ni prematuras, sino que cada una se da en el momento del kairós, es decir, que Dios llama cuando quiere.

Es verdad que «el periodo juvenil es periodo privilegiado, aunque no único, para la opción vocacional. Por ello, toda pastoral juvenil debe ser al mismo tiempo pastoral vocacional» (Puebla 865). Pero «debe prestarse igualmente especial atención a aquellos que en edad adulta reciben la llamada del Señor para una vocación cristiana específica» (Puebla 868). Puedo dar testimonio de algunos casos de hombres que, habiéndose ordenado a los 40 ó 50 años de edad, son buenos sacerdotes.

No se han de menospreciar los gérmenes de vocación en la infancia y adolescencia. Es ejemplar el caso del mismo Jesús quien, a los 12 años, en el umbral de la que se consideraba en su época mayoría de edad, tuvo la lucidez y valentía para afirmar: “debo ocuparme de los asuntos de mi Padre” (Lc. 2, 49-50), con la consiguiente sorpresa e incompreensión de María y José.

En los seminarios menores «profundamente renovados... se debe buscar que los jóvenes no pierdan el contacto con la realidad ni se desarraiguen de su contexto social» (Puebla 870, 871).

Es muy puntual el día y la hora que señala el Apóstol San Juan en su Evangelio de aquel diálogo decisivo con el Maestro que preguntó a dos discípulos del Bautista: *¿Qué quieren?*, ellos respondieron con otra pregunta *Rabbi, ¿dónde vives? Vengan y lo verán. Vieron dónde vivía y se*

quedaron con Él ese día. Eran como las 4 de la tarde (Jn 1, 38-39). Fue algo que quedó grabado en su memoria.

Estoy seguro que cada uno podría dar un testimonio personal acerca del momento en que recibió una manifestación de la gracia, no necesariamente en circunstancias extraordinarias. Así lo ha platicado el Papa Francisco recordando aquel día en que fue a confesarse con un sacerdote en Buenos Aires y entonces captó claramente que Dios lo llamaba al sacerdocio.

V. Actitudes de otros protagonistas

Finalmente deseo resaltar algunas actitudes que debe tener todo agente de Pastoral Vocacional: el promotor de vocaciones, el director espiritual, el sacerdote, el obispo, y de alguna manera todo educador, el padre de familia, el maestro, el animador de un grupo. No son simples espectadores sino verdaderos actores.

Transcribo aquí algunas indicaciones que nos da el Papa Francisco en su Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, en los números 169 al 173, sobre *el acompañamiento personal de los procesos de crecimiento*.

«Los ministros ordenados y los demás agentes pastorales pueden hacer presente la fragancia de la presencia cercana de Jesús y su mirada personal. La Iglesia tendrá que iniciarlos... en este arte del acompañamiento... tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana» (169).

«El acompañamiento espiritual debe llevar más y más a Dios, en quien podemos alcanzar la verdadera libertad» (170).

Los agentes de pastoral «conozcan los procesos donde campea la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al espíritu... necesitamos ejercitarnos en el arte de escuchar, que es más que oír... capacidad del corazón que hace posible proximidad, sin la cual no existe un verdadero encuentro espiritual... a partir de esta escucha respetuosa se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento, despertar el deseo del ideal cristiano, las ansias de responder al amor de Dios... siempre con la paciencia... “Una pedagogía que lleve a las personas, paso a paso, a la plena asimilación del misterio” (Ecclesia in Asia, 20) ... para que las personas sean capaces de decisiones libres y responsables, es preciso dar tiempo, con una inmensa paciencia» (171).

«El acompañante sabe reconocer que la situación de cada sujeto ante Dios y su vida en gracia es un misterio que nadie puede conocer plenamente desde afuera... un buen acompañante no consiente los fatalismos o la pusilanimidad... la propia experiencia de dejarnos acompañar nos enseña a ser pacientes y compasivos con los demás y nos capacita para encontrar las maneras de despertar su confianza, su apertura y su disposición para crecer» (172).

«El auténtico acompañamiento espiritual siempre se lleva adelante en el ámbito del servicio a la misión evangelizadora... en medio de la acción apostólica» (173).

En forma de decálogo señalo algunas características que han de distinguir al promotor vocacional, al padre de familia, al educador, al formador del seminario, al director espiritual, al obispo, a todo aquel que acompaña en su camino de búsqueda y discernimiento a un vocacionable.

1) Cercanía que despierte confianza.

2) Intuición para descubrir sus expectativas veladas y percibir su petición de ayuda a veces no expresada.

- 3) Ser testimonio creíble y atractivo por la coherencia de vida, alegría y entrega.
- 4) Disponer de tiempo y estar siempre disponible para escucharlo.
- 5) Respeto ante aquel en el que se manifiesta la gracia de un Dios soberano y se espera una respuesta libre.
- 6) Claridad al proponer las exigencias de la vocación sin ambigüedades.
- 7) Paciencia para no violentar o apresurar al otro en su proceso que puede ser lento.
- 8) Salir en su búsqueda y facilitar el encuentro sin llegar a acosarlo.
- 9) Consolarlo en los momentos de prueba.
- 10) Orar para alcanzar en su favor la gracia de la vocación y de la luz en su discernimiento.

Conclusión

No cabe duda que la Pastoral Vocacional es fuente de alegría y esperanza que requiere capacitación, pero, sobre todo, una mística y una espiritualidad, docilidad al Espíritu y confianza, sabiendo que “ni el que planta ni el que riega valen algo, sino Dios, que hace crecer... somos cooperadores de Dios y ustedes son el campo de Dios” (1 Cor 3, 7-9). “El que siembra con generosidad cosechará abundantemente” (2 Cor 9,6).

+ Alberto Cardenal Suárez Inda. Arzobispo de Morelia

LA MISERICORDIA Y LA VOCACIÓN EN LA BIBLIA

Doctora Bruna Costacurta

He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he oído su clamor... Voy a bajar para librarlo... Ve, pues. Yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas (Ex 3, 7.8.10).

Estas son las palabras que Dios dirige a Moisés desde la Zarza ardiente. Así comienza una misión de salvación para con Israel que llevará al pueblo a la alianza y a la tierra prometida. La vocación de Moisés brota de la mirada misericordiosa de Dios que ve la opresión del pueblo y responde enviando un liberador. Ser llamados por Dios quiere decir entrar en un camino de misericordia haciéndose mediadores de esa misericordia.

Para desarrollar esta idea articularé mi exposición en tres puntos, evocando *figuras bíblicas de llamados* particularmente significativas y en especial para el camino sacerdotal. Por eso recorreremos primeramente los acontecimientos fundamentales de la aventura vocacional de Moisés, el gran mediador del amor salvífico de Dios para con Israel, que interviene en el momento fundacional de la historia de la salvación. Pasaremos después a una figura de profeta, Jonás, que pone de relieve la dificultad de responder al llamamiento divino y de aceptar su misericordia, con una vocación que le pide ir más allá de su pueblo para extender las fronteras de la salvación hasta a los paganos e incluso al perdón de los enemigos. Por último, abordaremos el cumplimiento neotestamentario con la definitiva manifestación de la misericordia divina en la llamada de Los Doce, paradigma de toda vocación a ser discípulos del Señor Jesús y modelo privilegiado de referencia para la misión del sacerdote en el mundo.

1. VER LA MISERICORDIA DEL SEÑOR

En la narración de la llamada a Moisés y de su misión, la dimensión de la misericordia reviste un papel fundamental. Todo nace de la misericordia de Dios que ve el sufrimiento de su pueblo y se conmueve tiernamente, no permaneciendo indiferente ante el grito del oprimido, y decidiendo intervenir y asumir el cuidado de sus elegidos. Comienza así la historia de Moisés, que es enviado de nuevo a Egipto, de donde había huido aterrizado después de haberse arrogado la defensa de un hermano hebreo contra un egipcio que lo maltrataba. Ahora, en cambio, obedeciendo a la llamada divina, debe volver al país de su juventud y afrontar el poder del faraón como mediador de la voluntad de salvación de Dios (Cf. Ex 3).

El enfrentamiento al poder egipcio es duro, incluso con gestos violentos como las diez plagas que culminan con la muerte de los primogénitos, con el Mar Rojo que engulle al ejército egipcio. Pero incluso en estos casos la misericordia es la que misteriosamente guía la historia, porque esos muertos son vistos como formando parte de un proyecto de amor, porque deberían servir para abrir el corazón de los egipcios, para hacerles entender que, al oponerse a Dios, estaban autodestruyéndose y eligiendo la muerte, y que no hay vida posible más que en el reconocimiento de que solo Dios es el Señor de la vida.

Quien acoge la llamada divina se pone al servicio de esta salvación, que no es el simple “buenísimo” que ignora el mal actuando como si no existiera o fingiendo no verlo, al contrario, lo afronta en toda su seriedad, consciente de que el perdón y la salvación exigen que el pecador reconozca el mal que ha hecho y asuma el convertirse confiando en una misericordia mayor incluso que su propio pecado.

Moisés se hace mediador de esta salvación, primero conduciendo al pueblo fuera de Egipto y después guiándolo a lo largo de todo el camino del éxodo hasta la Tierra Prometida.

Durante su peregrinación por el desierto, Israel ha tenido que enfrentarse continuamente con la tentación de la desconfianza, del rechazo, de la rebelión. El desierto, con su vacío y su ausencia de todo, ha sido escuela comprometedora de fe, ha obligado al pueblo a confrontarse con su propia necesidad de Dios mientras que, murmurando y protestando, buscaba una respuesta a las necesidades primarias como la del agua y la de la comida. Los varios episodios de “murmuración”, que jalonan la narración del éxodo, ilustran admirablemente una constante de la vida de fe cuando la necesidad de cosas, aunque sean imprescindibles, se absolutiza, se convierte en tentación, lleva a la idolatría. Así sucedió a Israel en Mara ante el agua no potable (cf. Ex 15, 22-26), o en Masá y Meribá (cf. Ex 17, 1-8; Nm 20, 1-13), donde ante una sed insostenible el pueblo llega a hacerse la terrible pregunta: “¿Está el Señor en medio de nosotros o no?” (Ex 17, 7). Y está también el hambre (cf. Ex 16), y la náusea del maná (cf. Nm 11.4-8; 21, 4-5), y el pánico de entrar en una tierra donde los habitantes parecían peligrosos (cf. Nm 11, 4-8; 21, 4-5). Y cada vez Dios responde: hace brotar el agua de la roca, manda desde el cielo el maná y codornices al campamento, hace sentir su presencia de Padre misericordioso y providente.

Ya en el Mar Rojo el Señor había respondido a la crisis de fe del pueblo que protestaba (cf Ex 14); los israelitas, encerrados por el mar y el desierto, con el ejército egipcio persiguiéndolos, habían gritado de pánico, y habían acusado a Moisés por haberlos llevado a morir en el desierto cuando habrían podido seguir viviendo seguros en Egipto. Mejor esclavos, pero vivos, que libres, pero abocados a la muerte. Israel había olvidado ya la intervención gloriosa de Dios que había doblegado la resistencia del faraón, que había abierto las puertas de Egipto para que el pueblo pudiera salir «con la cabeza bien alta» (literalmente, «a mano alzada») (cf. Ex 14,8; Nm 33.3), como triunfador, llevando consigo el oro y la plata de los egipcios. El mar insalvable, el desierto inmenso, sin vida, y Egipto con sus carros y caballeros acosándolos es el escenario que aparece ante los ojos aterrorizados del pueblo, que se siente atrapado, de lo que acusa a Moisés, y, en él, a Dios mismo. Pero Dios responde, a través de su mediador, y los llama a la fe, restableciendo la verdad: Él mismo combatirá por su pueblo y lo llevará a la salvación. El mar se abrirá y dejará pasar a Israel por un camino seco, y Moisés será el intérprete del designio de liberación del Señor indicando al pueblo el camino inimaginable de la compasión divina. Esta es la tarea ligada al compartir la fe, este es el mandato que el sacerdote recibe al aceptar ponerse al servicio del proyecto misericordioso de Dios.

Y cuando Israel, siempre olvidadizo de las maravillas obradas por el Señor, siga protestando, Dios, por medio de Moisés, seguirá mostrando su rostro paciente, capaz de un amor sobreabundante: el maná de cada día, las codornices hasta la hartura, el agua para toda la comunidad y también para el ganado.

Y además, como don todavía mayor, el perdón. Porque llega un momento en que el peso de la vida de fe se hace más agudo y prevalece la tentación de idolatría. Cuando en el Sinaí desaparece Moisés en la montaña, Israel pide a Aarón que les haga un dios más concreto, tangible, fácilmente perceptible: un becerro de oro que lo represente y muestre visiblemente su presencia (cf. Ex 32; Dt 9). Es la continua tentación del hombre, el poderse relacionar con un dios más comprensible, que haga menos exigente la fe; un dios cuyos pensamientos no sean demasiado diferentes de los nuestros; en definitiva, un dios que, encerrado en una imagen, aunque sea solo mental, se convierte realmente en un ídolo.

Así, mientras Moisés está en la montaña para recibir las tablas de la Ley y estipular la alianza, Israel se libera de la relación con la divinidad. Y el Señor envía a su mediador a confrontar al pueblo con su propio pecado para que comprenda toda su gravedad, y tomando conciencia de ella, se deje

convertir y perdonar. Las Tablas de la Ley son destruidas mediante un gesto con el que se expresa la gravedad absoluta de lo que ha sucedido; la alianza se ha terminado antes aún de haberse estipulado, pero la grandeza de la misericordia divina consigue rehacer incluso lo irreparable. Y Moisés, obediente a su vocación, apela a esta misericordia intercediendo por el pueblo, y después destruyendo el becerro, el signo del pecado. La misericordia ha vencido.

Las nuevas Tablas que Dios re-escribe en la montaña lo testifican: son las Tablas de la gratuidad del amor. Si las primeras podrían crear la ilusión de que el hombre entraba en una relación con Dios basada en la propia capacidad y fidelidad, ahora las segundas tablas, signo de un pecado perdonado, testimonian que la alianza del Señor con el hombre se funda solo en la misericordia divina y en la fidelidad de su amor, anticipación de aquella alianza definitiva que el Hijo de Dios consumará en su sangre.

De esta forma Moisés devuelve de nuevo el pueblo a Dios cumpliendo así su misión. Y al final de su camino dejará al pueblo entrando en la tierra prometida, pero quedando él en el monte Nebo, muriendo allí y haciendo que se perdieran sus huellas (cf. Dt 34). Nadie sabe dónde está su tumba, el mediador de la salvación desaparece una vez que ha terminado su tarea, en una donación total de sí mismo por la que se ha dejado consumir completamente.

Pues bien, en el sacerdote responder a la vocación quiere decir, como en el caso de Moisés, entregarse en ese camino de gracia que nace de la misericordia; quiere decir ver la misericordia del Señor para hacérsela ver al mundo, quiere decir hacerse siervo, y siervo inútil (cf. Lc 17, 7-0), dispuesto incluso a desaparecer para que aparezca solo la grandeza del amor del Señor.

Un camino que sin duda será arduo porque muchas veces la misericordia asusta. Es el caso de otro llamado que aparece en la Escritura, el profeta Jonás, cuya historia constituye una meditación para enfrentar los miedos y las dificultades que una vocación divina puede suscitar.

2. LA DIFICULTAD DE ENTRAR EN EL PROYECTO DE MISERICORDIA DE DIOS

El profeta Jonás recibe de Dios una misión precisa: ir a Nínive a llevarle el anuncio profético. Nínive, la capital de los asirios, los enemigos por antonomasia de Israel, estaba situada a orillas del río Tigris, en Mesopotamia. Cuando el libro de Jonás se escribe dicha ciudad hacía ya mucho tiempo que había sido destruida y estaba desierta, pero en la narración es presentada como una gran metrópoli, como lo había sido en los tiempos de su máximo esplendor, el símbolo de la riqueza y del máximo y extraordinario poder, aquel poder sanguinario que había destruido y esclavizado el reino del Norte y que había puesto en peligro también el reino del Sur. Pues precisamente a esa ciudad es a la que es enviado un profeta de Israel, miembro de un pueblo que había sido una de las víctimas del imperio asirio.

Una vocación problemática con la que Dios quiere responder al mal de Nínive pero que Jonás rechaza: Dios manda que se levante y vaya a Nínive, y él se levanta, sí, pero huye en sentido totalmente contrario. Pues Nínive está situada al este de Israel, mientras que Jonás se dirige a Tarsis, un lejano puerto del mediterráneo, en el extremo oeste. No se indica aquí la razón de la huida (el profeta la explicará solo al final de la narración), pero en cualquier caso es claro que se trata de esquivar una tarea considerada inaceptable, de un rechazo radical que no deja lugar a dudas. Así, mientras que Dios declara que el mal de la ciudad «ha subido» hasta él, Jonás «baja» lejos de Dios, hasta Jaffa, y después, en la nave, lejos de aquella presencia de Dios que le impone una misión percibida como intolerable.

Durante el viaje por el mar se desencadena una tempestad y Jonás continúa su «bajada»: primeramente, baja a la bodega de la nave, después, al letargo profundo del sueño, tratando de olvidar, en una huida de la realidad, de la que el sueño es con frecuencia signo.

Ante la furia de la tempestad los marineros del barco atemorizados se ponen a rezar, la única reacción sensata que se puede adoptar ante la muerte, dirigiéndose a sus dioses y el capitán despierta a Jonás rogándole que también él haga lo mismo. Con una ironía humorística y amarga el narrador nos presenta a un profeta de Israel que se ve obligado a escuchar a un pagano que le pide que rece a su Dios y busque su ayuda, él que estaba huyendo lejos del Señor.

Después, cuando los marineros echan las suertes y por ellas reciben la confirmación de que Jonás es el responsable de lo que está sucediendo, el profeta les manda que lo arrojen al mar. Él se proclama a sí mismo «temeroso» de Dios, expresión en la que seguramente el «temor» entraña también algo de miedo (en hebreo se usa la misma expresión) y reconoce la propia responsabilidad, sacrificándose para salvarlos, aceptando ser echado al mar y perecer para que los otros puedan salvarse. Y, en efecto, la tempestad se calma; y los marineros se convierten y se abren a la fe en el verdadero Dios. Jonás ha sido para ellos verdadero profeta, aunque a su pesar, cumpliendo su tarea de ayuda a la conversión y de entrega de sí mismo. A pesar de todo Jonás no puede sustraerse a su propia vocación.

Como es sabido, en el mar, por voluntad divina, Jonás es engullido por un pez, desde cuyo vientre eleva su oración, y más tarde es arrojado a la orilla.

Todo comienza de nuevo. Por segunda vez Dios lo llama y lo envía a Nínive. Esta vez Jonás obedece, entra en la ciudad y transmite el anuncio que Dios le ha confiado: «Dentro de cuarenta días Nínive será destruida» (Jon 3, 4). Pero se trata de una obediencia puramente material, sin verdadera adhesión interior al proyecto divino. Jonás ejecuta la orden, pero sin obediencia a la misericordia. Adhiere a la amenaza de la destrucción, pero sin aceptar el sentido de la misma amenaza, que se orienta a convertir y, por lo tanto, a perdonar. Porque lo que la Escritura enseña es que los profetas son enviados por Dios para apelar a la conciencia de los pecadores y llevarlos a la conversión ayudándolos a hacerse conscientes de su necesidad de ser perdonados. El envío de Jonás tiene esta finalidad y Jonás es consciente de ello y lo dirá dirigiéndose a Dios cuando ve que los ninivitas se arrepienten: «Por algo me apresuré a huir a Tarsis. Porque sé que eres un Dios clemente, compasivo, paciente y misericordioso, que se arrepiente del mal» (Jon 4, 2). El grito profético «dentro de cuarenta días Nínive será destruida» no es, por tanto, más que el anuncio de cuarenta días de gracia. Nínive tiene cuarenta días para convertirse y así no será destruida. Jonás lo sabe, -y también para nosotros, los lectores, es claro ahora- que ese es el motivo de que Dios envíe al profeta.

Pero Jonás no quiere que Nínive sea perdonada y cuando los ninivitas hacen penitencia, el profeta, cuya palabra, aunque muy a pesar suyo, ha sido eficaz, se retira airado. Dios perdona a la gran ciudad y a Jonás esto le parece mal. No le indigna el mal de Nínive sino el hecho de que ese mal termine; y su cólera no es como la ira de Dios, que expresa lo insoportable del mal, sino que es la cólera vindicativa que indica lo insoportable de la bondad de Dios y su perdón. Hasta el punto de querer morir. El rechazo por parte de Jonás de su propia vocación profética se radicaliza y llega hasta el extremo. La misericordia de Dios le ha resultado inaceptable, sobre todo porque se refiere a los enemigos y parece ser contraria a toda justicia.

Ahora la fractura se hace incurable. Jonás se aleja de la ciudad, se coloca a distancia, una actitud que contradice todavía más su propia vocación, rechazando la solidaridad, repudiando aquella conversión que, como profeta, debería haber sido su más íntimo deseo.

Pero Dios es misericordioso e interviene para llevar al profeta Jonás a una nueva toma de conciencia. Hace crecer un ricino para que le dé sombra, después hace que se seque, el sol ardiente cae implacable sobre el profeta acrecentando su deseo de morir. Nínive la sanguinaria está salvada y en cambio el ricino salvador e inocente ha sido destruido sin motivo. Todo parece insensato e inaceptable.

En este punto es cuando Dios pone a Jonás frente al verdadero problema, para ayudarlo a comprender y tener sentimientos de misericordia. Puede él sentir lástima por un ricino por el que nada ha hecho, que no le pertenece, cuánto más, entonces, por una ciudad llena de hombres incapaces de distinguir entre su derecha y su izquierda (como los niños, o los ancianos, sin responsabilidad, por tanto, que es lo que en realidad nos pasa a todos ante nuestro pecado cuando finalmente caemos en la cuenta de él).

Hay que subrayar que en el discurso de Dios no se menciona la conversión de los ninivitas. La salvación tiene una dimensión fundamental de gratuidad que ahora aparece. El amor de Dios nos hace a todos niños y muestra nuestra pequeñez. La penitencia responde a esto, revela un perdón ya dado que tiene necesidad de la confesión para hacerse operativo pero que no es provocado por la confesión. Al contrario, la confesión se hace posible gracias al perdón de Dios. Nínive con sus actos de penitencia muestra haber sido incapaz de distinguir su derecha de su izquierda. Y esto ha sido una gracia otorgada gracias a la mediación del profeta.

Así termina el libro, con la pregunta planteada por Dios a Jonás: ¿Es justo conmoverse por la ciudad y perdonarla? Y nosotros, a quienes se dirige la Palabra del Señor, ¿aceptamos un Dios que lleva la misericordia a tales extremos? En última instancia, ¿aceptamos a un Dios que al morir nos revela “que no sabemos lo que hacemos?” (cf. Lc 23, 34).

La pregunta del libro queda abierta, sin respuesta. Porque corresponde al lector tomar postura. El que es llamado al sacerdocio ¿quiere ser mediador de esa misericordia acogiendo la vocación que Dios? Es una pregunta crucial, pero para responderla es preciso mirar a su cumplimiento en el Señor Jesús, nuestro tercer y último punto.

3. EL CUMPLIMIENTO NEOTESTAMENTARIO

Lo que fue revelado en el texto fundante del Éxodo y todo lo que se concreta en el envío de los profetas encuentra su cumplimiento en el Señor Jesús que llama a Los Doce.

En el evangelio de Mateo este hecho se halla precedido por una alusión a la conmoción de Jesús ante la multitud. El texto dice así:

“Al ver a la multitud [Jesús] sintió compasión de ellos porque estaban cansados y abatidos como ovejas sin pastor. Entonces dijo a sus discípulos: La mies es abundante, pero los obreros son pocos. Rogad por tanto al dueño de la mies que envíe obreros a su mies” (Mt 9, 36-38).

Y continúa:

«Jesús llamó a sus doce discípulos y les dio poder para expulsar espíritus inmundos y para curar toda clase de enfermedades y dolencias». (10, 1).

También aquí todo nace de la misericordia. Jesús, «el rostro de la misericordia del Padre» (*Misericordiae vultus*, 1), viendo al pueblo abandonado a su propia suerte, como ovejas sin pastor, se conmueve y se llena de compasión. El verbo usado (*splagnizomai*) expresa precisamente ese sentimiento visceral de quien está movido a piedad y decide intervenir y ayudar. Jesús, «el Buen Pastor», ve las necesidades de su grey y pide obreros, o mejor, pide que se rece, que se pidan pastores según el corazón de Dios, signos de la misericordia del Padre. La vocación sacerdotal es un don.

Y Jesús llama a sí a los doce discípulos y los instruye sobre su misión: predicar el reino, curar a los enfermos, resucitar a los muertos, expulsar a los demonios, sin dinero, ni alforjas, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón, llevando el don de la paz (cf. Mt 10, 5-15). La llamada es para el envío, y para cumplir las obras del Maestro, al servicio del reino en gratuidad absoluta, con la conciencia de ser

mandados, portadores y donadores de algo que no les pertenece. Esto es lo que quiere decir ser obreros para la mies, y es tarea encomendada a los apóstoles y a aquellos que prolongan su misión.

Toda vocación es siempre para la misión y mucho más la vocación sacerdotal. Como Moisés, llamado para liberar al pueblo, como los profetas, enviados para la conversión. Los discípulos, llamados por Jesús, son separados, dejan las redes, y lo siguen, pero para volver hacia los hermanos y ser para ellos mediadores misericordiosos del don de la salvación.

Anunciando el reino, sobre todo: “Id anunciando que está llegando el reino de los cielos” (10, 7). En la misión lo prioritario es la palabra, el anuncio. Sin esto los mismos signos resultan incomprensibles o, por lo menos, sometidos a interpretaciones ambiguas. Ante los milagros de Jesús se puede decir que es un mago, un curandero, o incluso que “expulsa los demonios por arte de Belzebú” (12, 24). Sin embargo, son signos que anuncian la venida del reino, signos de salvación, signos de perdón y de vida. Palabra y signo son complementarios, explican recíprocamente el don de Dios.

Y ahí aparece el gesto profético de victoria: Jesús confiere a los suyos un poder, el de nacer misericordia, curar, vencer a la muerte, expulsar a los demonios. Son gestos que hacen visible la redención, que preanuncia la pascua con su victoria definitiva sobre el pecado, sobre todo aquello que aprisiona y domina a los hombres quitándoles su libertad, su vida, su gozo.

Los medios que han de usar son también adecuados a la misión recibida: sencillez, pobreza, confianza absoluta en Dios: ni oro ni plata, ni dos túnicas, ni sandalias ni bastón. Los discípulos deben dar testimonio del “absoluto de Dios”, con una vida sencilla y sin seguridades humanas, conscientes de la absoluta importancia de la proclamación del reino, hasta el punto de renunciar a cualquier preocupación por la vida para confiarse al Dios de la vida.

Porque todo viene solo de Dios, y gratis. Y por eso aquellos que han sido llamados por el Señor, no por sus méritos, sino por gracia, no por sus cualidades o capacidades sino únicamente por la libre elección del Señor, lo devuelven gratis (10, 8). La vocación es siempre gratuita, es un don inmerecido.

Y de ordinario los elegidos son los pequeños, para que se vea bien la inadecuación radical del hombre al que se le encomienda el proyecto divino. La experiencia de la pequeñez y de la inadecuación es constitutiva en la aventura vocacional de todos, y muy particularmente en la sacerdotal, porque el asumir en la propia historia la llamada de Dios es descubrimiento y aceptación de un proyecto que no nos pertenece. Es acogida de un don gratuito y por eso insondable.

Se va a Dios porque Él es el que llama y los motivos y los criterios de la llamada están ocultos en su libre querer. No puede ser el hombre quien decida autónomamente el seguimiento y después el cumplimiento de la misión. Es necesario que sea Dios quien llama y envía, “dando el poder”, como dice Mateo.

El servicio a los hermanos se recibe como don que hay que cumplir. Y por ser recibido gratuitamente, sin méritos y sin poder dar nada a cambio, es ofrecido también gratuitamente a aquellos a quienes se es enviado. Pues todo en Dios es gratuito: la elección, el envío, el perdón, el sol y la lluvia sobre justos e injustos (contradiendo de esta manera nuestra idea de justicia), el alimento para los pájaros y la belleza de las flores de los campos (revelándose de esta manera como padre amoroso y providente). Al responder a la vocación sacerdotal se convierte uno en testigo y mediador de todo ello.

Es este el don que es confiado a Los Doce. Y la lista de aquellos Doce es significativa:

Los nombres de los doce apóstoles son: primero, Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés; luego, Santiago, el hijo de Zebedeo, y su hermano Juan; Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo, el

publicano; Santiago, el hijo de Alfeo, y Tadeo; Simón el cananeo y Judas Iscariote, el que lo entregó (Mt 10, 2-4).

El grupo es heterogéneo. La llamada de Jesús no está condicionada por las diferentes pertenencias sociales y culturales. Entre los Doce está Pedro, indicado por su propio nombre y señalado como “primero”, hay hermanos, hay pescadores, pero también un publicano, recaudador de impuestos y colaborador de los ocupantes; hay además un zelota, un revolucionario, Simón el cananeo. Y parece que también Judas podría pertenecer a ese grupo.

Precisamente esa mención de Judas, “Iscariote, el que lo entregó”, puesta al final, como enfatizando su presencia, da que pensar. El proyecto divino es la oferta de la salvación, pero entre quienes son llamados a realizarlo ha anidado el mal. Y Jesús parece aceptarlo, parece haberlo tenido en cuenta, pero para reabsorberlo en un amor más grande.

Cuando Dios elige llamar a hombres a colaborar en su designio de redención elige también comprometerse radicalmente con la realidad aceptando incluso correr el riesgo de la traición. Es el misterio hermoso y terrible a la vez de la libertad humana que marca la historia del mundo, una historia que la misericordia del Señor quiere transformar en historia de salvación.

Porque Dios es más grande que el mal y lo afronta para vencerlo a lo largo de toda la aventura humana hasta su cumplimiento en el Señor Jesús, a cuyo seguimiento son llamados los Doce, precisamente estos Doce entre los cuales está Judas que lo traiciona, y Pedro que lo niega tres veces, y Santiago y Juan que en Getsemaní duermen mientras su Maestro está en agonía, y todos los demás que lo abandonan y dejan solo en el momento de su muerte. Y precisamente frente a todo esto es donde se revela plenamente la misericordia de Dios.

La mención de Judas entre los Doce y la manifestación de la fragilidad de los otros se convierten así en un elemento trágico, pero a la vez esperanzador. Porque revelan la resistencia del hombre al proyecto de salvación de Dios, pero a la vez testimonian que en ese proyecto ha sido englobado ya el pecado del hombre, englobado, y perdonado, y vencido.

Esta es la realidad de gracia para cuya proclamación ha sido mandado el sacerdote, esta es la buena noticia que tiene que anunciar y que puede cambiar el mundo: el mal ha sido derrotado, la misericordia de Dios, de la que brota la vocación al servicio del reino, lo ha invadido todo.

ANÁLISIS DE LA REALIDAD VOCACIONAL

S. E. Mons. Benvenuto Italo Castellani, Arzobispo de Lucca

INTRODUCCIÓN

Agradezco a Su Eminencia el Cardenal Beniamino Stella, Prefecto de la Congregación para el Clero, la confianza que ha depositado en mí encargándome “El análisis de la realidad vocacional” en la Iglesia, a partir del “Cuestionario” enviado a todas las Conferencias Episcopales Nacionales.

El cuestionario presentaba una ‘plantilla-guía’ para la lectura de la situación vocacional y la recogida de datos de cada Conferencia –subdividas por Regiones eclesiales– con la petición de responder con brevedad y claridad, a ser posible como fruto de una reflexión colegial del correspondiente Equipo Nacional de Pastoral Vocacional.

Cito los ‘temas’ propuestos en la plantilla: Cultura vocacional, Centro Diocesano de Pastoral Vocacional, Plan Nacional de Pastoral Vocacional, Implicación de los Presbíteros, Acompañamiento vocacional, Relación con las otras pastorales, Nuevos desafíos vocacionales, Nuevas metodologías, Número de Seminaristas, Organización nacional y otros posibles puntos de interés.

A este ‘Cuestionario’ –enviado a las 57 Conferencias Episcopales Nacionales– han respondido 35. A mí se me ha pedido:

--“Una breve presentación de cada Región, poniendo el acento en los aspectos positivos y en las dificultades, añadiendo una reflexión sobre el posible desarrollo de la pastoral vocacional en el ámbito de cada Región”.

--“Una conclusión para presentar las fortalezas y las debilidades de la pastoral vocacional hoy, con alguna referencia a los instrumentos fundamentales de esta pastoral”.

Confieso que no ha sido una tarea fácil, sobre todo debido al carácter heterogéneo de la documentación recibida y analizada.

Me he propuesto ofrecer una ‘fotografía’, o más bien una ‘panorámica’ de la realidad, no tanto para descubrir las “luces y las sombras” de la pastoral vocacional en la Iglesia, sino más bien buscando “signos de esperanza” para seguir caminando.

A) LECTURA Y ANÁLISIS DE LOS “INFORMES” DE LAS REGIONES ECLESIASTICAS

1) AMÉRICA SEPTENTRIONAL (Estados Unidos y Canadá)

De la Región eclesial, compuesta por Estados Unidos y Canadá, han respondido las dos naciones que la integran, es decir, el 100%.

La pastoral vocacional y el compromiso concreto en la difusión de una ‘cultura vocacional’ constituyen una alta prioridad en varias Diócesis de esta Región.

Los Centros Diocesanos de pastoral vocacional –normalmente presididos por un sacerdote que no está dedicado a tiempo pleno; en dos Diócesis está confiado a un Director laico– están presentes en la mayor parte de las Iglesias locales. Su servicio específico, configurado de diferentes maneras en cada Diócesis –desde “Oficina” a “Casas de discernimiento”–, está dirigido sobre todo a la formación de agentes pastorales, a la elaboración de “programas” de ‘acompañamiento y discernimiento’ al servicio de parroquias, Escuelas secundarias o Colegios Universitarios y, en todos los casos, pretende la

promoción de las vocaciones sacerdotales, mientras que habitualmente la promoción de las vocaciones de especial consagración está confiada al Vicario para la Vida religiosa.

La Conferencia Episcopal de Estados Unidos, por su parte, ha hecho la opción por la promoción de la pastoral vocacional unitaria, ocupándose de las vocaciones sacerdotales y a la vida consagrada.

La Celebración de la Jornada Mundial de Oración por las vocaciones está muy extendida en todas las Diócesis.

Los presbíteros, menos los más jóvenes, están más bien ausentes en el anuncio y acompañamiento vocacional de las jóvenes generaciones, especialmente en la oferta del servicio de la Dirección espiritual.

La relación entre pastoral juvenil, pastoral de la enseñanza y pastoral vocacional es muy estrecha, mientras que es casi inexistente con la pastoral familiar y social.

El mundo de la Comunicación social, en todas sus expresiones modernas, es considerado negativo por los fuertes condicionamientos de las jóvenes generaciones: comienza a ser valorado en modo eficaz para el anuncio vocacional, implicando sobre todo a los monaguillos, las familias y la enseñanza católica.

El signo y la senda para un posible desarrollo de la pastoral vocacional en esta Región se puede percibir en el compromiso por la difusión de una 'Cultura vocacional'.

2) MÉXICO, AMÉRICA CENTRAL, CARIBE (México, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, República Dominicana y Puerto Rico)

De esta Región eclesial han respondido el 63% de las Conferencias episcopales. No han enviado sus respuestas: El Salvador, Panamá, Cuba e Haití.

La pastoral vocacional está encontrando gradualmente un contexto favorable para el desarrollo de una 'Cultura Vocacional' –hasta constituir incluso en algunas Naciones el compromiso prioritario– especialmente mediante: la oración vocacional muy extendida en el pueblo de Dios, grupos específicos de oración por las vocaciones, valoración del pueblo de Dios de los presbíteros y consagrados/as, la conciencia ampliamente difundida en las comunidades cristianas de la vocación bautismal personal.

Buena parte de las Diócesis cuenta establemente con un Centro Diocesano de pastoral vocacional – que se configura normalmente como un equipo con representación de las distintas vocaciones (presbíteros, consagrados/as y fieles laicos) presidido o coordinado por un presbítero–.

Su principal servicio, además de la animación vocacional de las comunidades parroquiales, está dirigido sobre todo a la formación de animadores vocacionales mediante cursos específicos y, en algunos casos, sistemáticos.

Solo algunas naciones tienen un Plan Nacional de pastoral vocacional –que promueve la relación entre pastoral vocacional, catequética, juvenil y familiar–, mientras que la implicación de los presbíteros en la mayor parte de los casos encuentra poca respuesta.

Los retos que los Planes Pastorales Nacionales existentes han subrayado van desde los compromisos por el desarrollo de la cultura vocacional y la dimensión vocacional de la pastoral ordinaria; por llegar a los “nuevos areópagos” y garantizar la personalización del anuncio y la propuesta vocacional; hasta el compromiso por la formación de agentes vocacionales y por favorecer un vínculo más profundo entre familia, ambiente educativo y vocaciones.

La insistencia generalizada en el anuncio y la propuesta vocacional entre las jóvenes generaciones ha provocado un lento pero constante aumento de las vocaciones presbiterales, mientras que se constata un descenso significativo de las vocaciones consagradas tanto masculinas como femeninas.

Las Conferencias Episcopales Nacionales están casi todas organizadas con una Comisión, Consejo, Departamento o Centro Nacional.

El signo y la senda para un posible desarrollo prometedor de la pastoral vocacional en esta Región se puede percibir en el plano educativo de las jóvenes generaciones en clave vocacional.

3) EL NORTE DE SUDAMERICA (Colombia y Ecuador)

De esta Región Eclesiástica ha respondido el 50% de las Naciones. No han enviado respuesta: Bolivia y Venezuela.

La pastoral vocacional es considerada como una prioridad: la “dimensión vocacional” de la vida en la mayor parte de los ‘Planes Pastorales Diocesanos’ es cada vez más parte integrante del proceso de evangelización.

Cabe destacar los itinerarios vocacionales promovidos por las Diócesis, que promueven a la vez la ‘cultura vocacional’ y la evangelización en clave vocacional: por ejemplo, la ‘semana vocacional’, el ‘Día del Seminario’, la ‘Escuela de la fe’, la promoción de ‘Grupos de monaguillos’, ‘Semanas intensivas’ anuales para la formación de ‘agentes vocacionales’ y, especialmente, la ‘Oración por las vocaciones’ con la colaboración de las Comunidades contemplativas.

Todas las Diócesis tienen un ‘Centro Vocacional Diocesano’ que, como se indica expresamente, “trabaja prácticamente sólo por las vocaciones presbiterales”; anualmente, en el ámbito nacional, se organiza un ‘Encuentro formativo’ dirigido a todos los agentes pastorales para sensibilizar sobre la dimensión vocacional de la pastoral ordinaria y sobre el anuncio específico de las vocaciones al ministerio ordenado y de especial consagración.

Está en proceso de elaboración o de actualización el ‘Plan Nacional de Pastoral Vocacional’ o el ‘Directorio Nacional de Pastoral Vocacional’. Se constata la escasa sensibilidad y preparación en el campo de la pastoral vocacional de los presbíteros –si bien los más jóvenes se muestran más disponibles–.

La pastoral de las vocaciones se percibe como un ‘sector independiente’, aunque una ‘pastoral integrada’ se ve como una necesidad cada vez mayor.

El reto ante el cual se encuentra el anuncio del ‘Evangelio de las vocaciones’ es el siguiente: de un proceso vocacional dirigido a jóvenes practicantes de la comunidad cristiana a una ‘pastoral vocacional en salida’, con la propuesta de ‘encuentros vocacionales parroquiales’ dirigidos especialmente a todos los adolescentes.

El número de las admisiones en el Seminario tiene a aumentar en algunas naciones y a disminuir en otras: en todas las Iglesias se presta cada vez más atención al discernimiento vocacional para garantizar mayor perseverancia.

No todas las Naciones cuentan con el servicio del ‘Centro Nacional Vocacional’ o del ‘Equipo Nacional de Coordinación’.

El signo y la senda para un posible desarrollo de la pastoral vocacional se puede percibir en el cuidado e implementación de ‘itinerarios vocacionales’ en la pastoral ordinaria.

4) EL SUR DE SUDAMÉRICA (Chile, Uruguay, Paraguay, Perú y Argentina)

De esta Región Eclesiástica han llegado el 88% de las respuestas al Cuestionario. No ha respondido Brasil.

Por lo que respecta a la promoción de la ‘cultura vocacional’, la situación es desigual: en Chile y Paraguay han hecho de ella la finalidad principal en la vida de los creyentes y de la comunidad cristiana; en Perú, se constata una creciente sensibilidad vocacional, mientras que en Argentina la cultura vocacional representa un reto.

La opción por una cultura vocacional se ha concretizado en la oferta de una formación sistemática de los agentes pastorales, la realización del ‘Mes vocacional’, además de la implementación de ‘Itinerarios vocacionales’ para jóvenes organizados en dos etapas: ‘despertar’ y ‘discernir’ promoviendo el acompañamiento vocacional personal (Uruguay).

Los Centros Diocesanos vocacionales como tales, bajo la dirección de un presbítero, que se ocupan prioritariamente del anuncio de la vocación sacerdotal están presentes en la mayoría de las Diócesis de Paraguay y en todas las de Uruguay. Con la modalidad de un “Equipo” bajo la guía de un presbítero diocesano están presentes en la totalidad de las Diócesis de Perú y en el 69% de las de Chile.

Falta un auténtico Plan Nacional de Pastoral Vocacional: se encuentra en proceso de elaboración en Chile y en Perú. En esta última Nación, para responder a la gran diversidad cultural del País, se elabora anualmente una ‘Guía metodológica vocacional’ para marcar un camino unitario para la Nación.

A los presbíteros les cuesta responsabilizarse de la pastoral vocacional: en Perú, la publicación de la ‘Guía metodológica’ anual facilita la sensibilización; no están bien preparados o bien dispuestos para llevar adelante el servicio de acompañamiento en Argentina. Solo los presbíteros encargados de la Pastoral vocacional en las Diócesis son más sensibles y están capacitados para ofrecer acompañamiento vocacional personal.

La relación entre Pastoral Vocacional y Pastoral de los adolescentes o de los jóvenes es fuerte en Chile –donde llegan a celebrar Congresos nacionales conjuntamente– y en Uruguay. Es más difícil la relación con la pastoral familiar y de la enseñanza en todas estas Naciones.

Se constata un descenso de las vocaciones presbiterales –incluso con el cierre de algunos seminarios– y para la vida consagrada; solo Uruguay mantiene una cierta estabilidad, con un significativo incremento de las vocaciones a la vida contemplativa.

Sería deseable una organización más eficaz de la pastoral vocacional en Chile –donde no existe Centro Nacional Vocacional, sino una Comisión Episcopal de pastoral vocacional–; un Centro Nacional marca las líneas fundamentales de pastoral vocacional en Paraguay y en Uruguay hay un Departamento para las vocaciones y los ministerios; una Comisión episcopal se ocupa de organizar tres eventos anuales en Perú: la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, el Encuentro de Rectores y de Formadores de Seminarios.

Los retos ante los cuales se encuentra la pastoral vocacional en esta Región son: la formación adecuada de los agentes de pastoral vocacional, el desarrollo de los Centros Diocesanos de Vocaciones, un anuncio vocacional capilar en las comunidades cristianas, la evangelización de las familias, una valoración adecuada de los medios de comunicación.

El signo y la senda para un posible desarrollo de la pastoral vocacional en esta Región se puede percibir en el incremento de la formación de los agentes pastorales y en el desarrollo

de los Centros Diocesanos Vocacionales.

5) AUSTRALIA Y ASIA (Australia y Filipinas)

De esta Región Eclesiástica han llegado la totalidad de las respuestas.

Se constata, en una Región con áreas geográficas y culturales muy diversas:

--Una fuerte cultura vocacional, sobre todo en el ámbito rural, en Filipinas, y un significativo desarrollo en Australia.

--La presencia de Centros Diocesanos Vocacionales –que se ocupan de todas las vocaciones consagradas– en Filipinas y un fortalecimiento de los mismos en Australia.

--No hay un auténtico Plan nacional de Pastoral vocacional, al menos en Filipinas, pero en el ámbito nacional, se ofrece un itinerario formativo completo para los agentes de pastoral vocacional; y además se organiza un Congreso y un encuentro de Directores de los Centros Diocesanos Vocacionales cada dos años.

--Los presbíteros, en Filipinas, tienen una cierta sensibilidad vocacional, pero no se atreven a llamar explícitamente, algo a lo que son más sensibles las familias.

--La relación entre pastoral vocacional y juvenil es buena; con la pastoral familiar, incipiente; pero prácticamente nula con las otras pastorales.

--El desarrollo de los medios de comunicación, que de hecho condiciona a las jóvenes generaciones en sus opciones vocacionales, es relativamente utilizado en la pastoral vocacional con propuestas específicas. El testimonio vocacional de sincera adhesión al Evangelio por parte de presbíteros y consagrados sigue siendo el medio insustituible para el anuncio vocacional.

--A la explosión de vocaciones en Filipinas –en estos momentos en disminución en las grandes ciudades– se corresponde un cierto aumento de ingresos en los Seminarios en Australia.

--Sería deseable mayor inversión económica para la actividad vocacional en Filipinas y una mayor formación por parte de los presbíteros en la pastoral vocacional al servicio de todas las vocaciones.

El signo y la senda para un posible desarrollo de la pastoral vocacional en esta Región se puede percibir en la toma de conciencia de la necesidad de un anuncio vocacional explícito por parte de los Presbíteros y Consagrados implicados en la pastoral ordinaria de la vida de las Comunidades cristianas.

6) EUROPA OCCIDENTAL (España, Italia, Inglaterra, Escocia, Bélgica, Irlanda, Malta, Portugal)

De esta Región Eclesiástica se ha recibido el 88% de las respuestas al Cuestionario: no ha respondido Francia.

La Región presenta una situación diferenciada, por lo que se refiere a este tema, en las diversas Naciones que la componen, que va:

--De la incipiente promoción de la cultura vocacional (España, Irlanda, Italia, Escocia, Malta), a la ausencia de esta preocupación pastoral en otras Naciones.

--De la existencia de auténticos Centros Diocesanos de Vocaciones (España, Italia) –normalmente obra de los Seminarios Diocesanos y dirigidos al anuncio de la vocación presbiteral– a un

‘Equipo’ con representación de todas las vocaciones consagradas (Irlanda), a una ‘Oficina diocesana’ para las vocaciones (Escocia), un ‘Secretariado Diocesano’ que se ocupa de todas las vocaciones (Portugal), un ‘Sacerdote encargado’ que –ayudado por una pareja de laicos– se ocupa del anuncio únicamente de la vocación al presbiterado (Malta).

--Desde un auténtico Plan Nacional de Pastoral Vocacional existente solo en Inglaterra y en Italia –si bien en esta última necesita una actualización, pues es de 1985– a un Plan en proceso de elaboración en las siguientes Naciones: Irlanda y Escocia; a la ausencia en España, Bélgica, Malta; por otro lado, en Portugal hay un ‘Documento para la pastoral Vocacional’ que da orientaciones para los programas diocesanos de pastoral vocacional.

– En toda la Región se constata una notable sensibilidad –que lleva consigo una cierta implicación y dedicación a la pastoral vocacional–, si bien en grados diversos: esta dedicación se refiere sobre todo al crecimiento humano y espiritual de los jóvenes, mientras que se constata un cierto cansancio de los presbíteros en la escucha, acompañamiento y, específicamente, en el servicio de dirección espiritual personal de las jóvenes generaciones.

– El acompañamiento vocacional propiamente dicho se ofrece a los jóvenes, en primera instancia, por parte de los párrocos más sensibilizados y, posteriormente, es confiado a los formadores del Seminario (España); es realizado por grupos específicos de acompañamiento vocacional: los “grupos Samuel” (Bélgica); con el ofrecimiento de un itinerario más articulado: con el programa “Samuel” para un primer acompañamiento básico, el programa “Vianney” para la propuesta de la vocación presbiteral y el programa “Compass” para la vocación religiosa (Inglaterra); por grupos vocacionales que ponen en el centro la Palabra de Dios y la Dirección espiritual, Ejercicios espirituales y experiencias de servicio (Italia); desde una dirección espiritual específica (Escocia) y un ‘itinerario de descubrimiento vocacional’ con un “pre-seminario” (Portugal), al ofrecimiento de un acompañamiento adecuado (Malta).

– La relación con la pastoral juvenil –y en algunas naciones también con la pastoral familiar– es muy estrecha y es un trabajo en curso.

– Entre los nuevos retos vocacionales –además de la sociedad secularizada y la indiferencia religiosa–, el más significativo es la urgencia de un cambio de ‘lenguaje’ en ‘palabras clave’ de la pastoral como: convocatoria, formación, animación, comunicación, fraternidad...

– Entre las nuevas metodologías –si bien sigue siendo prioritaria y esencial la relación personal y la dirección espiritual– se constatan estas vías: ejercicios espirituales, periodos de vida común, peregrinaciones, presencia en los *social media*.

– Los nuevos ingresos en los Seminarios Diocesanos en estos últimos años se han estabilizado un poco en todas las diócesis, pero mantienen números demasiado bajos. En claro descenso, prácticamente generalizado, las vocaciones de especial consagración masculinas y femeninas.

– La Organización nacional de la pastoral vocacional en un ‘Centro Nacional de Pastoral Vocacional’ tiene una larga y activa historia en la Iglesia italiana, y una presencia y un servicio en aumento en las otras Naciones.

El signo y la senda para un posible desarrollo de la pastoral vocacional en esta Región se puede percibir en la intensificación del compromiso en la propuesta de ‘Itinerarios vocacionales’ comunitarios, junto con el acompañamiento personalizado en la Dirección Espiritual.

7) EUROPA CENTRAL (República Checa)

Una sola Nación –la República Checa– de las 17 interpeladas en esta Región Eclesiástica ha respondido al Cuestionario.

En esta Nación existe ya desde hace tiempo el interés por crear una cultura vocacional, particularmente por la actividad de casi diez años del “Equipo vocacional nacional”, que realiza su servicio con la colaboración de todas las vocaciones.

La dedicación del servicio nacional no encuentra correspondencia en la creación de un ‘Centro de pastoral vocacional’ en cada Diócesis. El anuncio vocacional –siempre bajo la orientación del Equipo Nacional– está abierto a todas las formas de vida consagrada y, desde 2011, se ha elaborado un ‘Plan Pastoral Nacional para la Pastoral Vocacional’.

El cuidado de las vocaciones –a pesar de ser ‘connatural’ al ministerio presbiteral– de hecho, lo prestan sobre todo aquellos que se sienten felices con su vocación, faltando así buenos acompañantes vocacionales. Existe y funciona bien el vínculo con las otras ‘acciones pastorales’.

Los nuevos retos vocacionales a los que se enfrenta el servicio de la pastoral vocacional son los siguientes: promover el espíritu de oración; iniciar cursos y encuentros para los animadores vocacionales; dar a conocer los nuevos impulsos del Magisterio de la Iglesia; crear espacios para la expresión de los jóvenes; presentar las vocaciones específicas que son un don de Dios a la Iglesia; promover la pastoral vocacional en las escuelas; promover el anuncio de todas a las vocaciones, desde el presbiterado a las vocaciones de especial consagración.

Las ‘nuevas metodologías’ usadas son: la distribución de un folleto para la ‘Semana vocacional’; preparación de coordinadores; intervenciones más frecuentes en los medios de comunicación; jornadas vocacionales parroquiales; encuentros vocacionales con jóvenes; participación en las iniciativas de la pastoral juvenil; jornadas de ‘puertas abiertas’ en los seminarios y casas religiosas.

A pesar del fuerte compromiso que se puede constatar sobre todo en el ámbito nacional – que tiene un momento fuerte especialmente en la preparación del encuentro anual de coordinadores– de hecho, el número de candidatos al presbiterado ha descendido.

El signo y la senda para un posible desarrollo de la pastoral vocacional en esta Región se puede percibir en el convencimiento de la importancia del anuncio a la comunidad cristiana de todas las vocaciones, desde la presbiteral a las vocaciones de especial Consagración, que florecen a partir de la conciencia de la llamada común a la santidad.

8) EUROPA ORIENTAL (Polonia, Lituania, Eslovaquia, Eslovenia)

De esta Región Eclesiástica la respuesta al Cuestionario ha sido del 44%. No han enviado sus respuestas: Estonia, Bielorrusia, Ucrania, Kazajistán, Rusia.

En esta Región la “cultura vocacional” es sinónimo de “sensibilidad y sensibilización” del pueblo de Dios con la oración por las vocaciones sacerdotales: específicamente la Adoración Eucarística (Eslovaquia), grupos de oración (Lituania). Polonia subraya a este respecto que, a propósito de la oración por las vocaciones, “se empieza a hablar, si bien tímidamente, no sólo de la vocación sacerdotal sino también de las vocaciones consagradas”.

El servicio del Centro Diocesano de Vocaciones está presente en casi todas las Diócesis –en Lituania lo llevan los Seminaristas– y se configura como ‘Oficina vocacional’, ‘Comisión vocacional’,

‘Equipo vocacional’, ‘Team vocacional’. Polonia subraya que solo “tres Diócesis tienen un equipo para todas las vocaciones”, para indicar que la orientación es la del anuncio no solo de las vocaciones presbiterales sino también de las consagradas.

Los Planes Pastorales Nacionales, por el momento, están en proceso de elaboración. Solo Eslovaquia lo ha elaborado inspirándose en el Documento “Nuevas vocaciones para una nueva Europa”.

La implicación de los presbíteros en la pastoral vocacional encuentra buena respuesta y apoyo en todas las naciones: les falta formación para el acompañamiento o, allí donde se ofrece, se realiza en el ámbito de la Confesión, la Dirección espiritual y los Ejercicios espirituales, así como en el encuentro personal de los jóvenes en búsqueda vocacional directamente con el Obispo.

Hay una fuerte relación—con acentos diversos de nación a nación— sobre todo con la pastoral juvenil, pero también con la universitaria, la catequesis, la pastoral familiar y la pastoral con los monaguillos.

La crisis de la familia (Polonia), el descenso de la natalidad (Lituania) —junto con la dificultad de la exigencia de una espiritualidad profunda— son los mayores retos del momento presente a la pastoral vocacional.

La multiforme creatividad de las Diócesis en cada Nación pone en práctica ‘nuevas tecnologías’ de anuncio, propuesta y acompañamiento vocacional, entre ellas: ‘Seminarios abiertos’ durante una jornada (Polonia), Programa de maduración integral ‘Ven y verás’ (Eslovenia), ‘Servicio de la Escucha’ por parte de los consagrados (Eslovaquia), ‘Ejercicios espirituales’ (Lituania).

Se constata una disminución general, en los últimos diez años, del número de seminaristas en todas las Naciones, a excepción de Eslovenia donde ha aumentado.

La organización nacional de la pastoral vocacional cuenta con un auténtico Centro Nacional Vocacional (Eslovaquia), un ‘Consejo Nacional’ (Polonia), una ‘Comisión interdiocesana’ (Eslovenia), mientras que en Lituania no hay nada constituido.

El signo y la senda para un posible desarrollo de la pastoral vocacional en esta Región se puede percibir en el compromiso adicional por una ‘cultura vocacional’ que, desde la oración, se abra a itinerarios que promuevan un crecimiento humano integral de la persona.

9) EUROPA BALCÁNICA (Albania, Croacia, Rumanía, Hungría)

De esta Región Eclesiástica la respuesta al Cuestionario ha sido del 50%. No han respondido: Bosnia, Herzegovina, Serbia, Bulgaria.

Se constata en esta Región Eclesiástica una diversidad natural debida a la historia contemporánea de los países marcados por una cultura comunista. El desarrollo de una cultura vocacional en esta Región Eclesiástica se presenta con una gran diversidad.

La cultura vocacional se ha ‘desarrollado’ en Croacia; con una notable diferencia entre las zonas urbanas y rurales, en Rumanía; ‘débilmente’ en Albania; ‘ambigua’ en Hungría.

Los Centros Diocesanos de pastoral vocacional —con denominaciones diversas— están presentes en número significativo en Albania y Croacia y, no en todas las Diócesis, en Hungría y Rumanía.

No existe —más allá de un ‘proyecto unitario’ entre las varias realidades implicadas en el campo educativo juvenil en Hungría— Plan Pastoral Nacional para las Vocaciones.

Los presbíteros demuestran una adecuada sensibilidad (Albania), y su implicación es significativa en aquellas diócesis donde hay Seminario (Rumanía), entre los presbíteros comprometidos con el ‘servicio de la caridad’ (Hungría) y en las parroquias dirigidas por Religiosos (Croacia).

El acompañamiento vocacional de los jóvenes está bien organizado por los Seminarios en Hungría y Rumanía, mientras que requiere mayor desarrollo en Albania y Croacia.

La relación de la pastoral vocacional con las otras pastorales, especialmente la juvenil y la de la enseñanza, ‘existe’ en Albania; debe ser ‘reforzada’ en Hungría; es ‘estrecha’ en Rumanía, mientras que ‘no está muy desarrollada’ en Croacia.

Nuevas metodologías –junto a las ya experimentadas como el acompañamiento vocacional personal y de grupos (Albania)– son las siguientes: ‘evangelización de calle’ (Croacia), vídeo o ‘página web’ del Seminario (Hungría). Se apoya la inserción de la pastoral vocacional en los ‘lugares virtuales’ (Rumanía).

El número de los candidatos al presbiterado está ‘en aumento’ (Croacia), es ‘estable’ (Hungría), está ‘disminuyendo’ (Rumanía), está ‘bajando’ con respecto al florecimiento vocacional y pastoral registrado tras la caída del régimen comunista (Albania).

Junto a un aumento también de las vocaciones a la vida religiosa masculina y a la vida contemplativa femenina (Croacia), se constata una bajada gradual de los candidatos a la vida religiosa masculina y todavía más a la femenina de vida activa (Hungría).

La Organización Nacional de la pastoral vocacional ‘existe’ bajo la forma de ‘Centro Nacional vocacional’ en Albania y Hungría, y como Comisión Episcopal para todas las vocaciones en Croacia.

Algunas Naciones advierten la necesidad de compartir su experiencia sobre ‘Pastoral de las vocaciones’ con otras Naciones de su misma Región Eclesiástica y de otras Regiones.

El signo y la senda para un posible desarrollo de la pastoral vocacional en esta Región se puede percibir en la preparación del Plan Pastoral para las Vocaciones, como ocasión para la difusión de una cultura vocacional y para la formación de educadores y agentes pastorales en una ‘conciencia vocacional’

B) FORTALEZAS Y DEBILIDADES DE LA PASTORAL VOCACIONAL HOY

Del análisis de la realidad vocacional surgen algunas fortalezas y debilidades de la pastoral vocacional que hemos de recibir como ‘indicadores’ de un camino hacia adelante.

ASPECTOS CULTURALES Y MOTIVOS TEOLÓGICOS INSPIRADORES DE LA PASTORAL VOCACIONAL

La acción pastoral de la Iglesia se encuentra hoy ante una “especie de cultura antivocacional”, de manera que se puede hablar de “un hombre sin vocación”.

En nuestros días, además del problema del número, está en juego el modo de concebir la vida y también la calidad de un camino de fe eclesial y personal.

Para el desarrollo de una ‘cultura vocacional difusa’ y para un anuncio vocacional eficaz, son ineludibles algunos interrogantes de base:

--¿*Qué concepto de la vida?*

Hoy los cristianos están llamados a aprender de la más genuina interpretación bíblica de la vida: la vida es desde su comienzo «llamada a existir», y el descubrimiento y la respuesta a la propia vocación permite al hombre llegar a un encuentro personal con Dios y realizar así su destino plenamente. Sin embargo, este modo de concebir la vida se encuentra hoy expuesto a una cultura en la que la perspectiva de una vocación divina resulta prácticamente ajena al horizonte de la existencia. Nos encontramos frente a un desafío cultural sobre la concepción de la vida.

En el intento de la comunidad cristiana de «evangelizar la vida», una categoría bíblica fundamental y urgente a descubrir y retomar es la de la ‘elección divina’.

La comunidad cristiana tiene hoy también el deber de evangelizar la libertad. En la Palabra de Dios se funda una idea alta y fuerte de la libertad del hombre. Para el hombre, acoger y seguir la propia llamada quiere decir llegar a ser más auténticamente libre. También estas verdades, a menudo olvidadas, hacen hoy de la pastoral vocacional una escuela de promoción de la libertad.

--¿*Qué motivos teológicos inspiran la pastoral vocacional?*

El primer motivo teológico, que desde siempre ha inspirado la pastoral vocacional, es el siguiente: “toda vida es vocación”. Se trata de una verdad teológica cuyo significado deriva directamente de la fuente bautismal y nos recuerda “la llamada universal a la santidad”.

El segundo motivo teológico inspirador de la pastoral vocacional es la concepción de la “fe como encuentro con Cristo”. La experiencia cristiana parte de la iniciativa exclusiva de Dios, crece en el contexto de Alianza y espera una respuesta. Promover una acción pastoral quiere decir propiciar este encuentro concreto y decisivo con Jesucristo, que por su naturaleza lleva consigo proyectar la propia vida a partir de la voluntad de Dios.

El tercer motivo teológico que fundamenta la pastoral vocacional es: el hombre creado «a imagen de Dios-Trinidad». El cristiano lleva en su vida y testimonia en el mundo la imagen inconfundible de la Trinidad a cuya semejanza ha sido creado. Concretamente, su relación con el Padre configura su vida en una actitud filial cada vez más madura y en la conciencia de ser amado: una postura con relación a la vida decisiva para poder amar.

Por último, el cuarto motivo inspirador es la «eclesialidad» de la vocación cristiana. Toda vocación nace en un contexto preciso, concreto y forma parte de la Iglesia.

SENDAS ESENCIALES DE LA PASTORAL ORDINARIA VOCACIONAL

Recojo aquí las “sendas” ordinarias que se han puesto de manifiesto en el análisis anterior, y que de hecho cualifican vocacionalmente la vida de la Comunidad cristiana: la oración, el anuncio, el testimonio, el acompañamiento educativo.

a) LA ORACIÓN

La oración por las vocaciones: camino que conduce al corazón de Dios. La vida del hombre, como vocación, discurre toda ella entre la gracia y la libertad. La oración es lo único que puede actuar en ambos lados de la vocación, que son la gracia (Dios que llama) y la libertad (el hombre que responde).

Oración y Gracia: la oración obtiene la gracia de la vocación. Actúa en la fuente misma de la vocación.

Oración y libertad: la oración influye en la libertad del hombre, en cuanto posibilita su respuesta a la llamada de Dios.

En este sentido la oración y la oración por las vocaciones es «centro de toda la pastoral vocacional».

Propuestas prácticas de «oración por las vocaciones»:

- Escuela de oración (especialmente para los jóvenes);
- «Monasterio invisible» (compromiso de oración-penitencia personal);
- Adoración, encuentros y vigiliias de oración (por grupos o para la comunidad);
- El primer jueves de mes para las vocaciones en la parroquia (adoración-ayuno);
- La celebración de la Jornada mundial de oración por las vocaciones.

b) EL ANUNCIO

-- *La pastoral ordinaria en «clave vocacional».*

El itinerario catequético, litúrgico, caritativo y ministerial sigue siendo en la comunidad cristiana la propuesta educativa fundamental y esencial para la fe y la vocación de todo bautizado.

Los elementos constitutivos de la Iglesia –Palabra, Sacramentos, Caridad– correspondientemente traducibles por catequesis (Itinerario de escucha de la Palabra), liturgia (Itinerario litúrgico sacramental) y testimonio de la caridad (Itinerario ministerial y del servicio de la Caridad) no pueden, por tanto, ser vividos en la Comunidad cristiana sino en clave vocacional.

--*La resonancia vocacional constitutiva de la pastoral juvenil: “complementariedad” de la pastoral juvenil y vocacional.*

La pastoral juvenil es completa y eficaz cuando se abre a la dimensión vocacional y la pastoral específica de las vocaciones encuentra en la pastoral juvenil su espacio vital.

--*Especificidad de la pastoral vocacional: anuncio, propuesta y acompañamiento de las vocaciones al ministerio ordenado y de especial consagración.*

La pastoral vocacional no es uno de los «sectores» o «ámbitos» de la pastoral: es la forma y el alma de todas las pastorales, por lo cual se puede hablar de «animación vocacional y anuncio de las vocaciones particulares y específicas que son don de Dios a la Iglesia.

--*Los Organismos eclesiales unitarios de referencia.*

Los Centros Diocesanos de Vocaciones, y el Centro Nacional de Vocaciones: expresan el compromiso de la Iglesia por el estudio, la animación y la coordinación de la pastoral vocacional.

Propuestas prácticas de ‘anuncio’ en la «pastoral ordinaria vocacional»

- Catequesis (niños, adolescentes, jóvenes) en clave vocacional.
- La celebración del sacramento del Perdón y de la Eucaristía en el contexto del año litúrgico (el «mes vocacional»).
- Toda expresión de servicio ministerial en la comunidad cristiana, como lugar educativo al don de sí (la propuesta de los ‘ministerios de hecho’, el servicio a los pobres, el voluntariado).
- Itinerarios específicos de acompañamiento personalizado y comunitario de los jóvenes en proceso de discernimiento vocacional.

a) EL ACOMPAÑAMIENTO

El servicio de dirección espiritual, al servicio de la orientación y acompañamiento vocacional.

En un camino de crecimiento en la fe y vocacional, el acompañamiento individual, personalizado mediante el discernimiento y la dirección espiritual cualificadamente realizados, es complementario y coesencial junto al acompañamiento comunitario en el camino compartido y gradual de fe de un grupo.

La dirección espiritual –como mediación de una persona adulta en la experiencia de fe y eclesial en el camino de maduración espiritual de la persona y de discernimiento vocacional– ofrece este servicio: libera a la persona, sobre todo a los jóvenes, de los riesgos del ‘subjetivismo’; ayuda a concretizar intuiciones o aspiraciones ideales; propone contenidos motivadores; abre el corazón y la vida a los ‘signos’ mediante los cuales habla Dios; previene y educa al joven a gestionar los momentos ineludibles de ‘crisis’; se propone como verificación del camino de crecimiento global de una persona.

b) EL TESTIMONIO

Los educadores en la fe cristiana como ‘animadores vocacionales nativos’: el testimonio gozoso de la vocación.

Este compromiso es apremiante para aquellos que en la comunidad cristiana viven una vocación al ministerio ordenado o de especial consagración –junto a las familias cristianas y a todos los animadores de pastoral juvenil–, cada uno con sus propios dones.

A ellos se les confía, a partir de su testimonio, el anuncio del ‘Evangelio de la vocación’.

Propuestas prácticas para la formación vocacional de los educadores en la fe nativamente educadores vocacionales.

--Padres: catequesis prebautismal de los hijos; preparación para los sacramentos de la iniciación cristiana; itinerarios vocacionales para novios; preparación remota y próxima para el matrimonio: ‘grupos familias’;

--catequistas: preparación del catequista, ya de por sí ‘animador vocacional’, en las escuelas de catequistas;

--animadores de grupos, movimientos, asociaciones: conscientes de proponer y promover un itinerario de fe en clave y en perspectiva vocacional;

-- animador vocacional parroquial: una figura laica que en la parroquia asume el servicio de hacer presente en todas sus actividades la animación vocacional.

CONCLUSIONES

A modo de síntesis –en el espíritu que debe caracterizar cada vez más la pastoral vocacional entendida como «acción coral» de toda la comunidad eclesial–, propongo el presente decálogo sobre el «Estado adulto y maduro de la pastoral vocacional».

--Una ‘pastoral de la maternidad’: de la emergencia a la coherencia. Dios sigue generando vida.

--Una pastoral para todas las vocaciones: de la promoción de algunas vocaciones a la promoción de todas las vocaciones. O crecemos juntos o no crece nadie.

--Una pastoral propuesta a todos: de la propuesta a los ‘nuestros’ a la propuesta a todos. Dios no hace acepción de personas.

--Una pastoral de la esperanza audaz: del miedo a la valentía. Dios es novedad y futuro.

--Una pastoral de fuertes convicciones: de la incertidumbre/timidez a la seguridad. En cada persona hay un don original de Dios.

-- Una pastoral del servicio a la persona: del reclutamiento al cuidado de la persona. Toda persona es llamada a discernir y a realizar el proyecto de Dios.

--Una pastoral de la Iglesia local: de 'importar vocaciones' a cultivar los dones que toda Iglesia posee. El Señor sigue llamando en cada Iglesia y en cada lugar.

--Una pastoral sistemática: de experiencias puntuales a itinerarios de educación vocacional. Quien está buscando necesita ayudas apropiadas.

--Una pastoral comunitaria: de acciones individuales a una acción coral. Toda la comunidad para todas las vocaciones, en todas las etapas de la vida.

--Una pastoral crítica y creativa: de la «patología del cansancio», sobre todo de los presbíteros y consagrados, a un «nuevo impulso creativo» testimonial. La pastoral vocacional tiene una dignidad y una posición natural de centralidad y síntesis en el ámbito de la pastoral de la Iglesia, pastoral entendida como "mediación de la salvación de Dios" para cada persona.

NUEVAS REALIDADES EN MATERIA VOCACIONAL

Rvdo. P. Amedeo Cencini

El paso de Jesús por la orilla del mar de Galilea y la llamada que dirige a los primeros discípulos marca el nacimiento de la pastoral vocacional (PV). En rigor, nace con este primer anuncio (aunque el primer testamento abunde en historias vocacionales). No obstante, podemos decir, en términos oficiales, que la PV es un fruto reciente de un tiempo de crisis en que ha comenzado a perfilarse, sobre todo en países de antigua cristiandad, la posibilidad o fantasma de una contracción numérica de la vocación presbiteral tan relevante como para poner en peligro un servicio pastoral adecuado a la necesidad de la comunidad creyente. La PV nace, por tanto, en un momento de crisis y miedo, incluso de angustia (¡angustia vocacional!). No debemos olvidarlo.

Por otra parte, vivimos hoy un tiempo particularmente singular en que, por un lado, advertimos una fuerte exigencia de novedad, impulsados por el soplo del viento impetuoso del Papa Francisco, de *Evangelii gaudium*, de la Nueva Evangelización; y, por otro, nos frena el miedo que hemos mencionado, que no es en absoluto buen consejero.

Por todo esto, no podemos perder de vista la referencia a la acción vocacional de Jesús, el primer sembrador vocacional. Cualquier camino novedoso en este terreno será auténtico en la medida en que remita al estilo de Jesús; por tanto, no lo es aquella PV que reacciona tan sólo al miedo que ve peligrar la propia supervivencia, es decir, que esté guiada por esa “angustia vocacional presbiteral” que, como bien sabemos, no produce vocaciones sino más angustia. Y mejor que no produzca vocaciones, pues serían vocaciones de sacerdotes ¡angustiados y angustiantes!

Junto a esta constatación, la otra referencia que actúa como brújula de esta reflexión es el tema del próximo Sínodo: “*Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*”. Que ha de ser entendido, afirma la nota vaticana, como una invitación a la comunidad eclesial (quizás, en particular, a la presbiteral) a “acompañar a los jóvenes en el camino de su existencia hacia la madurez, de modo que, mediante un proceso de discernimiento, puedan descubrir su proyecto de vida y realizarlo con alegría, abriéndose al encuentro con Dios y con los hombres y participando activamente en la edificación de la Iglesia y la sociedad”.

Además, para hablar de nuevas realidades en el campo vocacional se necesita un conocimiento general de todo aquello que está sucediendo en la Iglesia. Por esta razón mi intención no es la de llevar a cabo una presentación puntual de nuevas experiencias y metodologías en este campo, sino reflexionar sobre *nuevas realidades vocacionales* a partir de la *nueva cultura vocacional* que se está abriendo paso en la Iglesia (y habría que confrontar con la del pasado). Esta opción arranca del siguiente principio: la pedagogía es *la concreción operativa del camino de un determinado sujeto o realidad hacia la propia identidad*. Por tanto, la pedagogía vocacional (o de la animación vocacional), está estrechamente relacionada con el punto de llegada, la naturaleza de la vocación en términos teológicos: es ésta la que inspira y guía la metodología vocacional, impulsándola eventualmente hacia nuevas modalidades de acción. Éstas, por su parte, crecerán en evidencia y estabilidad en la medida en que se apoyen y estén motivadas por una originaria y auténtica visión teológica. Precisamente por esto muchas novedades en materia de animación vocacional (AV) se han revelado pasajeras y apenas han dejado huella.

Trataré de moverme, en suma, considerando un doble frente, teológico y pedagógico (que denominaré “modalidades de acción”), y proponiendo algunos signos teórico-prácticos de novedad desde diversos puntos de vista.

1. TEOLOGÍA DE LA PASTORAL VOCACIONAL

La PV se ha considerado habitualmente como una pastoral muy funcional y práctica, con poco espesor teológico, nacida –como hemos señalado– en época de vacas flacas y orientada a un objetivo más bien inmediato: el aumento de las vocaciones al sacerdocio. De hecho, entre los diversos secretariados o delegaciones de una curia diocesana, a menudo el de la PV no sólo es el último que ha sido constituido en el tiempo sino que incluso, en algunos casos, se encuentra vinculado a otros departamentos (como el de pastoral juvenil) o está dirigido por quien, por ejemplo, trabaja en la formación sacerdotal.

La PV vocacional posee, en realidad, una *identidad propia, fundamentalmente teológica*, que le proporciona una razón de ser que va más allá de un objetivo meramente funcional o cuantitativo. Esta afirmación ha venido adquiriendo mayor evidencia en estos últimos años. Hemos descubierto que la PV posee su propia teología, dotada de su objeto material y formal, dicho en términos técnicos; con una imagen específica de Dios como el *Eternamente Llamante*, y del hombre como el *llamado en todo momento*, es decir, como ser *ob-audiens*, siempre a la escucha: pues en la vida no existe un momento vocacional único, sino que todo instante esconde y contiene una llamada. Es en este ser llamado por Dios donde el hombre reencuentra la propia dignidad. Más aun, se trata de una teología con un específico objeto de interés como es el discernimiento, en el tiempo, del proyecto original sobre una criatura; una teología con su propia categoría interpretativa de la Palabra, la categoría vocación; una teología que considera la vida una llamada constituida esencialmente por una serie de llamadas que culminan en la muerte, o llamada por excelencia; una teología para la que las situaciones más complejas y difíciles (una enfermedad, un sufrimiento, una injusticia...) contienen una llamada y se leen en clave de llamada.

Modalidades de acción

• **Llamada constante**

Pongamos un ejemplo que permite entrever una modalidad concreta de acción: hace tiempo se acostumbraba a invitar a la persona que sufría, por diversos motivos, a ofrecer dicho sufrimiento personal por las vocaciones al sacerdocio. Un gesto que era y es encomiable y aun puede sugerirse a condición de que no se olvide esa otra perceptiva de mayor arraigo teológico y más eficaz desde el punto de vista pedagógico, además de ser más respetuosa con la persona y su situación concreta: ¿no esconde el sufrimiento una llamada, es decir, no puede proponerse como vocación actual de la vida de la persona, como modo de responder a un proyecto misterioso de Dios? ¿No tiene el creyente que atraviesa el momento de la prueba el derecho de ser ayudado por la Iglesia a descubrir esa misteriosa llamada inscrita en la prueba?

• **El evangelio de la vocación**

La PV implica, por tanto, una reflexión teológica de la que ha de alimentarse continuamente para mantener activo el *evangelio de la vocación* como buena noticia acerca de Dios y del hombre, y no degenerar en técnica y formas de reclutamiento que tergiversarían su sentido y la empobrecerían. De hecho, lo que entendemos por PV resulta mucho más eficaz y convincente cuando se entiende y motiva a partir de estos presupuestos teológicos. Conviene recordar, además, que una PV entendida así tiene su propia razón de ser entre los diversos sectores del trabajo pastoral, no es la cenicienta. Se encuentra vinculada a la pastoral de la familia y de la juventud e, implícitamente, con todos y cada uno de los sectores de la pastoral general ordinaria, como veremos más adelante. El trabajo de los últimos años ha llevado a las diversas conferencias episcopales a dotarse de un servicio o centro nacional para las vocaciones, así como a las diócesis (no todas, en verdad) a crear una delegación o secretariado

diocesano de pastoral vocacional que, en no pocas ocasiones, representa bien la realidad vocacional diocesana, y, en otras, se concibe vinculado de manera específica a la pastoral vocacional del seminario.

2. VOCACIONES DE LA PERIFERIA

Todos sabemos que el flujo vocacional se está desplazando de manera creciente desde zonas de antigua evangelización hacia aquellas otras que se han abierto más recientemente al mensaje evangélico. Lo que quiere decir, hablando en general, que *allí donde se evangeliza, o donde el anuncio resuena en su novedad y radicalidad es más probable que nazcan vocaciones*. Cuando el adolescente o el joven se encuentra con el mensaje evangélico aún siente una fascinación indiscutible. Como señala el Papa Francisco, “donde hay vida, fervor, ganas de llevar a Cristo a los demás, surgen vocaciones genuinas”. Dicho de manera negativa: la crisis vocacional también es consecuencia de una pastoral repetitiva y mediocre, o fruto de un proceso de asimilación cultural del mensaje cristiano que le resta mordiente y capacidad de sorprender y poner en tela de juicio la realidad. Una vez más, según el santo Padre, “en muchos lugares escasean las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Frecuentemente esto se debe a la ausencia en las comunidades de un fervor apostólico contagioso, lo cual no entusiasma ni suscita atractivo”. Esta es la perspectiva de una *Iglesia en salida*.

Pero cabe prestar atención a otro aspecto digno de consideración acerca del origen de las vocaciones. Podemos afirmar que proceden, cada vez más, de las *periferias del mundo y de la Iglesia*. El ámbito de procedencia de las vocaciones está cambiando: ya no son sólo los “nuestros” los que se deciden por el seguimiento (personas que han sido acólitos, hijos de buenas personas, creyentes o hijos de creyentes desde hace generaciones); sino que muchos proceden de situaciones no propicias o periféricas, tanto respecto de la Iglesia como del mundo. En el fondo, Jesús llama a personas que no están en el Templo, es decir, entre los adeptos al culto; más bien ha elegido como discípulos a pecadores –como Mateo y Judas– de un pueblo de pecadores, enviándoles no a los justos, sino a los pecadores.

Modalidades de acción

• **De todo lugar y condición**

Todo ello apunta a una modalidad de acción correspondiente que se inspira, para entendernos, en el icono evangélico del *sembrador*, cuyo gesto amplio esparce la semilla de la vocación en todo tipo de terreno, desde el camino a la tierra plagada de zarzas, allá donde menos cabría esperar una respuesta vocacional. La enseñanza resulta evidente y pone en crisis toda aquella PV *tímida y miedosa* que se limita a frecuentar lugares seguros, que se despliega a la sombra del campanario, en medio de personas cercanas o más prometedoras; que carece del coraje de radicarse en ambientes nuevos porque considera que no merece la pena; que no se deja movilizar, en suma, por la certeza de que es Dios quien llama a todos y cada uno. Una PV que es tímida pero, al tiempo, *presuntuosa y poco creyente*, pues decide originariamente delimitar los espacios de su anuncio, haciéndose por ello *poco inteligente y auto-perjudicial* al excluir arbitrariamente del diálogo vocacional ambientes y personas. Cuántas veces nos hemos lamentado y nos lamentamos de la pobreza de la respuesta vocacional, sin darnos cuenta de que somos nosotros mismos quienes hemos dirigido la llamada a una pequeña minoría de personas como si Dios no llamase a todos, o –peor aún–, como si fuésemos nosotros quienes decidimos quién puede ser llamado y quién no.

• **“Nadie nos ha llamado”**

Cuántos jóvenes podrían exclamar como los trabajadores de la última hora: “¡nadie nos ha llamado!” (Mt 20, 7). Habríamos de recordar el reclamo de Pablo VI: “Que nadie, por culpa nuestra, ignore lo que debe saber, para orientar, en el mejor sentido posible, la propia vida”. Y, aun así, ¡cuántos

jóvenes no ha escuchado nunca propuesta cristiana alguna acerca de su vida y su futuro! En realidad, es una gran mayoría la que no ha sido llamada nunca por nadie. Por otra parte, aprender a sembrar la buena semilla de la vocación *en todo lugar y condición, en todo corazón y ambiente*, como sucede ya en algunos contextos eclesiales, haría (como ya sucede, en verdad) nacer una nueva pedagogía vocacional, provocaría la búsqueda de nuevas modalidades comunicativas, nos obligaría a ser creativos y valientes a la hora de afrontar nuevos contextos y culturas, generando finalmente *nuevas vocaciones para nuevos y antiguos ministerios*.

3. EL EXTRAÑO FENÓMENO DE LA SELECCIÓN ADVERSA

Además, hemos de señalar, con mucho realismo, que no siempre la calidad de las vocaciones responde hoy a un estándar elevado, sino que, en ocasiones, y aunque no sea agradable reconocerlo, encontramos personas de escasa calidad. Es el fenómeno de la llamada *selección adversa*: aquella que considera en primer lugar, más allá de los (posibles) llamados, la calidad de la vida y el testimonio de los llamados o, más en concreto, de nuestras comunidades presbiterales y religiosas. Esta ley sociológica afirma que cuando esa calidad es baja la institución atrae a los mediocres, que no la cuestionarán. Es una constatación amarga pero real y confirmada por los hechos: *la mediocridad llama a los mediocres*. La mediocridad posee una fuerza notable, tiende a reproducirse atrayendo y generando, de alguna manera, a los mediocres. Estos garantizan la continuidad de una institución en el tiempo, pero la hacen más mediocre en cuanto favorecen la pérdida de ese espíritu de donación radical que es propio de la llamada que procede de lo alto.

Modalidades de acción

• **Más alta y más atrayente**

La lección que se extrae de este fenómeno de la selección adversa es que la PV ha de ser construida a partir de un testimonio auténtico, personal y comunitario; de modo que no cabe adoptar una actitud de renuncia al mismo. En estos últimos años se ha revelado muy real el riesgo de rebajar la calidad de las vocaciones. En tiempo de vacas flacas se cierne el peligro de hacer rebajas, de promover a todos, de descuidar el discernimiento, de no exigir demasiado, pasando por alto, a veces, situaciones verdadera y propiamente problemáticas desde el punto de vista de la integridad psicológica y moral, llegando a promocionar, he hecho, a los menos indicados. Pensemos, por ejemplo, en el fenómeno negativo del “*turismo vocacional*” por parte de aquellos que han sido excluidos de un seminario o un instituto y vagan de una diócesis o congregación a la otra hasta que encuentran... su nido, con escasa probabilidad de hallar la propia paz (o de poder brindársela a los otros). Lo más grave de este fenómeno reside, sin duda, en la actitud consentidora de superiores y formadores para con estas personas, pensando que así contribuyen a resolver el problema de la escasez numérica (haciendo oídos sordos de las disposiciones canónicas al respecto). Este es el peor modo de resolver los problemas de la crisis vocacional. Y no hablamos sólo de lo que se refiere a la formación en sus varias fases de discernimiento, sino al modo mismo de hacer PV. Es iluso pensar que se es atractivo haciendo que todo sea más fácil; la psicología nos dice todo lo contrario: es la grandeza del ideal la que ejerce poder de atracción sobre el ánimo del hombre.

• **Cuanta más donación, más exigencia**

No estamos diciendo que se exija el imposible de tornar a viejas y radicales formas ascéticas de dudoso gusto (ensombrecidas, a veces, por una cierta ambigüedad perfeccionista-moralista de fondo), sino de reconocer que en la actualidad las instituciones religiosas dotadas de poder de atracción vocacional parecen aquellas que subrayan con mayor nitidez el ideal evangélico y su ascendente sobre el corazón humano. Los jóvenes tienen necesidad de esas propuestas potentes, como la del Evangelio y su fuerza inigualable, que conjugan don y exigencia, que dan el máximo y, al mismo tiempo, exigen

todo, por las que merece la pena gastar la vida. A la percepción-descubrimiento de que sólo Dios puede dar respuesta al corazón humano, se une el desafío y la propuesta de amar con el corazón de Dios. Amar a Dios con corazón de hombre, y amar al hombre con corazón divino. He aquí lo que atrae vocacionalmente. “Los cristianos no hemos sido elegidos por el Señor para pequeñeces. Id siempre más allá, hacia las cosas grandes. Poned en juego vuestra vida por los grandes ideales [...] pido que orientéis la pastoral vocacional en esta dirección, acompañando a los jóvenes por itinerarios de santidad que, al ser personales, exigen una auténtica pedagogía de la santidad”.

Las medidas a medias atraen temporalmente, pero al final desilusionan y no colman la sed del corazón, resultan insuficientes para dar sentido a la existencia. Hacer una propuesta que se ubique por debajo de aquello que el corazón del hombre puede ofrecer y acoger, significa no sintonizar con su expectativa más profunda y, en consecuencia, no puede provocar adhesión vocacional alguna. De igual modo, las propuestas unilaterales que subrayan sólo un aspecto de la proposición vocacional (bien como don de lo alto, bien como aspiración del corazón humano) se revelan débiles y con escasa capacidad de motivar una decisión. El joven elige a la luz de la percepción de un don y, cuanto más grande sea el don, mayor es la responsabilidad frente a él o la sensación de una respuesta que ha de ser total.

Hemos de hacer un profundo examen de conciencia sobre la calidad de nuestro testimonio, individual y comunitario. La única, verdadera y más grande catástrofe no es la disminución numérica, sino la mediocridad espiritual. Expresándome en clave más positiva, y como reacción a dicha mediocridad, hago referencia tan sólo a un par de aspectos en perspectiva vocacional. Por una parte, resulta fundamental el testimonio de una cierta “fraternidad” presbiteral o religiosa que de testimonio de una santidad comunitaria (y no como propiedad excepcional de un individuo); testimonio que, por su naturaleza, tiene más impacto en el ánimo del joven y se convierte en fuerza de atracción vocacional. Por otro lado, también es fundamental que el sacerdote o el consagrado se muestre contento de su vocación y la sienta como una realidad bella que procura belleza y sabor a la propia vida, como una opción que da cuenta de por qué aquel amor llena su corazón, como una respuesta de donación total ante una llamada que solicita la total donación de sí.

4. EL SENTIDO FUNDAMENTALMENTE VOCACIONAL DE LA VIDA

A menudo se ha insistido en el pasado en una PV fundamentada sobre una suerte de llamada para ser héroe o aspirante a héroe, como si se tratase de una llamada extraordinaria que sólo algunas personas habrían podido escuchar. En realidad se trata de una modalidad comunicativa de la vocación que es muy débil, porque se expone con mucha facilidad al rechazo subjetivo de quien no se siente héroe o cree que debe (no sólo puede) ajustarse a algo menos exigente; y porque, digámoslo una vez más, el anuncio vocacional se dirige sólo a aquel, no a todos, que se siente subjetivamente atraído de alguna manera. En realidad, cristianamente entendida, la vocación no se concibe como algo extraordinario que sólo algunos elegidos pueden atender, puesto que se construye sobre un sentido o gramática elemental de la vida, que toda persona puede entender: *la vida es un bien recibido que tiende por naturaleza a convertirse en un bien donado*. Este es el sentido de la vida, que es fundamentalmente vocacional. Si la vida es un don recibido (ningún ser humano ha tenido que aprobar un curso para existir), el don tiende por propia naturaleza a convertirse en don, es decir, llega a ser un bien que se dona cuando la persona se hace adulta. Se trata de un principio *objetivo*, válido y verdadero para todos. Y es importante fundar objetivamente el dato vocacional, porque sólo así se puede hacer una propuesta verdaderamente universal, que alcanza a todos, al menos potencialmente.

Modalidades de acción

- **No se necesitan héroes**

De todo ello se deriva una modalidad de anuncio vocacional más eficaz y convincente. De hecho, la PV ha adquirido mayor conciencia de que este punto de partida se revela más capaz de llegar a todos, porque se funda sobre el sentido más elemental de la existencia humana: en realidad, nadie está al margen de esta lógica, de esta verdad de la vida. Es más, el joven debe saber, y hay que recordárselo con insistencia, que es libre de tomar la opción que considere, pero *no es libre de escapar a esa lógica del don*. Si lo hiciese estaría eligiendo el propio mal, entraría en contradicción consigo mismo, estaría deformando la propia vida, ¡no sería feliz!

Luego, no es necesario ser un héroe para hacer una opción vocacional (la misma lógica del héroe apenas tiene impacto en la sensibilidad juvenil inmersa en la actual cultura de la mediocridad); basta con advertir el auténtico sentido de la vida, en la conciencia de que uno sólo es feliz si respeta la verdad de sí. De ahí que toda catequesis elemental que incida en el significado de la existencia terrena como lógica del don que se recibe y se dona, sea por sí misma motivo de animación vocacional. Lo verdaderamente decisivo es mostrar la evidencia invencible del nexo que vincula la percepción del don con la decisión de darse a sí mismo. En otras palabras, “si hay un don al comienzo de la vida del hombre, que lo constituye en ser, entonces la vida tiene el camino trazado: si es don, será plenamente él mismo sólo si se realiza en la perspectiva del darse; será feliz a condición de respetar esta naturaleza suya [...] será libre de elegir la orientación específica que quiera, pero *no será libre de pensarse fuera de la lógica del don* [...] Si se admite esta verdad antropológica, entonces se puede hacer cualquier propuesta vocacional. También, entonces, la vocación al ministerio ordenado o a la consagración religiosa o secular, con toda su carga de misterio y mortificación, llega a ser la plena realización de lo humano y del don que cada hombre *tiene y es* en lo más profundo de su ser”.

• De la gratitud a la gratuidad

Por ello es necesario favorecer aquel conjunto de actitudes vocacionales virtuosas que se inspiran en la gratitud, en la conciencia de haber recibido un gran don sin haber hecho nada para merecerlo, en la convicción humilde e inteligente de que darse es lo mínimo que puede uno hacer, siendo consciente de que, aunque el hombre se dé a la vida, a los otros y a Dios jamás podrá corresponder con el bien recibido. Más en concreto, hay que promover actividades formativas que procuren al joven hacer experiencia de que el don de sí es natural y hermoso, mucho más que ser virtuoso, porque afirma la verdad del ser humano.

• Colaboración pastoral y *via pulchritudinis*

Estamos necesitados de un profundo espíritu de colaboración entre diversos sectores de la pastoral en clave de sinergia propositiva; por ejemplo, entre pastoral juvenil, familiar y vocacional (tal vez aprovechando la oportunidad de ocasiones importantes como una Jornada Mundial), entre diversos ámbitos relacionados con la PV, como son el de la caridad y la misión. Esta convergencia es muy importante para contrarrestar el influjo de la actual “cultura egocéntrica e individualista” que, por tendencia natural, se contrapone al camino vocacional como servicio y salida de uno mismo.

En estos últimos años se ha trabajado mucho, a nivel de propuestas nacionales, en el lanzamiento de la “*via pulchritudinis*” como extraordinaria vía vocacional: el arte, la literatura, la música y el cine constituyen un gran recurso de lenguajes nuevos y comunicativos, capaces de interceptar los anhelos y preguntas que anidan en el corazón de los jóvenes, así como de mediar un anuncio vocacional más vivaz y creativo. Catequesis y liturgia son sectores que podrían estar explícitamente involucrados en este testimonio de la belleza de la fe y el misterio, de la vida creyente y del ser llamado. La belleza podría ser el denominador común o punto de convergencia de esta colaboración pastoral entre los diversos sectores y ámbitos.

• Pastoral generativa

Otra relativa novedad en términos de PV consiste en la llamada *pastoral generativa*. Significa ser pastores con ojos y oídos atentos a los acontecimientos humanos que acaecen hoy, a veces trágicos e inquietantes, que interpelan a la comunidad creyente y esperan de ella una implicación y una respuesta, tal vez no obvia o repetitiva; atentos a los carismas y dones que atesoran las personas, a las potencialidades más que a los límites, al presente y al futuro más que al pasado, a una Iglesia que reencuentra el profundo sentido de la *koinonía*, de la *diakonía* y de la *martiría* (o comunión en la oración litúrgica; el testimonio de la Palabra que se dona; el servicio gratuito y desinteresado de la Caridad), que vive no para su bienestar psicológico o espiritual, sino en clave de don para el mundo que trata de hacer comprensible y gozable incluso al no creyente, a quien invita a tomar parte en esa dinámica de donación.

En síntesis, una pastoral no puede ser sólo conservadora y garantizar el statu quo, sino que ha de mirar adelante y generar nuevos contactos, nuevos creyentes, nuevos ministerios, nuevas vocaciones... Porque el mundo lo exige. Este modo pastoral de situarse frente al mundo *supone para la Iglesia una profunda creatividad y generatividad vocacional*.

5. DEL MODELO DE LA CREACIÓN AL MODELO DE LA REDENCIÓN

Otro espacio en que está aconteciendo un cambio significativo –con implicaciones en la modalidad pedagógica de la PV– es el relativo al modelo teológico adoptado. Hasta ahora se hacía referencia sustancialmente a la creación. Según este modelo la vocación del hombre consiste en un proyecto pensado por Dios, o en la realización de un proyecto original a la luz de ese pensamiento “primitivo”, si podemos hablar así, según el cual el Padre Creador ha modelado cada criatura deponiendo en ella un trazo de la propia imagen y semejanza. En el modelo de la redención, en cambio, la vocación se entiende como una llamada que dirige el Padre Redentor a todo hombre salvado por la sangre del Hijo; no sólo para que se abraza a la salvación que ha obtenido el Hijo, sino a fin de que elija *colaborar activamente en el proyecto de la salvación de manera responsable y en beneficio de otros*, imitando así por gracia a Aquel que ha dado su vida por la salvación de la entera humanidad. Creación y redención, en suma, son los dos polos clásicos del concepto (o misterio) de vocación: uno más estático y contemplativo, el otro mucho más dinámico y activo; el primero como expresión del ser humano en sí, el segundo del ser humano en relación, el primero más tradicional aunque expuesto al riesgo de una interpretación subjetivo-narcisista, el segundo modulado por la conformación a Cristo y la solidaridad con el otro, más provocador y significativo para la cultura del presente (dada su inercia narcisista), más capaz de señalar un modelo de ser hombre adulto en Cristo.

La novedad reside en que la teología actual parece reflexionar con más insistencia en este segundo aspecto de la vocación, que quizás apunta a una dimensión inexplorada de la identidad de la persona llamada. Con ello se afirma que la vocación cristiana no está en función del individuo y sus economías espirituales, tampoco de su salvación y santidad privada o su paraíso futuro, sino que es una llamada a *hacerse cargo de los otros, a sentirse responsable de la salvación del otro*; a convertirse en mediación de la voz del Hijo, que sigue llamando para que otros puedan escucharlo y responder. Tampoco puede ser entendida –y es un error bastante extendido– como banal autorrealización del sujeto, lo que constituiría un sinsentido no sólo teológico sino psicológico. De igual modo que nadie puede dar al hombre lo que sólo Dios puede, *nadie puede pedir al hombre aquello que sólo Dios le puede pedir*: entrar activamente en el drama de la redención. Ahora bien, nada como la vocación cristiana tiene el poder de hacer al hombre adulto, extrovertido, interesado en la vida y la salvación del otro. ¡Igual que Dios!

En este sentido puede considerarse la vocación el punto más alto de una auténtica teología en cuanto reflexión humana sobre el Dios Creador y Redentor. Es el indicador de hasta qué punto ha

hecho Dios al hombre semejante a sí mismo, es decir, *agente de salvación, capaz de salvar*; por medio de la gracia, claro está.

Podemos así comprender también que entre las diversas vocaciones exista al mismo tiempo igualdad y diferencia: todas están al servicio de la salvación, aunque cada una de manera particular. Y, si bien, todas poseen la misma dignidad, es el tipo de participación en el drama de la redención la que les otorga su cualidad. Todas son, en fin, igualmente *dramáticas*, porque todas están en función de la salvación y la salvación del otro. Aquí reside la medida más alta de la vida cristiana ordinaria y la originalidad de la idea cristiana de vocación que se propone a todos y no está al servicio de la propia persona, sino de la redención del hermano.

Modalidades de acción

• De la gramática al sentido dramático de la vida y la salvación

De esta idea nace un nuevo tipo de propuesta pedagógica que se construye en torno a una lógica típicamente cristiana de apertura relacional y responsabilidad por el otro. De modo que la referencia ya no es la lógica subjetiva del “si quieres y te apetece...”, o de la autorrealización, ni siquiera de la necesidad de la Iglesia o los problemas del mundo o ciertas partes del mismo; en definitiva, la lógica de todos aquellos modos de proponer la vocación que son *débiles*, frente a los que el sujeto puede decir fácilmente: “sí, es interesante, pero no es para mí, yo me siento orientado en otra dirección”.

Incluso vuelve aquí de algún modo la lógica mencionada en el párrafo precedente al señalar que la propuesta vocacional se funda sobre una gramática elemental de la vida (como *don recibido que tiende por propia naturaleza a convertirse en un bien que se dona*). Ahora encontramos esta misma lógica en el ámbito del proyecto de la salvación y su cumplimiento dramático; salvación que es don absolutamente inmerecido y totalmente gratuito, y hace del salvado actor de salvación. También aquí insistimos: se trata de un dato objetivo frente al cual el creyente o el joven viandante de la fe percibe toda la belleza dramática de la misma y, al mismo tiempo, la propia dignidad de persona que ha sido liberada (es decir, salvada) y es responsable de la salvación del otro (capaz de hacerse cargo de la redención del otro).

• Pastoral de la responsabilidad

De aquí derivan dos aplicaciones en torno a la modalidad de la PV. La primera: quien se decida en la actualidad por la animación vocacional constata que una mayor atención a esta responsabilidad por el otro vinculada a la fe favorece una presentación del cristianismo más convincente y eficaz, más actual y moderna, que acaba por suscitar mayores adhesiones en un amplio espectro vocacional. Esa atención reacciona frente a una pastoral del bienestar psicológico, del esteticismo pseudo-espiritual o del interés espiritual exclusivamente individual que, por definición, es una pastoral anti-vocacional. Pensemos, por ejemplo, en la necesidad que se percibe hoy en el joven creyente, a la luz de esa sensibilidad vocacional distinta, de madurar una opción vital de compromiso en lo social o lo político entendido como gesto de responsabilidad ante los otros y, por tanto, *en cuanto creyente* (y no por la carrera, el dinero, la fama o el bienestar...). O pensemos cómo podría experimentar la propia vocación sacerdotal o religiosa un nuevo impulso motivacional (y purificarse) a partir de este valor de la responsabilidad moral ante los otros, como salvación que se obtiene no primariamente por sí mismo, sino a través de los otros.

La segunda consecuencia en torno a la modalidad pedagógica revierte sobre la pastoral considerada en general. Es evidente que el paso del modelo de la creación al de la redención conlleva una actitud *mucho más provocativa y responsable en lo que toca a la proposición general de la fe cristiana*. Puesto que no puede darse solicitud vocacional o descubrimiento de la propia vocación en el

seno de una pastoral... del analgésico o de la estética, que parece haberse olvidado del “alto precio de la gracia”, y se presenta totalmente concentrada en una individualidad subjetiva autorreferencial y un tanto infantil.

Nos referimos a un horizonte vocacional que se declina y actualiza en la perspectiva de una nueva evangelización encaminada a superar dinámicas repetitivas que, a menudo, se revelan ineficaces (para ello resultaría de lo más oportuno una lectura en continuidad entre *Nuevas vocaciones para una Nueva Europa* y *Evangelii gaudium*).

6. KERIGMA VOCACIONAL

Normalmente, la animación vocacional se ubica al término de un camino de educación en la fe; dicho de otro modo, primero se forma al creyente y después al llamado, dado que la llamada se percibe como culmen o expresión de la plena madurez del creyente y signo de una fe adulta. Esta perspectiva es correcta, pero no exclusiva, es decir, el orden entre esos dos momentos (fe y propuesta vocacional) no se articula rígidamente, sino que se puede invertir. Lo que quiero decir es que la propuesta vocacional puede, y tal vez debe, formar parte del *primer* anuncio, de la acción de mostrar la evidencia de la llamada y la corresponsabilidad de la criatura en el proyecto de la salvación, como hemos subrayado con anterioridad. La vocación no es aquello que viene después, como si se tratase de un punto de llegada que sólo resulta accesible a unos pocos o al que arriban finalmente algunos virtuosos; el cristianismo es *esencial e inmediatamente vocación*, llamada, solidaridad con el hombre pecador y necesitado de salvación, impulso a formar parte activa del misterio de la redención. De manera que no se puede comprender auténticamente el cristianismo que se propone sin tomar en consideración esta solitud vocacional; al margen del descubrimiento de la propia vocación no puede darse una plena adhesión creyente. La vocación, en síntesis, es aquello que permite nacer y crecer la fe, ya que ser cristiano supone *en sí* ser llamado y enviado, ser salvado en cuanto involucrado en la tarea de la salvación de los otros.

Modalidades de acción

En concreto, esto quiere decir que la vocación, tanto en la catequesis como en la propuesta más amplia de la fe, ha de situarse al comienzo del camino creyente; no sólo forma parte del kerigma, sino que hace crecer la fe. Tal vez podríamos hablar de un *kerigma vocacional* que da cuenta de la esencia de la fe y muestra que la vocación forma parte de la misma. Vamos a tratar de sintetizarlo refiriéndonos a una serie de semillas vocacionales que han de ser sembradas-cultivadas en el hombre con paciencia y transparencia.

• **Semillas vocacionales**

* tu vida es preciosa, es algo grande y bello, que no mereces y jamás habrías podido conquistar.

* de hecho, procede de Otro, de Dios, Voluntad Buena que te ha preferido a la nada. Si procede de Dios, entonces no eres fruto de la casualidad, sino que existes dentro de un proyecto *inteligente-amante* como criatura amada, por tanto, también *libre y responsable* del don recibido;

* precisamente porque ese don procede de Otro, *te abre a los otros*, a imagen de aquel Dios que te ha creado a su imagen y semejanza, expresión única, singular e irrepetible de Él, llamado a realizarte según un *proyecto pensado expofeso para ti...*

* si bien, *más allá de toda auto-referencialidad*: estarás plenamente realizado cuando te hagas cargo de manera responsable de los otros, serás imagen acabada de Dios cuando el otro cuente para ti más que tú mismo, serás feliz cuando vivas en plenitud el don de ti mismo; de lo contrario, serás un

triste boceto, encerrado y replegado sobre ti mismo, una caricatura de tu persona, una ficción existencial (tal vez parecido a esas caricaturas que ya has podido ver caminando por ahí...);

* así pues, eres libre de elegir aquello que quieras ser, pero recuerda: no eres libre de huir de esta gramática de la vida profundamente radicada en ti, o de ese proyecto inteligente y amante del que eres expresión; tú también estás llamado a ser inteligente y amante, responsable y generoso, agradecido y agraciante. A menos que prefieras ser una caricatura....

7. DISCERNIMIENTO VOCACIONAL

De nuevo en ámbito pedagógico, otro elemento de novedad reside en el modo en que se entiende en la actualidad el discernimiento vocacional. En este sentido, no nos interesan los criterios para el discernimiento en sí, sino adoptar el punto de vista del protagonista, de su significado y papel.

Durante mucho tiempo el protagonista del discernimiento era, sobre todo, el animador vocacional y, sólo en segundo lugar, aquel que se encontraba en el camino vocacional. Lo que se espera hoy del animador vocacional es que sepa, no sólo cómo hacer el discernimiento, sino acompañar al joven para que sea *él mismo quien haga un discernimiento de sí y la propia vocación*. Este es el tipo de animador vocacional del que tenemos necesidad en la actualidad: capaz de *educar para el discernimiento*, es decir, para que el creyente se arriesgue a decidir en libertad; sabiendo que para ello no puede tener todas las certezas, sino que ha de aprender a fiarse y confiarse, a sustituir el cálculo, a la hora de decidir, por una respuesta confiada a Otro.

Si la crisis vocacional es también y quizás, sobre todo, crisis de la capacidad de elección, la tarea más urgente del animador es la de *poner a la persona en condiciones de tomar una decisión*, sin sustituir su conciencia y juicio, sino ayudándola a dotarse de una sensibilidad vocacional que le consienta elegir en libertad y responsabilidad, como acto de amor. El mismo título del próximo Sínodo de los Obispos se refiere precisamente, como hemos apuntado, a los jóvenes y su “discernimiento vocacional”, señalando de algún modo que es una tarea que corresponde a ellos mismos.

Modalidades de acción

Así pues, y atendiendo al ámbito pedagógico, el camino de la opción vocacional deberá consistir en un aprendizaje acerca de la capacidad de discernimiento y, más concretamente, en un entrenamiento progresivo en la toma de decisiones, en un aprendizaje para “elegir lo que es bueno, lo que es perfecto y agrada a Dios”, para apostar por la Palabra de Dios, para no pretender fundar –por una parte– una opción como la vocacional en la garantía de las propias capacidades percibidas como respuesta a la aspiración a un camino que se prefiere, y para no rendirse inmediatamente –por otra– frente a la constatación de las exigencias de la vocación cristiana y su requerimiento sobre las propias fuerzas.

• **El ministerio del acompañamiento y el discernimiento**

En una sociedad a-decisional como la nuestra, que no sólo no anima a optar, sino que declara imposibles las opciones que se hacen para toda la vida, esta educación para la capacidad de elección resulta un objetivo fundamental. Para la Iglesia implica la presencia de hermanos y hermanas capaces de desempeñar un ministerio específico con una preparación adecuada: *el ministerio del discernimiento*. ¡Cuánta necesidad tiene la Iglesia de este ministerio!

Lo que sucede es que este ministerio –que exige procurar tiempos específicos y oportunos para la dirección espiritual– no siempre suscita entusiasmo en el clero, tan solicitado por mil tareas y preso de ciertos problemas de identidad y misión. De hecho, la dirección espiritual y, junto a ella, un

itinerario de aprendizaje sobre la capacidad de discernir, generaría la posibilidad de una relación personal, que es condición fundamental para la tarea de la animación vocacional.

Se advierte hoy por ello la necesidad de sumar a los laicos a procesos de formación que presten particular atención a las parejas/familias y al valor de las figuras femeninas; pueden ser un gran recurso educativo.

8. UNA IGLESIA TODA MINISTERIAL Y MADRE DE VOCACIONES

La idea de una Iglesia que es madre de vocaciones no es un modo de hablar, sino de señalar la apertura de interesantes perspectivas en torno al modo de entender y ejercer la PV. Al menos en tres sentidos.

El primero. No es una novedad absoluta, pero desde hace un cierto tiempo se está tratando de proponer la PV a base de iniciativas extraordinarias, tanto clásicas (semanas vocacionales, grupos de oración vocacional, *lectio* divina, ejercicios espirituales vocacionales, campamentos vocacionales...) como más originales o innovadoras: tiempos dedicados a la experiencia de vida en común mediante un estilo de vida genuinamente cristiano, centrado en torno a la Palabra, la vida fraterna y el servicio (sin dejar de lado la propia responsabilidad en el estudio o el trabajo); diversas experiencias de anuncio en tierras de misión, o experiencias de servicio y voluntariado (como itinerarios propedéuticos a la elección de vida). Además de estas iniciativas se viene insistiendo en la necesidad de *insertar-integrar la PV dentro de la Pastoral ordinaria*. Lo señaló con fuerza *Nuevas Vocaciones para una nueva Europa*. Es necesario –se decía allí– vocacionalizar toda la pastoral, de modo que aquella homilía, administración de los sacramentos, celebración eucarística, *lectio*, catequesis, devoción... que no sea vocacional no puede considerarse cristiana.

Esta extensión de la PV a toda la pastoral lleva aparejada otra apertura que va en la línea de la totalidad: el animador vocacional no puede identificarse simplemente con aquella persona que recibe un encargo oficial, sino que, de algún modo, *somos todos los llamados a ser animadores vocacionales*. Ser mediación de Aquel que llama, o hacerse cargo del camino de quien está en búsqueda de la propia vocación, constituye un punto de llegada, el cumplimiento en grado máximo de lo que significa ser llamado. El llamado se convierte naturalmente en un llamante, de lo contrario estaría traicionando la propia vocación o dejaría de ser llamado.

La tercera apertura se refiere a la idea misma de vocación: que no puede coincidir solamente con la de especial consagración, presbiteral o religiosa, sino que afecta a *todo tipo de estado de vida en que el creyente reconoce la llamada de Dios sobre su persona y un proyecto que ha de desplegarse a lo largo de todo el arco de la vida*. Lo que se encuentra cada vez más en crisis es el hecho mismo de sentirse llamado por Dios a una determinada misión, *cualquiera que sea*. Se encuentra en crisis la idea misma de vocación, de vocación cristiana, de concepción de la vida como respuesta a un requerimiento que procede de lo alto, la idea de responsabilidad frente a un don recibido. Por ello, no sólo se encuentra en crisis la vocación al presbiterado o a la consagración religiosa, sino la vocación al matrimonio, al compromiso político y social, la vocación a diversos ministerios según la necesidad del lugar en que se está, a la opción profesional como expresión de los propios valores cristianos e instrumento de testimonio y anuncio. Dicho esto, parece que sea precisamente ésta la perspectiva que pretende adoptar el próximo Sínodo de los Obispos al asumir la temática del “discernimiento vocacional” de los jóvenes: el sentido de esta expresión coincide con el de una apertura vocacional amplia, a todas las vocaciones, tratando así de entender cómo ayudar a todo joven a discernir como creyente la propia llamada, *cualquiera que sea*.

Modalidades de acción

• En la Iglesia o crecen todos o ninguno

Hay quien teme que esta ampliación de la idea de vocación acabe por dañar la pastoral de la vocación presbiteral. En realidad, no es así: promoviendo la idea de las diversas vocaciones y llevando a cabo una PV efectiva y totalmente abierta a todas las vocaciones se genera un humus propicio, una tierra buena, una cultura (considerada en sus tres fundamentos: mentalidad, sensibilidad y praxis) vocacionalmente fecunda, en la que podrán florecer fácilmente las vocaciones de especial consagración, a la vida sacerdotal y religiosa. No hemos de volver atrás espoleados por ese miedo (o angustia vocacional) vinculado a una visión eclesiológica ya superada en tiempos del Concilio y totalmente ineficaz en el plano pedagógico. Además, la historia nos dice que en la Iglesia *o crecemos todos juntos o no crece ninguno*.

Esta es la buena noticia, el anuncio gozoso que dar a toda persona con que nos encontremos: ¡aún hay lugar! “Tu” lugar te espera (cf. Jn 14, 2-3) y no debes hacer nada para merecerlo: es una invitación que te precede, que te sorprende, que te supera. Es un lugar que sólo tú puedes ocupar, hecho a tu medida: si no respondes a tu llamada nadie podrá ocupar tu puesto. Además, es el Señor quien viene a buscarte allá donde te encuentres, en “las plazas o las calles de la ciudad” (Lc 14, 21), sin importar que seas pobre, lisiado, ciego o cojo, joven o viejo. No importa. Porque Él te ha llamado primero (cf. 1Jn 4, 10) y es Él quien te hará capaz de realizar lo que sueña para ti, al servicio de la Iglesia y de la humanidad. Este es el anuncio.

Apostemos por la importancia de una PV *unitaria y de comunión*, evitando trabajar cada uno en solitario por el propio ámbito (seminario o instituto religioso o de vida consagrada).

La comunidad cristiana que se encuentra inmersa en el mundo no es el destinatario final de toda vocación, sino el ámbito privilegiado en que surgen y crecen las vocaciones. Por ello hay que valorar todos aquellos fermentos de vida cristiana que ayudan a vivir una fe fresca y vital, ya sean movimientos de espiritualidad, grupos de oración y animación, asociaciones, comunidades de base (tan presentes hoy en la vida de la Iglesia)... todo aquello que ayude a la pastoral a ser generativa, tal y como hemos apuntado.

9. OPTIMISMO VOCACIONAL

Estamos necesitados de un creyente valiente, que viva plenamente la propia vocación y crea firmemente que realmente son *todos* los llamados y *a todos ha de ofrecerse el servicio de un acompañamiento vocacional*. De lo contrario permaneceremos en esa situación paradójica y contradictoria que contempla la reducción de la PV: *todos* son los llamados, pero *pocos* aquellos a quienes se dirige la invitación y oferta de la ayuda de un acompañamiento; muchos *menos* son los que perciben una llamada y se ponen a la escucha; y poquísimos, cada vez menos, los que responden de algún modo. Corremos el riesgo de desembocar en la imagen del *hombre sin vocación*.

Si nos ponemos en el punto de vista de los que *llaman* el proceso sería el siguiente: todos son llamados, pero pocos los *llamantes*; aún menos los llamantes capaces de acompañar y formar para el discernimiento vocacional.

Ciertamente esta visión dibuja una prospectiva negativa y más bien deprimente; sobre todo, al considerar los retrocesos que afectan a la vocación al estado sacerdotal; dando por hecho que la lógica de los números es la decisiva y nos es francamente hostil.

Pero, ¿y si las cosas no fuesen así? Lo que quiero decir es que si nos referimos al número total de aquellos creyentes que han elegido darse a sí mismos al Señor y a los hermanos dentro de los diversos estados vocacionales que se contemplan dentro de la Iglesia (por tanto, sobre todo como sacerdotes, pero también como consagrados, tanto en las diversas formas tradicionales como en las

nuevas y variadas formas de consagración) podríamos concluir que se trata de un número que es, con certeza, más elevado que nunca. La tendencia vocacional es positiva, a pesar de las apariencias negativas y más allá de las previsiones lúgubres de aquellos que anuncian prácticamente el fin. La escasez no es tan negativa como muchos pintan o como tal vez sentimos todos dentro de nosotros. Los carismas vocacionales no se encuentran en crisis. Resulta extraño que no se preste atención a este fenómeno del crecimiento. Que tal vez es signo de la naturaleza de aquella pequeña semilla que es la vocación, la más pequeña de todas las semillas, casi invisible y, sin embargo, dotada de una fuerza inaudita que la hace crecer y convertirse en un árbol capaz de acoger a todos los pájaros del cielo. Más aun cuando la colman de atención, y cuidan con dedicación y respeto, con fidelidad y paciencia los creyentes que... creen, aquellos buenos samaritanos de la vocación que son los animadores vocacionales en una Iglesia que es, en definitiva, ¡toda vocacional!

10. CRITERIO Y PEDAGOGÍA VOCACIONAL

Acabo con una pequeña historia –cuyo sentido va más allá del suceso simpático que presenta–, narrada por William Bausch, que no es teólogo ni animador vocacional, sino atento observador y narrador.

Cuando Jesús llegó al cielo, los Ángeles estaban ansiosos de verlo tras su misión en la tierra, de modo que se reunieron para darle la bienvenida a casa. Le hicieron un sinfín de preguntas acerca de su experiencia en la tierra, sobre esa gran misión a que apenas había dado comienzo durante su estancia entre los hombres. En un momento determinado uno de los ángeles le preguntó: “¿a quién has confiado la responsabilidad de continuar después de ti ese gran trabajo?” Jesús respondió: “¡se lo he confiado a un pequeño grupo de hombres y mujeres que me aman!” (*just a small group of women and men who love me!*). Los ángeles quedaron sorprendidos y desconcertados ante estas palabras, y uno le replicó: “¿Y ya está? ¿y si fallasen?” Y Jesús respondió: “No tengo otros planes”.

He aquí el único y verdadero criterio vocacional del que deriva la única y verdadera pedagogía vocacional, como método y fin: el amor por el Señor que vive un pequeño grupo de hombres y mujeres. Es lo que mismo que decir: ¡donde hay amor, el número es lo de menos!

INTERNATIONAL SERRA CLUB

Sr. Dante Vannini

Introducción

Eminencia Reverendísima, Excelencias, Monseñores y Reverendos Sacerdotes todos ustedes, reunidos en este importantísimo congreso, mi saludo y el de todos los miembros del Serra Club de mundo, a quienes me honro en representar como Presidente internacional.

S. Em. el Sr. Cardenal Stella, superando con mucho nuestros escasos méritos, ha tenido una gran atención con nuestro movimiento, el Serra Club, y nos da esta preciosa ocasión a los laicos comprometidos en la Pastoral Vocacional de participar en este congreso; es también una ocasión para darnos a conocer y para aportar nuestro «granito de arena» con las reflexiones que animan lo que, gracias a la amabilísima invitación recibida, podemos llamar con alegría nuestro congreso.

Nuestro movimiento se inspira en y toma el nombre de San Junípero Serra, misionero franciscano español conocido como el «Apóstol de California», región evangelizada por él durante el 1700, fundando, desde San Francisco a Los Ángeles, las principales metrópolis que hoy existen en la costa oriental de los Estados Unidos, nación que le honra entre los padres de la patria. Precisamente, en septiembre de 2015, estuve presente en Washington, con muchos miembros del Serra Club provenientes de los cinco continentes, en la Canonización de San Junípero, tan deseada por Su Santidad el Papa Francisco, durante su visita apostólica en América.

Vocación y misión del laico

Para la reflexión que me ha sido encomendada sobre el papel de los laicos en la Pastoral Vocacional, quiero partir precisamente de la espiritualidad de San Junípero, misionero en la frontera de la evangelización. Mi trabajo profesional ha sido siempre el de director de empresas, de administración, y he tenido que viajar mucho, como ahora, en el Serra Club, sigo haciendo; perdónenme si mis ideas no tienen demasiado contenido doctrinal. Les aseguro, sin embargo, que salen del corazón y provienen de mi propia experiencia. San Junípero era un consagrado y un misionero: «Vocación y misión» son como dos caras de la misma moneda. En la Iglesia no hay «vocación sin misión ni misión sin vocación» Una y otra -vocación y misión / misión y vocación- se reclaman mutuamente, y se fundamentan y verifican la una y la otra. “Dios me llama y me envía – afirmaba Juan Pablo II y repetía Benedicto XVI- como trabajador a su viña: me llama y envía a trabajar para la llegada de su reino en la historia[”].

Y es ciertamente interesante, desde el punto de vista de la formación de los laicos, tomar conciencia no solo de la estrecha correlación entre vocación y misión, sino de la personalización de esta doble y única “identidad” en la vida del cristiano: la vocación es misión personal.

Papel del laico en la Pastoral Vocacional

La intuición del Concilio Vaticano II de que toda la comunidad cristiana tiene el deber de fomentar las vocaciones, encuentra una clara traducción en la responsabilización de los laicos en este servicio eclesial tan urgente y esencial para la misma Iglesia: “todos debemos sentir la responsabilidad de favorecer el surgir y madurar de *vocaciones específicamente misioneras*, ya sacerdotales y religiosas, ya laicales. ¿Cómo pueden los laicos realizar este servicio de animadores vocacionales?

El laico debe, sobre todo, estar dispuesto al compromiso de descubrir la propia vocación personal y su misión, escuchando con prontitud y disponibilidad la Palabra de Dios y de la Iglesia; debe rezar, frecuentar los Sacramentos, meditar la Palabra de Dios y poner al servicio de la propia fe, en las diversas situaciones sociales e históricas en las que está inserto, los dones y talentos recibidos. Un

itinerario así, de formación de los laicos, es, por sí mismo, un verdadero y auténtico itinerario vocacional.

El testimonio coherente de la propia y específica vocación y misión debe lograr todo esto en el laico: “Ya en el plano del *ser*, antes todavía que en el *obrar*, los cristianos son sarmientos de la única vid fecunda que es Cristo... En el plano del ser: no significa solo mediante la vida de gracia y san.

Así pues, el laico, mediante el testimonio de la propia fe en el mundo concreto en que vive, debe ser un “llamante” y debe, en este sentido, tomar conciencia del gran papel que puede hacer en la pastoral vocacional.

Durante estos años los laicos han comprendido, en mayor medida, que con el bautismo entran a formar parte de una gran familia en cuya vida deben participar responsablemente con la reflexión y con el compromiso concreto. Desde el Concilio Vaticano II la presencia de los laicos en la vida de las comunidades eclesiales ha ido creciendo cada vez más: en la catequesis, en los consejos pastorales, en la liturgia.

Esto supone también algunos problemas: El compromiso pastoral de los laicos no será positivo si, por ejemplo, lleva consigo una tendencia a huir de las propias responsabilidades temporales, a menudo complejas y difíciles; si es una rutinaria “colaboración”, sin esfuerzo de reflexión, sin creatividad. La presencia de los laicos no será positiva si no nace del deseo de reconocer el gran valor a una vocación original, sino que simplemente responde a una necesidad de colaborar; ciertamente no se podrá decir que los laicos han de participar en la vida de la Iglesia, porque el hecho de que esté habiendo menos vocaciones de sacerdotes y de religiosos.

Por todo esto, al laico, animador vocacional, lo podríamos definir –esta eficaz definición la he encontrado “pescando” cosas buenas en “la red”- como “un testigo y un compañero de camino para los llamados, y no como un maestro solitario. Respeta siempre y valora la real condición humana, “humaniza” siempre –podemos decirlo así- el planteamiento vocacional, sabiendo que otros acentuarán su “divinización”. Ha de tener un acentuado sentido de la relación que une cada vocación a otras formas o estados de vida. Se da cuenta, mejor que otros, de que la experiencia humana no es un absoluto definitivo, sino que es sobre todo un camino que supone frecuentemente comenzar de nuevo; el amor perfecto siempre es una meta. Tiene viva conciencia de que, sin los Sacramentos, sin la Eucaristía, sin la Iglesia en su conjunto, sin el don de los ministros ordenados, ningún camino vocacional puede mantenerse. La “participación” de los laicos en la Pastoral Vocacional no es, por consiguiente, algo cuantitativo sino más bien, -como dice siempre Mons. Marcello Semeraro, Obispo de Albano- “modal” (gestos, expresiones, actitudes, “modales”, comportamientos, ...), en cuanto que nos señala cómo cada uno es corresponsable en la misión de toda la Iglesia, “y así podremos decir que no se trata tanto de las diversas cosas que el laico pueda o deba hacer en la pastoral y animación vocacional llevada a cabo por un presbítero o un religioso, sino que se trata de un estilo diferente, de un estilo laical que debe probar, contrastar su ministerio según su específico modo de vida en la Iglesia. La fidelidad de los laicos a su propio “ser laicos” los lleva a saber actuar, tal como dice el Concilio, como buscadores y constructores del Reino, comprometidos en las realidades temporales y ordenándolas según Dios”.

El carisma del Serra Club

En este contexto, y con estas ideas que, sencilla y modestamente, acabo de proponer, se inserta y comprende el carisma del Serra Club que, en síntesis, voy a tratar de mostrar.

El “Serra” es un Club de Servicio, es decir, una asociación de servicio, fundada en Seattle, en la costa occidental de Estados Unidos, en los años treinta del siglo pasado, que tiene, en su estatuto, como

objetivos los siguientes: a) Favorecer y sostener las vocaciones al Sacerdicio Ministerial en la Iglesia Católica, y también una particular vocación al servicio y sostenimiento de los sacerdotes en su sagrado ministerio. b) Animar y valorar las vocaciones a la vida consagrada en la Iglesia Católica. c) Ayudar a los propios miembros del Club a reconocer y responder, cada uno en su propia vida, a la llamada de Dios a la santidad en Jesucristo por medio del Espíritu Santo.

El Movimiento se difundió rápidamente por todo el mundo y llegó a Genova en el año 1959, y fue acogido con gran entusiasmo por el Cardenal Siri que, habiendo conocido a los miembros genoveses del Club, apreció mucho el hecho de que se formase un movimiento más dado a hacer que a hablar, y que dentro del movimiento estuviese marcada la laicidad como un valor fundamental, y que se dirigiese sobre todo a personas (emprendedores, profesionales, profesores, dirigentes) que pudiesen sensibilizar mejor a un mundo, indiferente con frecuencia a las provocaciones de la fe católica, pero que es muy necesario e importante para mantener altos los valores cristianos en el tejido vivo de la sociedad moderna, laicista y materialista.

Hoy día el Club Serra quiere permanecer fiel a sus principios inspiradores, adecuando el lenguaje y sus modos de acción a los tiempos que tanto van cambiando.

El Serra, por ello, pretende llevar a cabo la doble misión que, fundamentalmente, le es pedida a cada miembro: crear opinión, una cultura vocacional, un ambiente social que no obstaculice sino que incentive las opciones de quienes quieren consagrar toda su vida al Señor, favoreciendo así el nacimiento de vocaciones, y, al mismo tiempo, crear una red que sostenga estas vocaciones, mediante una serie de acciones concretas, expresadas en términos de solidaridad, de amistad, de fortalecimiento moral, destinadas a concretarse en toda forma de ayuda posible, según las necesidades que cada vez se presentan, todo sin ostentación formal, en la normalidad de nuestra vida de cada día.

Todos nos sentimos humildemente dispuestos al activo y generoso servicio que se nos pide, como laicos autónomos y organizados con autonomía, pero en plena comunión y armonía con los Obispos y los Rectores de los Seminarios, puntos exclusivos de referencia para cualquier iniciativa que comprometa a quienes caminan a lo largo del difícil sendero que, a través de la compleja formación y el continuo discernimiento, los lleva a vivir totalmente al servicio del Señor.

Así pues, lo repito, buscamos ser “llamantes”, personas pragmáticas y directas que dan testimonio, con su conducta y modo de vida, de la especial atención y cuidado a los Consagrados y a aquellos que se preparan a serlo, manifestándoles nuestra amistad y cercanía.

Me gusta pensar que todos nuestros Club Serra puedan ser, para los Seminaristas, los Religiosos, las Religiosas, y para los Sacerdotes, lo que para Jesús era la casa de Lázaro en Betania, un lugar donde nos encontramos bien en amistad fraterna.

Con esta perspectiva queremos permanecer cercanos a los Consagrados, ya sean ellos ancianos o con dificultades, que con frecuencia se encuentran solos y quizás abandonados... y poner a su servicio, con gratuidad y sin segundas intenciones, las diversas habilidades de nuestras profesiones y los talentos existentes en la comunidad de nuestros Club Serra.

El modo como el Serra Club desarrolla su acción del cuidado de las vocaciones tiene, pues, la sana ambición de ser original y particular; no se trata solo de rezar por las vocaciones, sino de actuar para provocar que nazcan y surjan las vocaciones y de cuidar su crecimiento, mediante iniciativas y eventos que, asegurados siempre los principios fundamentales de nuestra fe católica, comprometan al mundo laico, incluso laicista, en el terreno de los valores que se comparten, como los del desarrollo ciudadano y la solidaridad, para mostrar a todos cuánto hay de hermoso y positivo en y para el mundo

entero, en el que hombres y mujeres de toda condición y de todo origen, étnico, geográfico y cultural, se consagran totalmente al Señor.

Muchas gracias por su atención. Que el Señor bendiga nuestros buenos propósitos, y que María, madre de las vocaciones, ruegue por nosotros. ¡Gracias!

VISIÓN GENERAL DE LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA SOBRE LAS VOCACIONES

S. E. el Card. Vincent Nichols

En el templo de San Luis de los franceses hay tres pinturas de Caravaggio que cuentan la historia de San Mateo. Estoy seguro de que ustedes las conocen. La primera tiene como título «La vocación de San Mateo» y constituye un excelente punto de partida para las presentes reflexiones sobre la doctrina vocacional de la Iglesia.

Como ocurre con todas las pinturas de Caravaggio, la luz juega una parte importante en su composición. En «La vocación de San Mateo» vemos la luz de la eternidad que surge detrás de la figura de Jesús y fluye hacia la escena del cobrador de los impuestos, Mateo, sentado a su mesa. Jesús lo convoca en un llamado que viene envuelto en una luz celestial porque proviene del Padre. La mano de Jesús que llama es inconfundiblemente la misma mano de Adán en la obra maestra de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina. Jesús es el segundo Adán y está llamando a Mateo a una fidelidad que sólo él puede dar.

Esto hace evidente el primer aspecto de la doctrina de la Iglesia sobre la vocación: Dios es la fuente de toda vocación.

Observando la pintura, vemos que Pedro acompaña a Jesús. La llamada dada a Mateo es para convertirse en uno de los compañeros de Jesús. La llamada y su cumplimiento tienen lugar en el contexto de la Iglesia.

En tercer lugar, Mateo es llamado en medio de la realidad de su vida cotidiana y de su trabajo. Ustedes pueden recordar que el grupo reunido en torno a la mesa de los impuestos está vestido al estilo del siglo XVI, mientras Jesús y Pedro utilizan los vestidos propios de la iconografía del Nuevo Testamento. La llamada de Dios se dirige a nosotros tal y como somos, defectuosos e inmersos en las realidades cotidianas de nuestras vidas.

Estos tres aspectos proveerán la estructura para la presente exposición junto con una cuarta sección que expresa brevemente a las implicaciones prácticas de esta doctrina.

1. Origen divino de cada vocación

(a) Durante este año de la misericordia, recordamos que la primera expresión de la misericordia de Dios es el regalo de la vida con una finalidad. Cada vida tiene un propósito dado por Dios. Esto es realmente una buena noticia, el fundamento del mensaje evangélico. Mostrar esta verdad a la gente de hoy es una verdadera obra espiritual de misericordia. San Juan Pablo II describe la naturaleza de este propósito común a todos los hombres cuando dice: «*El amor es la fundamental y originaria vocación de todo ser humano*». ¡Qué regalo en la vida es saber que nuestro propósito básico es amar a toda costa, en vez de tener éxito a toda costa! Tal impulso de amar provoca una inquietud en el corazón humano que encuentra su plenitud en el amor de Dios. La incesante búsqueda de Dios es una verdad absolutamente fundamental de nuestra condición humana. Sin embargo, por respeto a su don del libre albedrío, Dios permanece escondido. Pastores Dabo Vobis dice que: «*La historia de cada vocación sacerdotal, como la de toda vocación cristiana, es la historia de un inefable diálogo entre Dios y los seres humanos, entre el amor de Dios que llama y la libertad de los individuos que le responden amorosamente*».

(b) «*En la búsqueda de Dios, rápidamente caemos en la cuenta de que ninguno es autosuficiente. Más bien somos llamados, a la luz de la fe, a superar el egocentrismo, atraídos por la*

Santa Faz de Dios y por la tierra sagrada del prójimo, para una experiencia de comunión cada vez más profunda». Esta afirmación de *Vultus Dei Quaerere*, nos recuerda que esta experiencia de comunión surge de la llamada al discipulado, y se trata de una comunión a la vez con las demás personas y con Dios en Cristo. De ahí nuestra comprensión trinitaria de la vocación: la vocación tiene su origen en la voluntad del Padre; encuentra expresión en y a través del Verbo encarnado; su dinamismo, incluida esta comunión, es obra del Espíritu Santo. Además, cada vocación conlleva, como veremos, el doble movimiento de la Trinidad – su comunión interna y su apertura a la misión. Esto es lo que hace de todos los bautizados discípulos y misioneros, sabiendo que el discipulado es incompleto si le falta la misión y que la misión es imposible sin discipulado. Tal raíz trinitaria de la vocación, como del discipulado y de la misión, muestra cómo la doctrina de la Iglesia sobre la vocación se arraiga al mismo tiempo en el misterio de Dios y del hombre. *«El misterio de las vocaciones es mistagógico, y por tanto brota una y otra vez del Misterio (de Dios) para conducir de vuelta al misterio (de la humanidad), o no es nada».*

(c) La llamada misericordiosa de Dios al amor encuentra su expresión en la vocación a ser discípulos y misioneros de Cristo. Pero el discipulado ahora debe desplegar una forma específica en la vida de cada persona. En un famoso texto, san John Henry Newman resume los rasgos principales de la vocación personal:

«Dios me ha creado para hacerle un determinado servicio: me ha encomendado una obra que no ha encomendado a otro. Tengo una misión, quizá nunca lo sepa en esta vida, pero me lo dirán en la otra. De alguna forma soy necesario para sus fines: tan necesario en mi puesto como un Arcángel en el suyo. Soy partícipe de esta gran obra; soy un eslabón de una cadena, un vínculo de conexión entre personas. Él no me ha creado para nada. Yo haré el bien, realizaré este trabajo; seré un ángel de paz, un predicador de la verdad en mi propio puesto».

La Iglesia entiende los elementos de este «servicio específico» que se expresan típicamente en uno de los estados de vida recomendados por la Iglesia y en el trabajo.

En primer lugar, los estados de vida. Un cristiano expresa su discipulado viviendo como persona consagrada, ministro ordenado o laico, sea en la soltería o en el matrimonio. La creciente comprensión del matrimonio como una vocación es un rasgo llamativo del desarrollo de la doctrina de la Iglesia en los últimos 50 años, culminando con el título de la reciente asamblea del Sínodo de los Obispos. En medio de muchos debates y controversias, quizá se ha reflexionado poco en la primera palabra del título del Sínodo: *«La vocación y misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo».* Paralelamente a esta doctrina en desarrollo sobre el matrimonio y la familia como una vocación, contemplamos un creciente número de fieles laicos, solteros y célibes, que contribuyen significativamente a la vida de nuestras Iglesias locales. El lugar de este estado de vida en la doctrina de la Iglesia exige una mayor profundización.

El otro elemento clave en el servicio específico de una persona es su trabajo. La doctrina de la conexión entre vocación y trabajo se remonta varios siglos atrás, pero su más reciente y plena expresión es la Encíclica de San Juan Pablo II *Laborem Exercens* donde él establece: *«el trabajo constituye una de las dimensiones fundamentales de la existencia terrena de una persona y de su vocación».* El trabajo, como es definido en esta encíclica, no es sólo un empleo pagado, sino también el trabajo de sacar adelante a los miembros de una familia, el trabajo voluntario, y el trabajo artístico. La Iglesia valora todo trabajo como un servicio a los demás, sea o no remunerado.

Sin embargo, el trabajo es sólo una dimensión de la vocación de una persona. La tendencia actual a identificar totalmente la vocación de una persona con su trabajo no es parte de la doctrina de la

Iglesia. Históricamente, la idea de que el trabajo define la total vocación tiene su origen en la enseñanza de los reformadores protestantes.

En contraste, la doctrina católica sobre la vocación contempla a Dios que llama a cada persona al amor como un discípulo de Cristo en un particular estado de vida y trabajando al servicio de los demás. Este es su único y específico servicio.

2. La dimensión comunitaria de la vocación en la doctrina de la Iglesia

Aunque cada servicio específico es vivido por un individuo, ninguna vocación se establece o es desarrollada sin una comunidad. En medio de una cultura tan individualista como la nuestra, en Europa, algunas personas pueden deslizarse inconscientemente hacia una comprensión narcisista de la vocación: esto es algo que concierne sólo a “Dios y a mí”. Consideremos por un momento a una concertista de piano que ofrece un concierto como solista: aparentemente está en el escenario realizando todo sola y sola recibe los aplausos. Se comprende que pueda pensar que todo ello ocurre en torno a ella y nadie más. Pero su arte es el fruto de la dedicación de sus padres y maestros, de quienes construyen los pianos y de los compositores. Los verdaderos grandes intérpretes tienen la humildad suficiente para reconocer esto. En contraste, algunos cristianos entusiastas pueden pensar que su finalidad real es ambicionar no los mejores dones de los que habla San Pablo, sino un estrellato religioso. Como alguien dijo acerca de los ingleses: Un inglés es un hombre que habiéndose hecho a sí mismo, alaba a su creador.

Al contrario, cada vocación tiene una madre, y la madre de nuestras vocaciones es la Iglesia. Esta fuerte afirmación es parte de la doctrina de la Iglesia. Reflexionando sobre esto, yo sugeriría que esta condición maternal de la Iglesia con respecto a las vocaciones incluye varias cualidades esenciales.

La primera es la alabanza a Dios. Fomentando una orientación a la alabanza, la Iglesia crea un contexto en el cual el oído del alma se mantiene abierto a la llamada de Dios. Sin esto, no hay suelo, o *humus*, donde una vocación pueda ser sembrada. “La Iglesia es casa de misericordia, y su suelo es donde las vocaciones echan raíces, maduran y dan fruto”.

Otro elemento que nutre nuestra vocación es el servicio. La vocación es una llamada al desprendimiento y encuentra su expresión en el servicio a los demás. Después se nutre en una comunidad que valora el servicio, especialmente el servicio a los necesitados.

En tercer lugar, y aquí hablo de mi propia experiencia, cuando existe alegría en la Iglesia, cuando los religiosos y sacerdotes están llenos de gozo y de alegría, entonces el terreno que recibe las semillas de la vocación es especialmente fértil. La maternidad de la Iglesia, en la promoción de las vocaciones, tiene estas tres características: alabanza, servicio y alegría.

Esta naturaleza “interactiva” de la vocación se observa en cada una de sus etapas. Por ejemplo, la familia, primer ámbito de germinación de las vocaciones, porque la familia es en sí misma un despliegue de la vida trinitaria, que difunde la vida y el amor por medio de una continua creación. La oración de la familia, la celebración de los sacramentos de la iniciación cristiana, las acciones de servicio mutuo que caracterizan la vida familiar, el compartir los alimentos, las conversaciones entre diversas generaciones, el papel de los abuelos, todo esto y mucho más son interacciones que constituyen el suelo fecundo de alabanza, servicio y alegría en donde el Espíritu siembra las semillas de diversas vocaciones.

Una vez que una vocación comienza a desarrollarse en la vida de un discípulo, su despliegue ocurre a través de un discernimiento que tiene lugar en un contexto amoroso. “El camino vocacional se emprende junto a los hermanos y hermanas que el Señor nos ha dado” dice el Papa Francisco “es una con-vocación”.

La entera comunidad de la Iglesia es invitada a “asumir la responsabilidad del cuidado y el discernimiento de las vocaciones”. Esto significa que La pastoral vocacional está relacionada con la formación continua de la persona”. La declaración *In Verbo tuo* expresa bien la dimensión comunitaria cuando afirma: “el discernimiento vocacional ocurre en el curso de procesos comunitarios concretos: liturgia y oración, comunión eclesial, servicio de caridad, la experiencia de recibir el amor de Dios y de ofrecerlo como testimonio”.

Esto significa que toda la acción pastoral tiene una dimensión vocacional. Los pastores pueden desanimarse hoy en día cuando ven muy pocos indicios de vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa. Pero es importante que cada parroquia y escuela, cada movimiento eclesial y cada Iglesia local, mantengan los oídos abiertos a la llamada de Cristo en la vida de los miembros de su comunidad. Sin presionar a la gente, necesitamos encontrar nuevas maneras de proponerles las vocaciones. Esto puede implicar a veces sugerir a un joven que considere el sacerdocio como una posibilidad. También puede implicar recordar a una pareja que ya es tiempo de contraer matrimonio. Apenas hace un par de semanas, estaba conversando con un hombre que había vivido con su pareja por más de treinta años sobre la conveniencia de contraer matrimonio, simplemente porque su nieta le había preguntado, francamente, ¿Por qué tú y la abuela no se han casado? ¿Los niños tienen más valor del que nosotros podemos tener?

Por supuesto somos muy cuidadosos para no ejercer presión sobre la gente para hacer compromisos para toda la vida. Otros testimonios y modelos de comportamiento son accesibles, y nosotros podemos utilizarlos.

Muchos de nosotros hemos seguido los juegos olímpicos de Río. Quizá hayan escuchado que a la Gran Bretaña le fue bastante bien. En particular, el equipo inglés de ciclismo lo hizo muy bien. Dos de los más exitosos ciclistas fueron Jason Kenny y Laura Trott, ganando entre ambos diez medallas olímpicas. Hace un mes, después de su regreso triunfal a Inglaterra, contrajeron matrimonio en su comunidad católica. Laura hizo una entusiasta declaración diciendo que el día de su boda había sido el más feliz de su vida, mucho mejor que todas las medallas de oro. Ella escribió: “Rodeada por mi amorosa familia he desposado a mi mejor amigo y ahora le puedo llamar “Mi esposo”. El día después de la boda, Jason subió a la red una foto de Laura, aún en la cama, con este simple comentario: “¡Buenos días, Señora Kenny!”. Todas las vocaciones podrían compartir en este tipo de alegría con su comunidad, la alegría de compartir con los demás, la alegría de reflejar el gozo de la Iglesia, la esposa de Cristo.

3. La vocación sacerdotal

Anteriormente he enfatizado la dimensión teológica y eclesiológica de la vocación como es presentada en la doctrina de la Iglesia. En efecto, esta dimensión nos revela la verdad de que la Iglesia es el ámbito de germinación de todas las vocaciones y que la oración y el amor deben constituir el marco de trabajo y el contexto del discernimiento vocacional. Ahora pongamos atención a cómo describe la doctrina de la Iglesia el carácter propio de la vocación sacerdotal.

(a) Primeramente, la vocación sacerdotal tiene un carácter específicamente cristológico. *Pastores Dabo Vobis* nos ofrece el punto de partida: “Cristo Pastor es el origen y el modelo del ministerio sacerdotal”. Esta es la primera y fundamental semejanza a Cristo que exige una auténtica vocación al sacerdocio. En tal vocación debe ser evidente que el joven desea ser un pastor que ama, más que un jefe que controla. *La guía pastora para el cuidado de las vocaciones al sacerdocio ministerial* expresa esto con claridad cuando dice: “Si el sacerdocio ministerial no tiene su origen en el amor, cae en la representación de una función, en vez del don del servicio de un pastor que ofrece su vida por el rebaño”.

Añado a esto una reflexión personal. Cuando pidieron recientemente a un experimentado director diocesano de la pastoral vocacional en Inglaterra que describiese las cualidades que él verificaba en un candidato al sacerdocio, él contestó que la primera cualidad es simple: “¡Que aparezca!”. Con esto quería decir que el joven que desea ser sacerdote debe aparecer desde el momento en que él aceptó conocer al director del centro vocacional. Él debe aparecer en los eventos en los que se le espera, porque “aparecer” es una parte importante de la vida de un párroco: Aparecer a tiempo para decir la Misa, aparecer para visitar a los enfermos, aparecer en su oficina, aparecer para encontrarse con sus hermanos en el sacerdocio. No parece mucho, pero “aparecer” es la humilde clave de una buena parte de la vida sacerdotal. Esta simple visión es otra manera de expresar la invitación de Cristo a dejar todo y seguirlo con la libertad de espíritu necesaria para realizar la misión que confió a sus apóstoles. Esta simple experiencia personal refleja la doctrina de la Iglesia sobre la vocación.

Una característica cristológica del sacerdocio en la doctrina de la Iglesia sobre la vocación sacerdotal dice que “el sacerdote, como bien atestigua la doctrina del carácter de las Órdenes Sagradas, se configura con Cristo Sacerdote que le permite actuar en la persona de Cristo Cabeza y Pastor”. ¿Cómo podemos entender este “configurarse con Cristo Cabeza?”

No cabe duda de que éste es quizá el aspecto más difícil de la llamada al sacerdocio. En la tradición de la Iglesia, este punto de su enseñanza es la base del respeto y el liderazgo que se reconoce al sacerdote. Pero con mucha frecuencia el sacerdote puede percibir tal respeto y reverencia como una afirmación de sus opiniones, preferencias y gustos por encima de los de otra gente, especialmente sobre aquellos que ha sido llamado a servir. Sin embargo, la cuestión de la autoridad del presbítero, o de su “ser cabeza”, consiste en que debe ser la de Cristo y sólo como la de Cristo. Las diferencias en una comunidad parroquial solo pueden resolverse cuando existe una referencia a Cristo y a las actitudes que nos ha enseñado. El modelo de la autoridad de Cristo implica dos aspectos: es para poner en práctica la voluntad del Padre, y para ejercer la autoridad siempre como humilde servicio. Este es el ser cabeza de Cristo con el cual todo presbítero debe configurarse.

(b) Una segunda característica teológica de la vocación sacerdotal es su carácter eclesial. Aquí cito nuevamente la Guía Pastoral de 2012, párrafo 6: “Esta primera dimensión del sacramento del Orden, su carácter cristológico, es la base de su dimensión eclesiológica. En la medida en que es necesario que la Iglesia misma sea llamada por Cristo resucitado, los sacerdotes han recibido, por el sacramento del Orden, la capacidad de ser efectivos instrumentos para la edificación de la Iglesia, por medio de la proclamación de la Palabra, la celebración de los sacramentos y la conducción del Pueblo de Dios”. Sin estos dones la Iglesia perdería su identidad. El sacerdocio ministerial es así el punto clave y vital de la existencia de la Iglesia, en tanto que es el signo eficaz de la acción de la gracia por la que Cristo resucitado edifica a la Iglesia en el Espíritu. Así, el ministerio del sacerdote es siempre un ministerio eclesial. El despliegue del ministerio en el servicio de la Palabra y del Sacramento, en el liderazgo de una comunidad parroquial, en la obediencia al obispo y, de acuerdo a la mente de la Iglesia, en una forma célibe del amor, plantea preguntas significativas en la vida de un hombre. Por esta razón, la Iglesia tiene el derecho y el deber de discernir las vocaciones al sacerdocio, y tiene el derecho y el deber de insistir en las cualidades personales que se requieren para el ministerio.

Aquí podemos añadir un elemento más en relación a la dimensión eclesial de la vocación sacerdotal. El sacerdote, como siervo de la Iglesia, trata de expresar el don sacramental del sacerdocio en la realidad de una vida configurada con la misión de Cristo que es propiamente la misión universal de la Iglesia. *La Guía Pastoral* lo señala bien. “La disponibilidad para la misión define la verdad del sacerdote en cada una de sus actividades. Esto implica desarrollar una estructura interior y un modo de ser, más que un modo de hacer, que se distingue por la valentía para ir más allá de cualquier particularidad para abrir el propio corazón a las necesidades de la nueva evangelización”.

Éste énfasis en la misión y en el “modo de ser” – una frase bien precisa – me mueve a añadir subrayados tomados de la experiencia de sacerdotes de mi propia región en Inglaterra.

En el período de la persecución de la Iglesia católica en Inglaterra durante y después de la Reforma, los sacerdotes seculares ingleses eran llamados “misioneros”. Ellos aceptaron este nombre con orgullo y desde su ordenación en seminarios en Roma, o en otros lugares, estos jóvenes se comprometieron con la misión en Inglaterra, sabiendo que cuando llegaran allá, su ministerio podría terminar, en cuestión de horas, semanas o meses y que serían arrestados, torturados y, con toda probabilidad, asesinados. Ellos sabían que en aquellos años de persecución ser un sacerdote católico en Inglaterra era considerado un acto de traición. Por tanto, se trataba de un estado de vida castigado con la más cruel de las muertes. Sacerdotes de aquel tiempo fueron ejecutados no por lo que hubiesen hecho, sino simplemente por lo que eran. Su mismo “estilo de vida” los llevó a la pena de muerte. Hoy, en circunstancias diversas, esta misma libertad y fuerte sentido de identidad habilita a muchos sacerdotes para ser misioneros en la nueva evangelización incluso en países lejanos a sus hogares. ¡Por esta historia y por el presente damos gracias a Dios!

(c) El tercer aspecto teológico de la vocación sacerdotal que debemos destacar consiste en que la vocación está profundamente arraigada en la Trinidad: su carácter trinitario. Aquí aplicamos directamente a la vocación sacerdotal aquellos puntos señalados anteriormente sobre el sentido trinitario de la vocación. Es conveniente repetirlo, cada vocación sacerdotal es una llamada del Padre. Así, en el corazón del sacerdote está la consolación y el desafío de saber que ha sido llamado por el Padre con una sola finalidad: que el Padre puede entregarle al Hijo, como un regalo del Padre, para ser para siempre compañero de Jesús en la misión confiada al Hijo por el Padre. Esto, para mí, es el significado más profundo del sacerdocio: esta es la voluntad del Padre, que mis manos, mi voz, mis acciones, sean entregadas a su Hijo para que, con la fuerza del Espíritu Santo, puedan ser canales de la gracia de Dios para todos a los que sirvo. Entender la vocación sacerdotal de este modo trinitario clarifica muchas cosas, pero especialmente que la finalidad de la fe, la confianza en la gracia, implica conducir a cada persona a la misma vida de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, hasta encontrar la plena y eterna felicidad.

Como dije antes, la dimensión trinitaria de la vocación conlleva también una vida en la cual la íntima comunión y la misión se integran. Para el sacerdote esto es bien concreto en su vida diaria de oración y servicio. Él busca abiertamente, en su vida sacerdotal, ambas cosas para mantenerse cerca del Señor y para ser medio para la acción del Espíritu Santo en la administración de los sacramentos y en el servicio del amor, dando y recibiendo, en su ministerio cotidiano. Para hacer esto posible, un joven necesita ser formado en el Espíritu antes de entrar al Seminario. *Presbyterum Ordinis* establece: “La pastoral de las vocaciones sacerdotales se ordena a generar hombres de comunión y misión, inspirados por el “nuevo mandamiento” (Jn 13, 34), la fuente de la “espiritualidad de comunión”.’ Esto nos remite a las tareas cotidianas del sacerdote, que combinan la dependencia de esta comunión en el Señor, en su sentido personal y comunitario, con un enérgico compromiso con la misión, con el anuncio de la fe, de palabra y de obra, en todo lugar y tiempo. La vocación sacerdotal es, en efecto, siempre para la Gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Estas tres dimensiones: cristológica, eclesiológica y trinitaria, de la vocación sacerdotal constituyen el núcleo de la enseñanza de la Iglesia sobre la vocación.

4. La doctrina de la Iglesia sobre la vocación en la práctica

Los documentos de la Iglesia sobre la vocación y especialmente sobre la vocación sacerdotal contienen mucho más de lo que esta rápida visión de su doctrina ha podido comunicar. Se han hecho muchos intentos para expresar este núcleo doctrinal en términos más accesibles y para vincular esta

doctrina con la práctica pastoral. El Plan Nacional para las Vocaciones de Inglaterra y Gales es un ejemplo. Tenemos copias para ustedes que pueden tomar al final de la sesión. Toma la doctrina fundamental sobre la vocación, como la he sintetizado, y genera una adhesión a la definición simple de la vocación. Con esta definición como fundamento, dibuja algunos pasos que una diócesis o una parroquia puede decidir dar para promover la cultura de la vocación, sabiendo que tal ayuda es posible si deciden dar los pasos.

En los documentos de la Iglesia hay diversas indicaciones prácticas sobre las estructuras, expectativas, roles, etc., que necesita la promoción de las vocaciones. Pero esto no es realmente parte de la doctrina de la Iglesia, aunque ciertamente forma parte de su sabiduría.

Conclusión

Para concluir, vuelvan conmigo a la capilla en San Luis de los franceses y a las pinturas de Caravaggio. La segunda de las tres pinturas es la “Inspiración de san Mateo”. Allí se ve a Mateo el evangelista, escribiendo el Evangelio, vestido con simplicidad y poseyendo sólo una pluma. Al responder a la llamada de Jesús, él dejó atrás todas las ventajas y las ganancias de ser un recolector de impuestos y llevó consigo, para el servicio del Señor, solamente su mejor don: su pluma. Nosotros seguramente hacemos lo mismo: entregamos nuestras mejores habilidades al Señor, en nuestro ministerio a favor de su pueblo.

La tercera pintura es “El martirio de san Mateo”. Siguiendo una antigua tradición, muestra a Mateo, ahora vestido con ornamentos sacerdotales y celebrando la Misa, siendo asesinado delante del altar. Su sangre se derrama hacia el oscuro primer plano del cuadro, siendo interpretada por algunos como fluyendo hacia una piscina bautismal, construida a los pies de un altar, de acuerdo a los detallados requisitos dados por san Carlos Borromeo en la Milán de la juventud de Caravaggio. La sangre de Mateo se mezcla, como realmente sucedió, con la sangre de Cristo y llega a ser la fuente de nuestro renacer en el bautismo.

Hoy es imposible ver o imaginar esta pintura sin pensar en el P. Jacques Hamel asesinado, el 26 de julio, al pie del altar cuando justamente acababa de celebrar la Misa.

He aquí una imagen de la fidelidad a la vocación sacerdotal. El P. Jacques, a la edad de 85 años, continuaba sirviendo en la Iglesia mucho más allá de la edad en la que hubiese podido jubilarse. Su amor al sacerdocio y el amor con el cual fue estimado por la gente, se mostraron con mucha claridad en su Misa de funeral, y lo motivaron profundamente a continuar en su ministerio, incluso hasta su muerte. Yo pienso que el testimonio cotidiano de vida de un sacerdote se sintetiza en la modalidad de su muerte, de rodillas, delante del altar, en la misma posición que él adoptó el día de su ordenación.

Nuestras luchas son diferentes, pero nosotros también tenemos que luchar, cada día, para mantener fresca la llamada original y la inspiración que nos llevó a ponernos de rodillas en el momento de nuestra ordenación. Nosotros también queremos tener la misma entrega en el momento de nuestra muerte, porque la muerte es el punto final de nuestra peregrinación, nuestra vocación final, a la cual deseamos responder con humilde integridad y amor confiando en el Señor. Es él quien nos llama a la vida, a nuestro ministerio y a través de la muerte a estar en su presencia para siempre. Esta es nuestra fuerte esperanza y, en efecto, la alegría del Evangelio que proclamamos.

Gracias por su atención.

Card. Vincent Nichols

LA CULTURA VOCACIONAL EN LA IGLESIA PARTICULAR

Mons. Milton Tróccoli, Obispo Auxiliar de Montevideo

Introducción

En primer lugar, agradezco a Su Eminencia el Cardenal Beniamino Stella, Prefecto de la Congregación para el Clero, y a Mons. Jorge Patrón Wong, la invitación para este Congreso y esta intervención.

Para poder hablar de la Cultura Vocacional primeramente debemos mirar la cultura de hoy. Cuáles son las novedades y características de la cultura actual, sobre todo la juvenil.

1. La cultura de hoy nos desafía. Una Iglesia en salida.

Para muchos vivir se ha vuelto una tarea difícil. Engendrar vida, hacerla viable, comer, crecer, curarse, vincularse, enseñar y trabajar. Estas acciones básicas de una civilización hoy no están aseguradas. Lo que en otros tiempos apenas si era objeto de la reflexión, se ha vuelto una cuestión urgente y amenazante.

La vida del cristianismo y de las iglesias se ha hecho ardua. Dar vida evangélica, alimentar con la palabra y el pan del Cristo, hacer crecer las comunidades y las personas, vivir juntos la fe y acompañar a nuestra época son dimensiones de la existencia cristiana que tienen a muchos seguidores de Jesús desbordados, exigidos y desorientados.

Millones de inmigrantes han clavado sus culturas y credos religiosos en el corazón de los países más ricos del mundo, y aun de los no tanto. La decisión de existir juntos aún tiene demasiadas sombras. El desorbitado poder de los grandes rompe, diaria e impunemente, vidas y pactos. Los grupos humanos buscan reconstituir su identidad a fuerza de memorias, de sufrimientos, de búsquedas y, llegado el caso, también de defensa y agresión.

Es habitual escuchar que el mundo ha cambiado en las últimas décadas. Se habla no sólo de una época de cambios, sino de un cambio de época o “cambio epocal”, con todo lo que esto conlleva de mutaciones profundas, de perplejidad y de inseguridad. Se afirma cada vez más que vivimos en una época “post”: post-moderna, post-industrial, post-comunista, post-guerra fría.

Asistimos a un cambio de época que nos concierne a todos y que nadie puede eludir. No sólo influye en nuestras tradicionales concepciones políticas, en nuestras frágiles estructuras socioeconómicas, y en nuestra peculiar manera de relacionarnos con Dios, sino que afecta incisivamente a nuestra cultura en su totalidad.

Se trata de una “atmósfera” de época, que también suele emerger en el vocabulario que se utiliza cuando se intenta explicar lo que sucede. Tres tipos de términos aparecen. Por un lado, ha crecido la utilización de un conjunto de palabras compuestas con los prefijos “*des*” y “*post*” (postmoderno, desmantelamiento, desestructurar, postindustrial), que indican una conciencia de final; de cosas que han sido superadas; de la necesidad de enterrar muchas de las convicciones y estilos del ayer. Pero, por otro lado, también ha aumentado considerablemente el uso de términos anteceditos por “*re*” y “*neo*” (refundación, recuperar, reencantamiento, neoliberalismo, nueva era), que insinúan que lo vivido en otros momentos contiene valores que no pueden ser olvidados; que el hoy ha perdido cosas con respecto al ayer y que no todo se soluciona con el salto hacia el futuro.

Los cristianos debemos hacernos cargo de la dificultad y la ambigüedad del tiempo presente. Es necesario construir paciente y humildemente nuevas instancias de reflexión y práctica, sin

determinismos ni voluntarismos, atenta a los signos de los tiempos y a la permanente llamada de Dios a captar y dilatar la presencia del Reino, inclusive en este contexto nuevo y desconcertante. Es en este mundo desbocado que produce perplejidades y reclama sentidos, donde hay que vivir de nuestro particular llamado.

Ya el Pablo VI en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* habló de los cambios en la cultura y en las culturas, y en la necesidad de evangelizarlas. Después de sostener que la evangelización es la finalidad y tarea fundamental de la Iglesia, y aclarar en qué consiste la evangelización, afirma a modo de resumen: “Posiblemente podríamos expresar todo esto diciendo: lo que importa es evangelizar (...) la cultura y las culturas del hombre en el sentido rico y amplio que tienen sus términos en la *Gaudium et spes*, tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios.”

Constatamos que tenemos dificultades para la transmisión de la fe. Estos cambios culturales, cambio de época, la postmodernidad líquida, y grupos humanos geolocalizados a la vez que deslocalizados (por las constantes migraciones), nos ponen delante de tiempos nuevos, de una nueva cultura y nuevas culturas.

En este contexto el Papa Juan Pablo II realizó en 1992 el llamado a una Nueva Evangelización. Benedicto XVI convocó un Sínodo sobre la *Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana*, y el Papa Francisco nos regaló *Evangelii Gaudium* como hoja de ruta en este camino.

En todos los casos se constata la urgencia de nuestro tiempo de renovar la transmisión de la fe cristiana, sea en las familias, parroquias o distinto tipo de comunidades, llamadas a comunicar la fe a las nuevas generaciones.

Hay dificultades culturales que a veces pueden desanimarnos, o desalentarnos en nuestro quehacer evangelizador, pero si Dios nos ha considerado dignos de vivir en este tiempo es que tenemos la gracia para afrontarlo. No podemos rehuir a este llamado.

¿Cómo renovamos el anuncio del Evangelio, para que sea nuevo en su ardor, en sus métodos, en su expresión?.

El Papa Francisco lo ha definido con una imagen: Iglesia en salida. Una Iglesia que no se contenta con conservar lo que tiene, sino que con audacia y esperanza se lanza por los caminos del Espíritu hacia las periferias existenciales de nuestro mundo de hoy. Hay que dejar de lado los temores paralizantes, y los miedos que nos roban la esperanza.

Para ello necesitamos memoria (recordar lo que el Señor ha realizado en nuestra historia personal y comunitaria), coraje (para afrontar los tiempos nuevos con la esperanza que viene del evangelio), y audacia (para explorar nuevos horizontes y lanzarnos sin miedo en la misión que se nos ha encomendado).

Sin una evangelización que transforme al hombre de hoy no habrá vocaciones duraderas.

Es en este contexto que podemos hablar de cultura vocacional hoy.

2. Elementos constitutivos de la cultura vocacional

Una cultura vocacional es un ambiente que favorece que cada persona se comprenda a sí misma en función de una misión confiada por Dios para la extensión del Reino. Este ambiente está impregnado por valores, ideales, concepciones de la vida, convicciones de fe y expresiones pastorales, que proporcionan que las personas se descentren de sí mismas, que miren más allá de sus propios proyectos, que se pongan a la escucha y al servicio de una misión que las trasciende y les ha sido

confiada por Dios mismo, para la transformación del mundo. Una cultura vocacional es aquella atmósfera donde se valora y se defiende la fidelidad a la propia vocación, porque ella ha sido recibida de Dios, porque es parte de la dignidad del ser humano y porque de ella depende la creación de un mundo nuevo.

El crear esa cultura puede ser hoy uno de los más urgentes servicios a prestar al Dueño de la mies, que llama a colaborar con Él, y según su modo, en la salvación del mundo. No es posible para cada uno de nosotros gestar por sí solo una cultura tal, pero sí el inspirar los diversos frentes educativos con este objetivo. Por esta razón creemos que todo lo que favorezca o debilite una “cultura vocacional” es hoy apostólicamente decisivo y atañe, directa o indirectamente, a la pastoral vocacional, y a la pastoral de toda la Iglesia.

Como afirma el P. Amedeo Cencini:

La vida es don totalmente gratuito y no existe otro modo de vivir digno del hombre, fuera de la perspectiva del don de sí mismo (...) La vocación nace del amor y lleva al amor, porque el hombre no puede vivir sin amor. Esta cultura de la vocación constituye el fundamento de la cultura de la vida nueva, que es vida de agradecimiento y gratuidad, de confianza y responsabilidad; en el fondo, es cultura del deseo de Dios.

Ya la Exhortación Apostólica Post Sinodal Pastores dabo vobis nos decía:

La Iglesia no sólo contiene en sí todas las vocaciones que Dios le otorga en su camino de salvación, sino que ella misma se configura como misterio de vocación, reflejo luminoso y vivo del misterio de la Santísima Trinidad. En realidad la Iglesia, «pueblo congregado por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, lleva en sí el misterio del Padre que, sin ser llamado ni enviado por nadie» (cf. Rom 11, 33-35), llama a todos para santificar su nombre y cumplir su voluntad; ella custodia dentro de sí el misterio del Hijo, llamado por el Padre y enviado para anunciar a todos el Reino de Dios, y que llama a todos a su seguimiento; y es depositaria del misterio del Espíritu Santo que consagra para la misión a los que el Padre llama mediante su Hijo Jesucristo.

La cultura vocacional debe abarcar cada vez más la conciencia eclesial, ir del conocimiento de lo particular o de la comunidad a la convicción universal de no poder construir ningún futuro sobre un modelo de hombre sin vocación.

Hoy las nuevas generaciones, nos presentan apremiantes interrogantes sobre el sentido de la vida, confirmando que nada ni nadie puede ahogar en el hombre esta búsqueda, y el deseo de encontrar y encontrarse con la Verdad. Este es el campo en el que se plantea la búsqueda de la vocación.

Como lo ha expresado el Papa Francisco:

Aunque no siempre es fácil abordar a los jóvenes, se creció en dos aspectos: la conciencia de que toda la comunidad los evangeliza y educa, y la urgencia de que ellos tengan un protagonismo mayor. Cabe reconocer que, en el contexto actual de crisis del compromiso y de los lazos comunitarios, son muchos los jóvenes que se solidarizan ante los males del mundo y se embarcan en diversas formas de militancia y voluntariado. Algunos participan en la vida de la Iglesia, integran grupos de servicio y diversas iniciativas misioneras en sus propias diócesis o en otros lugares. ¡Qué bueno es que los jóvenes sean «callejeros de la fe», felices de llevar a Jesucristo a cada esquina, a cada plaza, a cada rincón de la tierra!

Sabemos que los jóvenes de hoy tienen en su bolsillo la llave para abrir la evangelización a las nuevas generaciones. Por eso no podemos obviar o desatender sus búsquedas más hondas.

Muchas veces, en nuestras Iglesias Particulares son claros los objetivos, así como las estrategias de fondo, pero quedan un poco difusos los pasos que dar para suscitar en nuestros jóvenes la disponibilidad vocacional; y esto porque, todavía hoy, resulta débil una cierta planificación educativa, dentro y fuera de la Iglesia, la planificación que debería ofrecer después, junto a la precisión del objetivo que alcanzar, los caminos pedagógicos que recorrer para conseguirlo.

La crisis vocacional, es ciertamente también crisis de la propuesta pedagógica y del camino educativo. No podemos despreciar la cultura juvenil de hoy si queremos evangelizar y generar esta cultura vocacional.

Entendemos entonces por cultura vocacional un dinamismo que se da en lo cognitivo, en lo afectivo y en la práctica. A esto le llamamos Mentalidad, Sensibilidad y Praxis.

La *mentalidad* es la teología de la vocación. En estos tiempos de crisis y sequía vocacional en tantas Iglesias particulares, sin embargo, se ha desarrollado abundantemente la teología de la vocación o de las vocaciones.

Dios nos ha llamado a la existencia, a la fe, al seguimiento de su Hijo, y a una especial configuración con su misterio. Por eso es el eterno llamante, el que no se cansa de salir a distintas horas del día para buscar obreros para su viña.

Es el Dios creador, que nos crea por amor, nos dona la vida, y a la vez nos llama a colaborar en su proyecto de salvación para la humanidad. Misterio que se nos ha revelado en Cristo, resplandor de la gloria del Padre, y que nos convoca a compartir su misión.

La *sensibilidad* es la apropiación de esta visión de Dios, que se hace espiritualidad, relación con Dios y con los hermanos.

La *praxis* es cuando el llamado se convierte en llamante, y es capaz de ser eco para los demás de la llamada de Dios. En este sentido, como afirma el P. Cencini, la crisis no es de llamados (Dios siempre sigue llamando) sino de llamantes. ¿Cómo nos hacemos eco de esta llamada del Eterno para que otros puedan escuchar su voz y se sientan animados a responder con todo su corazón, con todas sus fuerzas y con todo su espíritu? Es la pedagogía para transformar la realidad desde la mentalidad y la sensibilidad.

Por lo tanto, promover la cultura vocacional no es sólo informar o hablar sobre la vocación, sino educar a todos los jóvenes para que puedan descubrir su vida misma como vocación. Es fomentar actitudes como la entrega de la vida, la confianza y apertura a Dios y a los otros; o despertar la inquietud por acoger el misterio, dejarse amar, sentir el gozo de la elección. Incluye el activar la capacidad de asombrarse, de apreciar la belleza, de vislumbrar la sed de infinito que late en el corazón humano. La cultura de la vocación aporta una nueva antropología que permita superar una visión empequeñecida del hombre. Valora el ser por encima de los quehaceres y coloca a cada persona ante Dios para que le pregunte con apertura de corazón: ¿qué quieres de mi vida? Cuando esto ocurre se dan respuestas vocacionales para el ministerio ordenado, la vida consagrada, para el matrimonio cristiano y el compromiso laical entendidos como auténtica vocación.

3. Hacia una cultura vocacional.

Muchas voces repiten en la Iglesia que la verdadera urgencia de hoy es seguir proponiendo la cultura vocacional. Este es el primer objetivo de la pastoral vocacional, o más bien de la pastoral en general. Ahí deben centrarse todos los esfuerzos.

No se debe olvidar que ninguna vocación nace por sí misma o vive por sí misma. La vocación surge del corazón de Dios, y brota en la tierra buena del pueblo fiel, en la experiencia del amor fraterno.

Como afirma Pastores Dabo Vobis:

La Iglesia, que por propia naturaleza es «vocación», es generadora y educadora de vocaciones. Lo es en su ser de «sacramento», en cuanto «signo» e «instrumento» en el que resuena y se cumple la vocación de todo cristiano; y lo es en su actuar, o sea, en el desarrollo de su ministerio de anuncio de la Palabra, de celebración de los Sacramentos y de servicio y testimonio de la caridad.

Hoy contamos con una buena orientación de la pedagogía vocacional. Toda ella se afirma sobre dos ejes: la siembra vocacional y el acompañamiento. Entre ambos ejes hay un nexo que los une: la propuesta vocacional. Tal propuesta es el objetivo de la siembra y, a su vez, el punto de partida del acompañamiento. Por tanto, fijamos esta pedagogía en tres momentos: Siembra, propuesta y acompañamiento. Este último, a su vez, promueve las tareas de educar, formar y discernir las vocaciones.

Se ha pasado de una pastoral vocacional del reclutamiento a una de la espera (esperar a que surjan vocaciones). Hoy debemos pasar a la pastoral de la propuesta vocacional, del inmenso don de la vocación.

Ofrecemos algunas pistas extraídas de lo dicho. Pretenden ofrecer sugerencias prácticas para que la animación vocacional de nuestras Iglesias Particulares llegue a incidir de hecho en la creación de una cultura vocacional que fortalezca y difunda la teología, la sensibilidad y la pedagogía vocacionales a las que hemos aludido.

-- Iniciar esa Cultura vocacional en nuestros propios espacios, dirigiendo la atención hacia nosotros mismos, hacia cada uno de los que componemos nuestras comunidades eclesiales y nuestras estructuras pastorales. Necesitamos unas acciones permanentes de sensibilización que incidan sobre nuestras comunidades y sus responsables y coordinadores. Aquí tiene un lugar especial el Centro Nacional de Pastoral Vocacional, como dinamizador y animador de los Centros Diocesanos, promoviendo la formación permanente de los agentes pastorales, generando comunión en el pensar y el actuar.

--Fortalecer la animación vocacional de la comunidad local. Esa es clave para la creación de una nueva Cultura vocacional. Las estructuras de animación vocacional diocesanas suelen estar bien atendidas. Falta muchas veces fortalecer, dar estabilidad y definir las funciones concretas de los animadores vocacionales y los equipos de cada comunidad local. Estos en ocasiones se convierten en figuras meramente virtuales, normalmente sin apoyos y sin influencia en las comunidades y en la pastoral que en ella se desarrolla.

--Suscitar y formar animadores vocacionales idóneos que conformen Equipos locales de Pastoral Vocacional en misión compartida. A ello deben ser dirigidos nuestros mejores esfuerzos. Su tarea se inserta en los propios centros pastorales, evitando las duplicidades o el paro laboral vocacional. Sin ellos y sin una adecuada formación para esa tarea específica resultaría imposible dinamizar la creación de la cultura vocacional. Es importante que el animador vocacional sepa interpretar correctamente su identidad y su función: la del sembrador, la del acompañante, del educador, del formador vocacional, de aquel que está llamado también a discernir, sin descuidar ninguna de estas funciones, ni crear confusión entre la una y la otra. Que sepa leer y ayudar a clarificar las motivaciones vocacionales del joven. *“Acompañar, significa estar presente donde el joven vive la propia vida, donde él va buscando el sentido de la vida, donde al final se arriesga a experimentar frustración o donde la*

vida parece rechazarlo. En estos momentos la presencia de un hermano mayor es particularmente preciosa y podría significar el principio de un itinerario vocacional.

En este sentido es importante que el acompañante vocacional ayude al joven a releer su historia personal y familiar. A reconocer sus heridas profundas, revisar sus motivaciones, y llevar todo esto al encuentro con Dios.

En estos días hemos visto el ejemplo de Moisés: abandonado en el río al nacer, criado por una familia que no era la suya, cuando quiere reencontrarse con los suyos se pone violento y termina lejos. Podría leer su historia como una vida desgraciada, sin un sentido profundo. O, desde Dios, leer su vida como la de un hombre salvado por el Señor, que en el desierto de su vida le manifiesta que su llama sigue ardiendo, y por lo tanto lo hace capaz de ser instrumento de salvación para otros.

Esta relectura de la propia historia debe realizarse en el tiempo del discernimiento vocacional, pero debe continuar en las primeras etapas de la formación, como camino de discipulado.

. El acompañante vocacional tampoco puede forzar procesos o decisiones. A veces se pueden ver en un joven condiciones para una vocación presbiteral o consagrada, pero él no siente la llamada o todavía no la reconoce. No se puede condicionar la conciencia.

· Denunciar los abusos que impiden la Cultura vocacional y provocan escándalo: mantener apatías e inhibiciones; impedir la promoción de otros carismas y ministerios eclesiales; menospreciar el trabajo vocacional que se realiza, retirar el apoyo o la continuidad de los proyectos vocacionales, ser negligentes ante la urgencia de suscitar y formar a los animadores vocacionales. También el no secundar sistemáticamente las orientaciones, diocesanas o congregacionales, que se nos han dado.

· Sembrar el kerigma vocacional por todas partes, la Buen Noticia de la Vocación.

Esa paciente y continuada labor debe hacerse presente en todos los ámbitos (liturgia, catequesis, oración, acción caritativa, testimonio, economía...) y debe dirigirse a todos: a los integrantes de la comunidad cristiana y a los destinatarios de su misión. Incluimos entre los primeros a los responsables de nuestros centros pastorales y a sus colaboradores.

4.CONCLUSIÓN

La cultura vocacional no puede ser un añadido a la pastoral orgánica de las Iglesias Particulares, sino que tiene que impregnar toda la vida apostólica.

Un punto importante aquí son los itinerarios formativos reales que se llevan adelante en los Seminarios y casas de formación. A veces la sequía vocacional lleva a bajar bastante los niveles de exigencias para el ingreso, o para los cambios de etapa en la formación. Tenemos que tener presente que por cada uno que no debería estar, muchas veces hay dos o tres buenos candidatos que no quieren ingresar. El antitestimonio vocacional, o una propuesta light, lleva a que los jóvenes no quieran arriesgarse.

Hay que «vocacionalizar» las pastorales. Tres «mediaciones» nos ayudan a que esto sea realidad

a) Mediación eclesial

La animación vocacional no puede ser autónoma, ha de moverse en los espacios normales de la pastoral y de sus dimensiones: liturgia (oración personal y comunitaria), koinonía (expresión de la fraternidad de los miembros de la comunidad), diakonía (servicio a quien lo necesita) y martiría (testimonio del Evangelio). Cada vocación nace en la Iglesia; es mediación durante el despertar, discernir, cultivar (formación inicial) y acompañar (formación permanente) de cada vocación personal.

b) Mediación pedagógica

Cuando las anteriores dimensiones están presentes en una comunidad, cada persona se plantea “normalmente” su vocación. Cada dimensión le ayuda a madurar. La comunidad se transforma en mediación pedagógica.

c) Mediación psicológica

La objetividad precede a la subjetividad. El joven ha de descubrirse a sí mismo y lo que está llamado a ser. Primero, cada bautizado ha de hacer en su comunidad lo que se le exige a todos (crecer en la fe, comprometerse, participar, etc.), luego, lo que es personal- vocacional. Ha de hacer lo que Dios pide a todos si quiere descubrir lo que Dios le pide a él. Primero, ha de vivir lo que es “objetivo”, luego, asumir su modo propio de crecer. De esta forma, la Iglesia es “más Madre”.

Tenemos por delante una hermosa misión, la pastoral vocacional como cultura vocacional tiene más futuro que pasado, y se hace invitación para nosotros lo que afirma Cervantes, (teniendo en cuenta los 400 años de su muerte), en Don Quijote:

“Soñar el sueño imposible, luchar contra el enemigo imposible, correr donde valientes no se atrevieron, alcanzar la estrella inalcanzable. Ese es nuestro destino”.

DEBERES VOCACIONALES DE LOS PASTORES

S. E. Mons. Aliaksandr Yasheuski, S. D. B.

Eminencia, Excelencias, distinguidos y queridos participantes en este Congreso Internacional, permítanme ante todo expresar mi agradecimiento por poder participar y compartir con ustedes este momento; quiero hacerlo con total modestia: llevo un año solo en el servicio episcopal y la reflexión sobre el tema que se me ha confiado *-Deberes vocacionales de los pastores-* me resulta enorme, y me siento bien parvo. Todos somos muy conscientes de nuestro deber al respecto, pero quizá sea útil en esta ocasión recordar lo que ya es sabido y se nos pide, para interiorizarlo y confirmarnos en nuestra misión. Quisiera fijarme sobre todo en los obispos, en cuanto responsables de la pastoral vocacional, y luego especialmente en sus sacerdotes.

1. EL OBISPO PASTOR DE LAS VOCACIONES

La imagen bíblica de Cristo, buen pastor que conoce a sus ovejas, las guía hacia verdes pastos con su mirada vigilante sobre las que están en su redil y se preocupa por la que faltan, nos recuerda el deber de confirmar en la fe a los hermanos por las distintas sendas. La animación de la pastoral que se dedica a las vocaciones sacerdotales compite al obispo, que es llamado a suscitar y coordinar la colaboración de toda la Iglesia que le ha sido confiada.

De esta afirmación de *Pastores Dabo Vobis* deriva que la primera preocupación del obispo debe ser la de integrar plenamente la dimensión vocacional en la vida de la Iglesia, puesto que de ella nacen y maduran las vocaciones sacerdotales. Mirando a su grey como a una familia, el obispo es un padre que la sigue y se preocupa con su experiencia de garantizar un número suficiente de pastores y ministros. Para conseguir un número adecuado de vocaciones al ministerio sacerdotal hay que “instruir a todos los fieles sobre la importancia de su ministerio”, indispensable para el servicio necesario para edificar al Pueblo de Dios. Para llevar a cabo el deber de pastor, el obispo es evidente que no está solo y sus colaboradores más directos son los sacerdotes, los religiosos, los laicos, sobre todo los padres, los maestros, los movimientos y las asociaciones de los fieles.

Todos han de hacer la parte que les corresponde, pero es obvio que difícilmente lo harán si el obispo, antes, no hace la suya. De esto todos estamos hondamente convencidos, porque la comunidad cristiana, que hoy a menudo se siente perpleja o resignada respecto de las vocaciones, espera del obispo sobre todo ideas claras, pero antes que nada ejemplo de vida, estímulo y sostén que brotan de una real paternidad pastoral. El servicio pastoral del obispo y la vocación de los creyentes en Cristo constituyen la estructura dialógica de la comunidad eclesial: el obispo es un llamado que a su vez llama; así es para todo creyente: cada cristiano es un ser salvado que a su vez se convierte en irradiación de salvación para los otros.

Entre los sacerdotes que colaboran con el obispo están los párrocos, que guían las distintas comunidades. Junto con los párrocos, todos los presbíteros están llamados a acompañar espiritualmente a los muchachos y a los jóvenes, junto con sus padres, para ofrecer una prospectiva de vida cristiana completa, para cumplir la voluntad de Dios, incluso si esto significa servir al Señor en el altar. Toda la comunidad cristiana tiene que crear un clima idóneo en el que los muchachos y los jóvenes viven para ser ayudados a vivir como cristianos a fondo.

La pastoral vocacional, en este sentido, no es un área aparte de la pastoral, ni siquiera representa un aspecto aislado, sino que es una dimensión que implica los fundamentos de la vida cristiana. Por esto, cabe decir que la familia cristiana constituye el primer seminario y la parroquia el segundo, sin olvidar las escuelas y las asociaciones, que cultivan a sus alumnos para hacer que descubran la llamada

de Dios en la vida y el modo de acogerla con generosidad. Precisamente el ministerio sacerdotal del obispo estimula al pueblo de Dios para que tome conciencia de su llamada y de su identidad originaria. Y para que esto suceda, ayuda a cada bautizado a dar su segunda respuesta: no solo una respuesta *a la Iglesia* por una pertenencia recibida en el día del propio bautismo; sino *en la Iglesia* por una pertenencia responsable y coherente. Según el misterioso don del Espíritu, que está siempre en la raíz de un proyecto de Dios.

1. El obispo signo de una misión para la comunión

En la comunidad eclesial, el ministerio del obispo se configura sobre todo como *signo de una misión para la comunión y de una comunión para la misión*. El obispo, por el sacramento del Orden, recibido en su plenitud, es y obra *in persona Christi*, como signo sacramental de Cristo pastor. Dicha figura del obispo consiste en ser icono de Cristo pastor, misionero del Padre, servidor del proyecto de salvación. El horizonte en el que se coloca el servicio episcopal es la comunidad eclesial, pero no encerrada en sí misma, sino abierta al Reino en un mundo sin fronteras. No es el pueblo de los bautizados al servicio del ministerio episcopal, sino lo contrario. El ministerio es para el pueblo de Dios, a través del ejercicio de sus funciones: enseñar, santificar y gobernar. La perspectiva que finaliza el ministerio episcopal es la comunión. El obispo es servidor de la misión de Cristo, para la comunión del pueblo de Dios y para la comunión a la que toda la humanidad está llamada.

2. El Obispo signo de una comunión para la misión.

Además de ser *signo de una misión para la comunión*, el obispo está llamado a ser *signo de una comunión para la misión*. Para desarrollar tal misión no está solo, como ya mencionábamos. “Todos los presbíteros, sean diocesanos, sean religiosos, participan y ejercen con el Obispo el único sacerdocio de Cristo; por consiguiente, quedan constituidos en asiduos cooperadores del orden episcopal.”. Es un ministerio de comunión el del obispo, participado con los presbíteros para que sean cooperadores en el servicio de la comunidad. Obispos y presbíteros está conjuntamente comprometidos en el hecho de una misión que se expresa en diversos niveles. En primer lugar, la comunidad, porque sobre todo la celebración de la presencia de Cristo en la Eucaristía fundamenta y hace crecer en la comunión. En segundo lugar, las personas, para que cada uno se sienta vivamente partícipe del misterio de Dios y de la Iglesia. Y en tercer lugar el mundo, que va más allá de los mismos confines de la iglesia particular y se convierte en apertura y pasión misionera. El obispo está llamado en primera persona a regir la comunidad, pero sobre todo a hacer que ella llegue a ser manifestación del misterio del Dios trinitario, a través de la diversidad de sus dones y de sus ministerios. Las vocaciones son expresión de una fe adulta, capaz de respuestas responsables y coherentes con la iniciativa del Espíritu. En tal sentido el obispo es animador de toda llamada.

3. El obispo, primer anunciador de las vocaciones al ministerio ordenado.

Dentro de la sucesión apostólica el obispo se hace primer anunciador de las vocaciones, y manera totalmente especial de las vocaciones al ministerio ordenado, siendo deber del Pastor cuidar de manera específica a los futuros pastores. En este quehacer de sensibilización y discernimiento, también respecto de la vida consagrada, el obispo ocupa un papel de primera importancia, que no puede limitarse solo a exhortaciones paternales y a expresar principios generales.

San Juan XXIII en su intervención en el I Congreso Internacional para las Vocaciones de especial consagración dijo: “El problema de las vocaciones eclesíásticas y religiosas es cotidiana solicitud del Papa, es súplica de su oración, aspiración ardiente de su alma”. Pienso que cada obispo puede hacer propias estas palabras. El Concilio Vaticano II expresa muy claramente el papel del obispo como primer animador y suscitador de vocaciones. De ello habla el decreto *Christus Dominus*, que pide activar con la santidad los dos factores fundamentales de toda vocación: el modelo y la comunidad; el

decreto *Optatam Totius*, que afirma cómo “es deber de los Obispos el impulsar a su grey a fomentar las vocaciones y procurar la estrecha unión de todos los esfuerzos y trabajos”, llegando como padres “a ayudar, sin escatimar sacrificio alguno”, a los llamados.

4. *Los medios útiles para cumplir el deber vocacional.*

El medio más importante para el crecimiento de las vocaciones es la oración. El Señor mismo ha dicho “la mies es abundante, pero son pocos los operarios. Rogar, pues, al Dueño de la mies que envíe operarios a su mies” (Lc 10,2). La oración es un instrumento en manos de todos los componentes de la comunidad cristiana. No está en manos del reclutador hallar y llevar al altar a los futuros presbíteros con medios técnicos, incluso los más modernos y aparentemente eficientes. La oración está al alcance de todos, también de los obispos, de los sacerdotes y de todos los laicos y no hay que descuidarla, sino valorarla con auténtica confianza y sin cansarse nunca. Siendo la oración la primera pastoral vocacional hay que promoverla con especial insistencia y organización en la pastoral. No tendría que faltar en ninguna Misa presidida la intención de orar por todas las vocaciones de especial consagración.

En esta línea se proponen más iniciativas vocacionales, que se adoptan en muchas diócesis, por ejemplo: el primer jueves de cada mes y la adoración eucarística mensual; las vigiliias de oración y diversas experiencias fuertes de espiritualidad con jóvenes; los encuentros diocesanos con las familias, los educadores, los catequistas; la implicación de los jóvenes en iniciativas de servicio y voluntariado. Una oportunidad especialmente preciosa es también la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones que, en cada Iglesia particular de la que el obispo es Pastor, viene a ser la meta, el punto de salida y de comprobación en el camino de toda la diócesis. El obispo, precisamente en esta especial celebración, puede explicitar su servicio de primer animador de la pastoral vocacional animando a cada una de las áreas pastorales a preparar la jornada con una serie de iniciativas y a vivir un momento fuerte, unitario de oración de todas las vocaciones y por todas las vocaciones. Además de la oración conviene que el obispo sea el primero en dar ejemplo de santidad, de caridad, de humildad y de sencillez de vida, ayudando así “a avanzar por el camino de la santidad a sus sacerdotes, religiosos y laicos, según la vocación peculiar de cada uno”.

Si la Palabra de Dios la siembra el obispo a manos llenas, será una semilla puesta no solo en el campo de la Iglesia, sino también en el corazón de cada uno, porque por sí misma la llamada del Verbo se desarrolla en un ambiente en el que la Palabra de Dios resuena y actúa. De ahí deriva la importancia fundamental para toda comunidad cristiana, para ser suscitadora de vocaciones, ser lugar de resonancia de la Palabras de Dios.

Incluso el obispo más activo y emprendedor peligra de correr en vano si no constituye un Centro Diocesano para la animación vocacional de la Iglesia particular. Se trata de un lugar de comunión, de animación y de promoción vocacional. Un organismo de comunión en el que las diversas categorías de vocaciones presentes en la Iglesia particular experimentan la unidad de la misión, la alegría y la fatiga de trabajar juntos por las vocaciones; un organismo de servicio e instrumento pastoral para que toda la Iglesia particular tenga conciencia de ser llamada.

El obispo, a través del Centro Diocesano para la Pastoral Vocacional del que es el primer y el último responsable, puede proponer itinerarios diversos en clave vocacional. Está bien que él mismo al comienzo del año pastoral, cuando se prepara el programa, convoque el Centro Diocesano, escuche los proyectos, los discuta, los coordine y los sintetice con los de otros organismos, para luego dar su aprobación y su aliento concreto, decidiendo incluso en qué puntos del programa él intervendrá en primera persona. Todos estamos de acuerdo hoy en pastoral de las vocaciones que una opción no madura solo a través de experiencias esporádicas de fe, sino a través de un paciente camino de

discernimiento espiritual. Itinerarios que recorran tres momentos: el anuncio, la propuesta y el acompañamiento vocacional. Por convicción personal quiero decir que a menudo el obispo en primera persona está llamado a empeñarse en un competente acompañamiento vocacional, a conocer personalmente a los candidatos al sacerdocio, a visitar el seminario, a escoger con especial clarividencia los responsables vocacionales, incluso me atrevo a decir con valentía, los mejores elementos que tiene a disposición con este objetivo.

5. El sostenimiento profundo ofrecido al Seminario, especialmente a la comunidad de los formadores.

El Magisterio de la Iglesia considera al obispo como el que tiene máximamente cuidado de la formación de los futuros sacerdotes y le señala esta formación como su primerísima responsabilidad. El obispo intenta desarrollar este deber compartido, formando a sus sacerdotes en tres etapas, siguiendo el ejemplo de Jesús: llamando a los que quiere, estando con ellos y enviándolos al mundo.

Desde que el Concilio de Trento instituyó los Seminarios no hay en la Iglesia una alternativa al Seminario; de hecho, se recomienda que “el obispo insista decididamente y con convicción sobre la necesidad del seminario mayor como instrumento privilegiado para la formación sacerdotal”. Para cumplir su responsabilidad con la formación de los futuros sacerdotes ante todo es responsabilidad del obispo escoger bien los formadores y los profesores. Los criterios en los que ha de basarse la elección están claramente señalados por la Iglesia: “La madurez humana y espiritual, la experiencia pastoral, la competencia profesional, la estabilidad de la propia vocación, la capacidad de colaboración, la preparación doctrinal en las ciencias humanas (especialmente la psicología) correspondiente al oficio, el conocimiento de las formas de colaborar en grupo”. Pero ante todo han de ser “los mejores entre los sacerdotes de la diócesis”. Otra cualidad que el obispo debe necesariamente encontrar en los formadores y profesores del Seminario es la unidad con el obispo. La necesidad de la unidad es útil porque ayuda a la armonía en la formación de los futuros sacerdotes. Y encuentra razón también en el testimonio que los futuros sacerdotes han de ver en concreto para construir su vida en unidad con el obispo y el presbiterio. Solo así los futuros sacerdotes tienen garantía de su perseverancia en la vocación y en el cumplimiento de la misión confiada a ellos en la Iglesia estén donde estén.

Esta unidad de los formadores y profesores con el obispo debe ser estimulada ante todo por el mismo obispo. Para que esto llegue a buen fin, el obispo debe primero y personalmente visitar a menudo *el corazón de la Diócesis* y velar por la formación de los alumnos, el proceso formativo y educativo, el crecimiento vocacional de los clérigos, la piedad y sus progresos. En esa visita no debería faltar el encuentro directo e informal con los clérigos para conocerlos personalmente, fomentando el sentimiento de familiaridad y de amistad con ellos. “Esta relación familiar permitirá al obispo poder valorar mejor la idoneidad de los candidatos al sacerdocio y comparar su juicio con el de los superiores del seminario que está en la base de la promoción al sacramento del orden”. En esa visita al Seminario no puede faltar la comprobación de la vida comunitaria por parte del obispo. La práctica ha demostrado que a menudo falta y lamentablemente se descuida. El Papa Francisco afirma que la falta de vida comunitaria “favorece un estilo de vida que debilita el desarrollo y la estabilidad de los lazos entre personas”. Los formadores a menudo prestan poco interés en el modo de instruir la relación entre los alumnos. Se interviene solo cuando aparecen los problemas. Cuando los profesores no tienen contacto bueno con los seminaristas, se corre el peligro de no ser suficientemente interpelados y de ayudarles a trabajar con sinceridad y verdad sobre el propio camino. El obispo, cuando mantiene una estrecha relación con los formadores, ha de insistir en prestar especial atención para que traten de conocer la realidad de la vida cotidiana de los alumnos, y esto requiere ulterior esfuerzo, trabajo y competencia. Es necesario que el obispo anime a los formadores a actuar más paternalmente que autoritariamente, de

manera que los clérigos vean ya en el Seminario un espíritu de confianza solidaria y de unidad en el presbiterio, favoreciendo un verdadero y sano diálogo educativo con los alumnos.

Los formadores del Seminario durante la formación de los seminaristas encuentran muchas dificultades y necesitan apoyo y confianza. Cuando el obispo vive las vicisitudes del Seminario visitando, encontrando a los seminaristas y a los formadores, con el tiempo comenzará a captar personalmente el ambiente del Seminario. Esto ayudará a comprobar las aptitudes incluso de los educadores. Se nota que a veces los formadores reflexionan poco sobre sus aptitudes y conductas. Si los formadores no llevan una vida madura y piadosa, si no se esfuerzan por cultivar las virtudes y esforzarse personalmente, en el diálogo entre ellos, ¿cómo podrán tener autoridad y ganarse la confianza de los seminaristas? En la comprobación de la actitud de los formadores el obispo debe participar personalmente y cuando note la falta de diálogo o situaciones más problemáticas, debe intervenir inmediatamente para remodelar la comunidad educativa.

Otra cosa muy importante en la colaboración del obispo con los formadores es el momento de tomar decisiones importantes, como la admisión a los ministerios, la designación de las prácticas pastorales, los exámenes, etc. Sabido es que el obispo en cada caso tiene el derecho de decidir y la última palabra, pero no puede prescindir de la opinión y de la valoración de los formadores. Una correcta actitud del obispo refuerza la colaboración entre ellos, genera el mutuo respeto y confirma a los formadores en su competencia. Tal postura del obispo con los formadores puede influir en el buen clima de colaboración recíproca, que a su vez recaerá positivamente en las relaciones con los alumnos.

Además, hay que recordar que incluso un Seminario bien preparado requiere una constante renovación. El obispo, conociendo la situación desde dentro, debería no solo conocer la posibilidad de renovación, pero leyendo los signos de los tiempos y las necesidades de la Iglesia local, debería estar abierto a ello y ponerlo en práctica en caso de necesidad.

6. El cuidado específico de los sacerdotes y de su formación permanente.

Existe en la historia de la Iglesia una preocupación constante que se ha acentuado en tiempos recientes, sobre todo a partir del Concilio Vaticano II. No solo respecto de la formación de los candidatos al presbiterado, sino también a la formación de los presbíteros en el presbiterio. La formación permanente aparece siempre cada vez más necesaria, ya sea para mostrar una imagen verdadera y significativa del presbítero, ya sea para garantizar una honda renovación de la Iglesia en una época de grandes cambios. En realidad, al obispo, que es el padre del presbiterio, le está confiada la continuidad de la formación espiritual e intelectual.

El primer llamado a la formación permanente es el obispo “para que, a través del testimonio de la propia madurez humana, espiritual e intelectual en la caridad pastoral, en torno a la cual debe centrarse el itinerario formativo del Obispo, brille siempre más la caridad de Cristo y la misma solicitud de la Iglesia hacia todos los hombres”.

Entre los medios para la propia formación permanente, el obispo debería favorecer la profundización en los documentos doctrinales y pastorales del magisterio Pontificio, de la Curia Romana, de la Conferencia Episcopal y de los obispos hermanos en el episcopado, para encontrar orientaciones para su actividad pastoral y para saber iluminar a los fieles ante las principales cuestiones que la sociedad contemporánea continuamente presenta. En cualquier caso, el obispo no “deberá olvidar nunca que la vida de comunión con los otros miembros del Pueblo de Dios, la vida cotidiana de la Iglesia y el contacto con los presbíteros y los fieles representan siempre momentos en los que el Espíritu habla al obispo, recordándole su vocación y misión y formando su corazón a través de la vida viva de la Iglesia”. Llamados por el obispo para una formación permanente están también los presbíteros. Este proceso formativo es una continua conversión que comporta la dimensión humana,

intelectual y pastoral de la personalidad del presbítero. Que tiende “a ayudar al sacerdote a ser y a desempeñar su función en el espíritu y según el estilo de Jesús buen Pastor. [...] En este sentido, se puede decir que la formación permanente tiende, desde luego, a hacer que el sacerdote sea una persona profundamente creyente y lo sea cada vez más; que pueda verse con los ojos de Cristo”. Los momentos prácticos que pueden servir de ayuda a la formación permanente son de diversos niveles: espiritual, intelectual y pastoral.

A nivel *espiritual* están *los ejercicios espirituales* en forma comunitaria entre los presbíteros de la Iglesia particular. En muchas diócesis se proponen varios turnos de ejercicios, para favorecer al máximo la participación. La presencia del obispo diocesano se considera muy positivamente, incluso para favorecer los encuentros con cada sacerdote. Otra práctica muy generalizada son los retiros espirituales cada mes. Analizando la necesidad de una formación permanente y completa en cada fase de la vida sacerdotal, me atrevo a referirme a la situación de la Iglesia en Bielorrusia, donde la necesidad de formación permanente del clero hoy está condicionada no solo por la situación histórica de los tiempos del ateísmo, sino sobre todo por la diversidad del clero. Tras un periodo de persecución, cuando la Iglesia en nuestra tierra ha recuperado su libertad y ha comenzado a crecer en todo el País, naturalmente ha llegado la necesidad de tener sacerdotes. Hemos hecho frente a este problema de distintas maneras. Hemos descubierto que una parte del clero se formó en secreto y ordenada por los distintos obispos que podían encontrarse en aquellos tiempos. Algunos sacerdotes se formaron fuera de Bielorrusia y adquirieron cierta formación. Para ayudar a nuestra Iglesia en esta dificultad gran parte del clero ha venido de fuera y su contribución ha sido fundamental. En la práctica pastoral y en la vida del presbiterio, sin embargo, estas diferencias en la formación, a mi modesto entender, no siempre han tenido un papel positivo, sobre todo en la colaboración entre sacerdotes, así como en la pastoral con la gente. Nuestros obispos viendo esto, han organizado encuentros mensuales en cada diócesis con todos los presbíteros, religiosos y religiosas para favorecer una formación permanente unificada en la Iglesia particular. El obispo elige los temas más adecuados para cada encuentro, que comienza con la oración y la meditación del padre espiritual de la diócesis, seguida de la exposición del Santísimo Sacramento y la posibilidad de reflexionar, adorar y confesarse. Tras la celebración Eucarística presidida por el obispo vienen las preguntas, comentarios y un ágape fraterno. Ahora se ve que este tipo de formación permanente del presbiterio en la diócesis ayuda a afinar algunos aspectos débiles de la vida y de nuestro servicio a los fieles, y por parte del obispo esto ayuda a un acercamiento eclesial más maduro.

Otro nivel de la formación permanente de los presbíteros es el *intelectual*. En no pocas diócesis son obligatorios, o casi obligatorios, los cursos de *aggiornamento* para los sacerdotes. Esto favorece el repaso de temas teológicos fundamentales y al mismo tiempo la fraternidad entre presbíteros. Casi siempre durante estos cursos está previsto el encuentro con el obispo o incluso su participación prolongada en el curso.

Otra iniciativa es la de las *jornadas teológicas* de actualización al compás del año litúrgico-pastoral: son cursos programados ya en alguna Iglesia y se ve que hace falta mayor difusión. La metodología trata de conseguir que los participantes no se limiten solo a escuchar, para trabajar activamente a través de una adecuada preparación e incluso a través de un compromiso activo durante la celebración de las jornadas.

Otro nivel de la formación permanente de los presbíteros es el *pastoral*. La experiencia más común en este campo consiste en *dos o tres días del clero* como profundización en el plan pastoral de la diócesis o los grandes temas de actualidad pastoral. *Encuentros para los presbíteros jóvenes en los primeros años de sacerdocio* en los que está previsto profundizar en un tema concreto, la oración, estudio fraterno de aspectos concretos del ministerio pastoral.

En las diócesis medianas se considera útil *la semana para los nuevos párrocos*, con la idea de que el sacerdote se inserte como guía de una comunidad, en un ministerio de múltiples dimensiones y competencias, que van desde las problemáticas propiamente pastorales a las jurídicas y administrativas. Hay algunos momentos que están adquiriendo un gran valor simbólico de cara a la promoción de la comunión presbiteral. Sobre todo, *la celebración de la Misa crismal del Jueves santo*, quizá sea el momento más fuerte de agregación del presbiterio diocesano en torno al propio obispo.

Otro momento bastante significativo para el presbiterio es *la jornada de fraternidad sacerdotal diocesana*, habitualmente celebrada en el seminario, además con la presencia y la animación de los mismos seminaristas. En este contexto de compartir gozoso recordamos los distintos aniversarios de la ordenación sacerdotal. En todas las diócesis, este día coincide con el rito de admisión de los seminaristas a las Órdenes. Otro momento muy alentador entre los presbíteros es su numerosa presencia en *las ordenaciones de diáconos y presbíteros*. En alguna diócesis estos momentos son escasos, hasta el punto de convertirse en noticia. Pero siempre tienen la fuerza de signo y de esperanza, tanto para el presbiterio como para las comunidades cristianas, que participen frecuentemente con una gran presencia de jóvenes.

Al margen de la diversa tipología que se configura en la intimidad de las vivencias concretas de nuestras Iglesias se da un elemento común: la exigencia de compartir la fatiga del ministerio en un contexto de complejidad cultural. Precisamente respecto de tales perspectivas pastorales se espera, por parte de no pocos presbíteros, una palabra de ánimo del obispo y una oportuna reflexión sobre todo en relación con las cambiantes condiciones del ministerio. Otra experiencia de notable valor formativo es la de *los viajes de formación*, sobre todo a lugares sagrados o hacia lugares de gran interés pastoral.

Para terminar este apartado me gustaría poner el acento sobre el hecho que el adjetivo *permanente*, relativo a la formación sacerdotal, está estrechamente unido al carisma del ministerio sacerdotal, que en sí es permanente e irreversible. Por esto precisamente, la formación nunca puede considerarse completa ni en la Iglesia ni en el sacerdote. Por tanto, es necesario que se programe y se desarrolle de manera que todos los sacerdotes la reciban con gusto y que se extienda a toda la vida del Pastor.

2. EL PRESBITERO PASTOR DE LAS VOCACIONES

A menudo se oye decir que las vocaciones son pocas, que hay necesidad de sacerdotes porque existen parroquias que no tienen pastor. Es necesario entonces un esfuerzo de parte de todos los cristianos, para que el tema sobre las vocaciones se coloque en el sitio justo y se refiera a la familia, a la parroquia, a las asociaciones, etc. Pero, si los obispos tienen el deber prioritario de promover la pastoral vocacional, también los presbíteros, en cuanto Pastores y más estrechos colaboradores de los obispos, están más comprometidos que los demás. El sacerdote es siempre un promotor vocacional, y su coraje fiel en el cumplimiento de su misma misión es la llave que hace eficaz la pastoral. El sacerdote no puede llamar a nadie si su vida no es concreta respuesta a la llamada de Cristo en la Iglesia. Si el campo privilegiado es el testimonio personal del sacerdote, a nivel de actitudes personales es importante que los sacerdotes puedan vencer los miedos o los apegos que son estorbos, para poder presentar con naturalidad y alegría la fascinación radical de la vocación sacerdotal.

1. *La formación de las familias*

El recorrido formativo comienza ciertamente en la raíz, desde la formación de las familias, lugar primero y más importante de crecimiento de las vocaciones. De la familia depende la actitud de los niños y de los jóvenes hacia Dios y los hombres, hacia la vida y hacia uno mismo. En ella se descubre que se es llamado a amar fiel e irrevocablemente, independientemente del hecho de ser llamado a una forma de vida secular o religiosa. Orientadoras en este sentido son las palabras del Papa San Juan

XXIII dirigidas a los laicos en una Audiencia: “Dadme familias santas y os daré sacerdotes santos”. Por esto, si se quiere cuidar el desarrollo de las vocaciones, es necesario que los sacerdotes presten particular atención a la pastoral de la familia. De hecho, el cuidado de las vocaciones presupone una válida pastoral familiar para ayudarla a «llegar a ser auténtica», es decir desarrollar a fondo el propio deber dentro de la única Iglesia, para que florezcan las vocaciones de especial consagración. Se puede constatar que detrás de la crisis de vocaciones hay también crisis de la familia cristiana: superar la una es condición necesaria para superar la otra. Por esto, un aporte positivo y evangelizador a la familia, sin limitarse solo a algunos preceptos, pero favoreciendo el encuentro de las personas y caminos de fe y maduración, como sugiere el Papa en la exhortación *Amoris Laetitia*, es un camino que pone las bases para el florecimiento de nuevas vocaciones, incluso sacerdotales.

2. Asegurar la catequesis y la educación de los niños y los adolescentes.

La difusión de una mentalidad post-moderna, secularizada, sensiblera y banal desanima la respuesta de los jóvenes a la invitación de seguir a Jesús con radicalidad y generosidad. Por esto necesitamos asegurar el servicio de la catequesis y de la educación de los niños y adolescentes. En la educación de la fe de los niños y adolescentes nunca debería faltar un verdadero y preciso itinerario espiritual. Es importante no sobreponer la dimensión vocacional como si fuese un tema más, sino hacer que emerja desde dentro, de manera casi natural, en las distintas unidades didácticas previstas en los catecismos y todavía más en la experiencia del encuentro con el Señor de la Iglesia. Catequesis y vocación, de hecho, no son dos realidades difícilmente conjugables, sino que la una está al servicio de la otra. Toda catequesis vocacional será infructuosa si falta el testimonio de vida de los catequistas y de los sacerdotes. Por eso es oportuno recordar las hermosas palabras del beato Pablo VI: “El hombre contemporáneo escucha mucho mejor los testimonios que a los maestros, o si escucha a los maestros lo hace porque son testigos”. Lo que significa que una enseñanza separada del testimonio personal difícilmente comportará un efecto vocacional. Pienso que hoy hemos de volver con valentía a presentar la propuesta de las diversas vocaciones, que hemos de encontrar el momento ideal dentro de un itinerario catequético y comunitario. Esta propuesta supone un conocimiento adecuado de las diversas vocaciones y una colaboración eventual de los animadores que han realizado diversas opciones de vida, que podrán poner en su contribución al camino catequético y educativo para ofrecer una experiencia que cuente más en las enseñanzas e invitaciones a imaginar y plantear la propia vida, para descubrir así con la ayuda eclesial el germen de la propia vocación particular.

3. El sacerdote, una referencia para los seminaristas

Para ser una sólida referencia de imitación para los seminaristas, hay que recordar antes qué y quién es el sacerdote. No tengo clara e inequívoca la respuesta, y adquiere densidad en las diversas fases de la vida. Recuerdo, que siendo joven, al volver de la experiencia de dos meses en el noviciado salesiano durante las vacaciones, mientras terminaba los estudios superiores, por consejo del maestro de novicios, busqué al confesor que me había acompañado durante los años anteriores a mi ingreso en el noviciado. Tratado de distinta manera por algunos sacerdotes, me di cuenta de que el sacerdote no puede ser sustituido por cualquiera. Solo el sacerdote, si vive plena y auténticamente el propio sacerdocio, recibe la gracia de acercar al hombre a Dios de un modo particular.

Leyendo y oyendo muchas historias de diversas vocaciones sacerdotales, estoy convencido que ellas no dependen tanto de propuestas teológicas o de altísima espiritualidad, mucho menos de las capacidades humanas o de la eficacia organizadora de las estructuras eclesiales, que pueden ayudar, orientar e inspirar, cuanto, en realidad, de la mediación personal de alguien, especialmente de los sacerdotes, que es un punto de referencia fuerte. Permítanme, una vez más, recurrir a la experiencia personal. Cuando en el año 1989, en mi ciudad de nacimiento Smarhon, las personas ancianas en

Moscú obtuvieron el permiso de recuperar la iglesia, que durante mucho tiempo se había convertido en museo del ateísmo, el gobierno puso una condición: si no se llena la iglesia en la primera misa celebrada allí, de nuevo se convertiría en museo del ateísmo. Mi párroco, don Henryk Kulaszewicz, estaba muy preocupado por el número de personas que asistirían. Llegado el domingo, a la primera Misa vino tanta gente que no cabían en la iglesia, y la plaza y el parque anterior estaba llena de fieles. Al final, durante la procesión Eucarística de acción de gracias se pasó muy cerca de la estatua de Lenin, que miraba desde la plaza principal hacia la iglesia. Mi párroco, apretando el Santísimo dijo entre lágrima: “Lenin, toda tu vida luchaste contra la fe y querías destruir la Iglesia, matándola en el corazón de la gente; mira cuánta gente ha venido, acuérdate de que Dios es más fuerte que tú y que tus ideas”. No solo sus ideas, sino también las nuestras: la vida personal, el encuentro con el Señor de la comunidad, la experiencia directa y personal del Señor, sigue siendo un camino insustituible para reunir el pueblo santo de Dios y permitir a Dios que llame a los pastores para su pueblo.

De niño, vi en mi párroco un hombre que amaba al Señor y le servía con dedicación y celo sacerdotal enormes. Vi que su fuente preciosa era la Eucaristía, su medio de practicar la oración personal. Vi a un hombre entregado a los hombres, especialmente a los jóvenes, que con sacrificio y gozosa entrega servía al Señor y amaba sinceramente a la gente. En esto se basaban sus enseñanzas y su predicación. Viendo todo esto yo también empecé a querer ser como él, salesiano y sacerdote, padre de la comunidad que se llama parroquia, predicador y testigo de la palabra de Dios, servidor de los jóvenes, especialmente de los más pobres. Su apoyo en el camino vocacional no terminó con mi ingreso en el noviciado, sino que continuó con cierta intensidad durante todo el periodo de la formación. Todavía ahora, a sus 87 años, sigue siendo para mí una referencia para mi ministerio episcopal. El auténtico testimonio de un sacerdote, la fidelidad a su vocación, su celo apostólico y un continuo acompañamiento en el Seminario pueden ayudar a perseverar y hasta salvar la vocación en los momentos de dificultad que no faltan, de inseguridad y de tentación. Que no se pueden evitar, pero va creando una actitud bien encauzada y garantizada con un acompañamiento constante.

4. El sacerdote, servidor de la dirección espiritual

En el apartado anterior he tratado de mostrar la importancia del testimonio personal y de la constante preocupación por los seminaristas de parte de los sacerdotes. Ahora quiero recordar que la forma privilegiada de discernimiento y de acompañamiento vocacional es la dirección espiritual: que es donde el sacerdote pone en práctica su paternidad espiritual. Hay que reconocer que la dirección espiritual hoy está en crisis. Muchos sacerdotes, que durante el seminario y en los primeros años de sacerdocio han tenido el propio padre espiritual y han acudido a él para confesarse, aconsejarse y recibir ayuda en las dificultades, han dejado de frecuentarlo. Bastante laicos, que desean recibir una dirección espiritual al margen de la confesión, no encuentran sacerdotes y religiosos dispuestos a ayudarles.

Por otra parte, es necesario suscitar en los adolescentes y en los jóvenes el deseo de la dirección espiritual personal como instrumento de crecimiento en la fe y de educación a una vida cristiana más auténtica y más personal. Frente a la crisis de dirección espiritual, es curioso el recurso cada vez mayor a psiquiatras, psicoanalistas, psicoterapeutas, en los casos de molestias no psíquicas, solo para tener una ayuda psicológica. En el mundo juvenil se nota que se recurre con frecuencia a la guía de un gurú del yoga o del zen para introducirse y ser guiados en la búsqueda espiritual. Se trata de fenómenos que de entrada no tienen que ser condenados, pero habría que vigilar en nosotros lo específico de nuestro acompañamiento, el de la vida según el Espíritu, con las riquezas interiores que ninguna otra tradición probablemente es capaz de ofrecer. Esta búsqueda es también un signo de los tiempos en los que ha venido a menos la Iglesia, por lo que se busca fuera y a menudo lamentablemente, de manera inadecuada.

Estoy seguro de que el primer paso para recuperar una valiente vida pastoral está en la sensibilidad de los sacerdotes a dar ayuda en los problemas humanos y espirituales. El obstáculo para esto probablemente está en primer lugar en la falta de pastores preparados para este tipo de ministerio. Lo que desanima es una actitud equivocada, paternalista y moralizante. Hay que educar a nuestros seminaristas y sacerdotes jóvenes al hecho de que nadie se convierte en un buen director espiritual solo por el hecho de haber recibido la ordenación.

El carisma de guía espiritual, sin duda, está presente en la gracia del sacerdocio, pero nace poco a poco a través de la profundización de la vida espiritual y el discernimiento en el diálogo de la dirección espiritual, a través de un paciente y constante trabajo interior. El sacerdote llega a ser director, si ante de todo por sí mismo recurre a los medios y las reglas de una fuerte dirección espiritual.

Esto, por parte de los sacerdotes, requiere consciente disponibilidad a la escucha y al diálogo, a la comprensión y a la apertura, superando toda forma de rigidez hacia los otros y hacia uno mismo. La competencia esencial del sacerdote como director espiritual es el conocimiento experimentado de las fases de la vida espiritual. Un buen director espiritual tendría que ser emotivamente equilibrado, constante en la meditación diaria y en la dirección espiritual. La gente se da cuenta y lo evita si, por ejemplo, no le ve nunca rezando. Se puede constatar que, donde existe la práctica de la dirección espiritual, se da una renovación personal y comunitaria, surgen vocaciones, crece el espíritu apostólico.

5. El sacerdote, alegre testigo de la propia vocación

La misión cristiana está dirigida a todos y nadie queda excluido. “Un buen pastor, un pastor según el corazón de Dios, es el mayor tesoro que Nuestro Señor puede conceder a una parroquia y uno de los más preciados dones de la misericordia divina”. En la enseñanza y en las diversas ocasiones del encuentro del Papa Francisco con los sacerdotes se repite que el mundo necesita testigos, especialmente testigos gozosos de Cristo.

¿Cómo es el secreto para estar contentos de la vocación sacerdotal? Cuatro palabras: oración, para encontrar y conocer cada día más a Jesús, alimentando el fuego recibido; formación, para dar razón de la esperanza que hay en nosotros y tratar de cumplir bien; comunidad, porque Jesús envió a los apóstoles de dos en dos y “eligió a doce a quienes dio el nombre de apóstoles”; misión, para llevar el Evangelio a donde vive la gente: escuelas, calles, playas, centros comerciales, discotecas, cárceles, hospitales, etc., doquiera haya hermanos y hermanas que todavía no han encontrado el amor de Dios.

Además, recuérdese que la palabra *sacerdos* viene de las palabras *sacra dans*, que indican la persona que da lo *sacrum*, o bien, podemos entender que entrega algo que tiene que ver con lo Santo, la santidad. Todo lo demás lo puede dar el mundo. La santidad, la espiritualidad, es prerrogativa que no conoce sucedáneos y que el sacerdote nunca debe permitirse sustituir por otra cosa. Hay otra palabra que conviene recordar: *pontifex*, que significa artífice de un puente entre el momento presente y la eternidad, entre el cielo y la tierra. Hemos de recordar que el puente se construye para que otros puedan pasar por él. La mayor parte de las personas pisa el puente, y por una parte duele, pero por otra suscita alegría y felicidad. Esa es el misterio de la vida dada, de la vida no vivida ya para sí mismo, pero de pastor que señala al Pastor: en este sentido, la “caridad pastoral”.

Para ser alegre testigo un sacerdote tiene que empeñarse y motivarse seriamente en la vocación cada día de la vida. Nuestra vida debería llegar a ser un lugar santo para madurar naturalmente en la conciencia que no desarrollamos una profesión, aunque hermosa y útil, sino que vivimos con alegría un misterio de amor oblativo recibido de Dios y dado a Él y a sus y nuestros hermanos. Además, para ser felices testigos no hemos de engañarnos valorando la eficacia de la gracia de Dios mirando solo las estadísticas de la práctica religiosa, sino avanzando con mayor profundidad, para madurar una mirada auténticamente espiritual, que sabe leer las vivencias y la historia con la óptica del Crucificado

Resucitado. La verdadera conversión del corazón y el cambio de actitud sacerdotal son capaces de rehacer la alegría de ser los sacerdotes alegres de Cristo Jesús, llamados a una altísima y única responsabilidad.

FINAL

Termino, a propósito de esta responsabilidad, con una sencilla historieta. Tras la Ascensión de Cristo al cielo a la derecha del Padre, se cuenta que, algunos ángeles fueron a ver al Señor, preocupados por el problema del futuro reino de Dios en la tierra.

- He dejado en la tierra a mis discípulos, dijo el Hijo de Dios.

Pero los ángeles, viendo lo débiles y pocos que eran esos discípulos, no querían pensar en ese riesgo y con insistencia dijeron: “Señor, ¿realmente no tienes un plan mejor?”

- No, otro plan no existe y nunca existirá, respondió Jesús.

Quiero desear, pues, a todos nosotros, Pastores en y para nuestra Iglesia, llamados a caminar bajo la mirada maternal de María y siguiendo la guía profética de Pedro hoy, el Papa Francisco, que descubramos la belleza de nuestra responsabilidad, que reside en el plan de Jesús, y la valentía de avanzar cumpliendo lo mejor posible nuestros deberes de pastores, llamados a llamar. Recordando que lo importante no es cuántos seremos, sino si somos ya lo que sabemos que debemos ser.

Gracias por la paciencia en haberme escuchado y por la atención.

CUIDADO Y SELECCIÓN DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES

+ *Gualtiero Sigismondi, Obispo dei Foligno*

INTRODUCCION

Toda reforma verdadera en la Iglesia comienza en su interior, por los presbíteros y los consagrados, por lo tanto, pasa a través de los seminarios. Hasta qué punto es esto cierto lo ha subrayado Hubert Jedin en un artículo publicado en 1963 en *Seminarium*, titulado *La importancia del decreto tridentino sobre los seminarios en la vida de la Iglesia*. El gran historiador del Concilio de Trento observa que «la crisis del cisma ha sido en última instancia, la crisis de la formación sacerdotal». En su opinión, con el decreto *Cum adolescentium aetas* - aprobado por unanimidad en la Sesión XXIII, 15 de Julio, 1563 - que imponía a cada diócesis la apertura de un seminario para el cuidado de las vocaciones al sacerdocio ordenado, la Iglesia ha llevado a cabo un largo camino durante el cual ha tenido que actualizar varias veces el modelo de formación del clero y acomodarlo a las exigencias de los contextos en continuo cambio. Sin hacer la historia de los documentos magisteriales que, a partir del decreto conciliar *Optatum totius*, ofrecen el horizonte normativo de las propuestas y las dinámicas de aprendizaje del seminario, es conveniente fijar la atención en los nodos, y las rótulas de que, en las circunstancias actuales, interpelan una institución, tan venerable como digna de veneración, necesitada de una renovación profunda y, sobre todo, un discernimiento más riguroso en la selección de los formadores.

LA «SOLIDEZ» DE LOS FORMADORES

«La calidad del Presbiterio de una Iglesia particular depende en buena parte de la del seminario, y, por esta razón, de la calidad de los responsables de la formación». De esta observación – sugerida por Benedicto XVI, el 19 agosto 2005 en Colonia, en el discurso dirigido a los seminaristas con motivo de la XX Jornada Mundial de la Juventud – se evidencia que una falta de inversión suficiente, aunque sea numéricamente, en la selección e incorporación de educadores para un seminario constituye una seria amenaza para la vida de la Iglesia. Entre las primeras tareas del obispo está la responsabilidad de poner a disposición del seminario sacerdotes capaces de un discernimiento cauteloso y exigente, comprometidos a tiempo pleno para llevar a cabo la obra de arte del acompañamiento, que consiste, como afirma el Papa Francisco en el n.º 169 de la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, en el «quitarse las sandalias, porque estás en la tierra sagrada del otro» (Ex 3,5) para proteger y hacer crecer las vocaciones, que «son un diamante en bruto para trabajar con cuidado, para hacerlos brillar en medio del pueblo de Dios». En el arte del acompañamiento, que no tolera ni el paternalismo ni la permisividad, se trata de un trabajo artesanal, sinodal, que es fruto de la habilidad, la paciencia, la transparencia, así como de una gran confianza en la obra de gracia: única autoridad permitida es la del testimonio y el único enfoque posible es caminar al lado (junto a).

El primer síntoma del declive de un seminario se produce con el debilitamiento del equipo docente, pero la campana de alarma suena cuando el director espiritual es obligado a ir de un lado a otro, porque está cargado de tareas pastorales. Sus apariciones, más o menos frecuentes, no le permiten comprobar con sus propios ojos que cuanto le confían sea también dicho desde la sinceridad del corazón; de tal manera, ellos pueden limitarse a tener alguna intervención de “auxilio urgente” sin incidir de modo decisivo en la vida de cada uno y de la comunidad. El “paliativo” o el “sedante” de director espiritual “part-time” proporciona a los seminaristas la coartada para buscar fuera de la comunidad educativas modelos de referencia, los cuales a menudo actúan como tutores, a veces también de confesores. Se bien el director espiritual no se identifica con el confesor ordinario, sin

embargo, su presencia estable ofrece a los seminaristas la posibilidad de disponerse a abrir el alma, cosa más delicada que la misma acusación de los pecados. Por tanto, la *stabilitas* que connota la figura del director espiritual no puede ser delegada al rector ni sustituida por los otros educadores – reclutados con cuidado entre los sacerdotes jóvenes, a menudo acreditados, además de formadores, como animadores–, los cuales soportan el peso y la fatiga de esta carga «involucrándose sin dejarse llevar», o sea, sin perder el «carácter asimétrico» de una relación educativa, que no puede renunciar a conjugar libertad y disciplina, porque la libertad responsable, iluminada por la fe, es la mejor defensa de la misma disciplina.

La escasez crónica de formadores, que, ni siquiera en las diócesis más grandes sobra, propone como oportuna y cada vez más actual la erección de seminarios regionales o Inter-diocesanos – como sucedió al comienzo del novecientos en diversas regiones del Centro y Sur de Italia– que son «piedra de toque» del camino sinodal de las Iglesias particulares de una misma región metropolitana o eclesiástica. La experiencia enseña que no basta unificar las fuerzas en los institutos teológicos de las diócesis más cercanas, no, sobre todo porque esta solución somete a los seminaristas a andar de un lado para otro, como viajeros, pero además los tienen el riesgo de quitar tiempo a la oración y al estudio. La dimensión diocesana aparece irrenunciable para los seminarios menores, cuyo desmantelamiento o supresión – allí donde ha ocurrido – han provocado un duro golpe a la «cadena» de la pastoral vocacional y han dejado un vacío educativo sólo en parte paliado por la apertura tanto de diversas comunidades vocacionales de adolescentes – grupos, quizás, a la sombra de las torres de la parroquia –, como de comunidades propedéuticas, reservadas a aquellos que se orientan a entrar al Seminario, después de haber conseguido una licenciatura civil o, cada vez con más frecuencia, después de algunos años de trabajo..

LA «PUERTA ESTRECHA» DEL PERIODO PROPEDÉUTICO

Después de un largo período de ajuste que desgraciadamente ha conocido la baja estación de los «saldos», el itinerario propedéutico – pergeñado en el documento informativo de la Congregación para la Educación Católica, titulado *La Etapa propedéutica*, que lleva fecha del 1 de mayo de 1998 - se ha configurado como un tiempo dirigido no tanto a llenar los vacíos en la cultura humanística de base, cómo a iniciar una fuerte experiencia de seguimiento de Cristo, sin confundir conversión a la vida cristiana con vocación al sacerdocio. Entre una y otra no hay, de hecho, una relación causa-efecto: la conversión se dirige al redescubrimiento de la consagración bautismal y no al descubrimiento de lo que *lex orandi* llama semillas de vocación que Dios siembra a manos llenas en el campo de la Iglesia. La conversión opera una «renovación del modo de pensar, para poder discernir la voluntad de Dios» (cf. Rm 12,2): prepara un terreno humano idóneo para adentrarse en el espacio abierto a la escucha de las Escrituras; inaugura la confrontación con la pregunta hecha por Jesús a los dos discípulos de Juan el Bautista: «¿Qué buscáis?» (Jn 1,38).

El periodo propedéutico se puede comparar a una «puerta estrecha» que hay que cruzar no para ruptura sino para maduración. Esto no es asimilable a una «zona franca» que pasar a toda prisa, sino a una zona de tráfico limitado a recorrer a «pie descalzo», no sólo para «entrar en los entresijos y en las heridas de lo vivido», sino también para conectar con las virtudes teologales, las cardinales, así como para poner equilibrio entre corazón y mente, razón y sentimiento, cuerpo y espíritu. El período propedéutico tiene la función de hacer madurar la conciencia de que la elección vocacional no puede darse si no es dentro de un auténtico crecimiento en la fe, dejando emerger tanto la pregunta que ha dado inicio al camino de conversión de Saulo: «¿Quién eres, Señor?» (Hch 22,8), como la cuestión, subordinada a la primera, que ha marcado el punto de partida de su vocación misionera: «¿qué debo hacer, Señor» (Hechos 22:10)? La experiencia vivida por Saulo - guiado hasta Damasco por sus

compañeros y visitado después por Ananías (Hechos 22.11 a 16) - enseña que todo camino vocacional es un diálogo entre Dios y el hombre, moderado por el discernimiento de la Iglesia.

Este momento inicial del discernimiento, “en el que se vive – escribía Benedicto XVI, el 18 de octubre de 2010, en su *Carta a los seminaristas* – la belleza de la llamada en la fase que se podría definir de enamoramiento”, es ciertamente el más favorable para reservar un espacio adecuado a las ciencias psicopedagógicas, teniendo en cuenta la “diferencia sustancial y no sólo de grado” entre las dos instancia, necesarias entre sí, del foro interno: el camino de la dirección espiritual y el recorrido psicológico. Si por un lado no es comprensible un rechazo por prejuicios de la contribución ofrecida por la psicología, por otro no es aceptable una apertura de cheque en blanco. La exigencia de encontrar un punto de equilibrio entre estos dos polos opuestos se ha hecho más fuerte por el sensible aumento de aspirantes al presbiterado que, como señala el Papa Francisco en el n° 203 de la exhortación apostólica *Amoris laetitia*, «llevan en su vida la experiencia de la propia familia herida, con ausencia de padres y con inestabilidad emotiva». Provieniendo de contestos familiares frágiles – fenómeno que contribuye a prolongar la adolescencia y a debilitar la identidad afectiva – estos tienen necesidad de una pedagogía que les permita verificar, sin escrúpulos ni ligereza, la libertad de no dejarse dominar por los propios límites, la rectitud de intención y la consistencia de las motivaciones que subyacen en la primera intuición de seguir a Jesús. el sensible aumento de familias heridas, en un contexto social ya de por sí devenido «líquido», hace que cada vez con mayor frecuencia pidan entrar en el seminario muchachos con una identidad sexual no claramente definida. La Congregación para la Educación Católica en La *Instrucción*, del 4 de noviembre de 2005, recuerda sin eufemismos que «la Iglesia no puede admitir al seminario ni a las Órdenes sagradas a quienes practican la homosexualidad, presentan tendencias homosexuales profundamente arraigadas o defienden la llamada *cultura gay*».

«No se pueden llenar los seminarios – advierte el Papa Francisco en el n° 107 de la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* – con la base de cualquier tipo de motivaciones, tanto menos si éstas están ligadas a inseguridad afectiva, a búsqueda de formas de poder, gloria humana o bienestar económico». Se trata de un tema que está muy en el corazón del Santo Padre, el cual ha intervenido muchas veces llamando la atención de los obispos sobre la necesidad de garantizar una alta definición de los criterios de cuidado y selección de las vocaciones sacerdotales. «Nosotros obispos – lamenta el Papa Francisco en el discurso tenido, el 3 de octubre de 2014, en la Plenaria de la Congregación para el Clero – tenemos la tentación de admitir sin discernimiento a los jóvenes que se presentan. Esto es un mal para la Iglesia. Es necesario estudiar bien el recorrido de una vocación: examinar bien si es del Señor, si es un hombre sano, si es equilibrado, si es capaz de dar vida, de evangelizar, de formar una familia y renunciar a esta para seguir a Jesús. Hoy tenemos muchos problemas, en muchas diócesis, por los errores de algunos obispos al admitir a cualquiera que venía a veces expulsado de otros seminarios o de casas religiosas. Debemos pensar en el bien del pueblo de Dios». Ésta es la *suprema lex*, la *salus animarum*, que se inspira en una *Instrucción* de la Congregación para la Educación Católica, del 8 de marzo de 1996, cuyas disposiciones están vigentes y de gran actualidad para evitar al pueblo de Dios daños irreparables, a menudo dejados como herencia por pastores inclinados a la acogida más allá de lo razonable y lícito.

Impresiona la intervención «fuera de programa» hecha por el Papa Francisco en el Consistorio Ordinario celebrado los días 12-13 febrero de 2015. Poniendo en evidencia como a menudo algunos obispos, «poco conscientes y vigilantes», reciben alumnos que han sido expulsados de otros seminarios o institutos religiosos, el Santo Padre ha subrayado que se trata de una postura de irresponsabilidad afirmando textualmente: «Por favor, ayudad a dar fin a esta tendencia y a evitar meter lobos rapaces en vuestra grey». Se trata de palabras muy claras y fuertes que no dejan lugar a interpretaciones y no permiten margen alguno de maniobra a excepciones. A este respecto, puede ser útil recordar, a modo

de ejemplo, el Decreto General sobre la admisión al Seminario de candidatos de otros seminarios o familias religiosas - aprobado por la XLV Asamblea General de la CEI y promulgada 27 de marzo de 1999 – en el cual se determina que «no pueden ser tomadas en consideración las peticiones de admisión de aquellos que, después de los dieciocho años de edad, han dejado por segunda vez el seminario o instituto, o han sido expulsados del mismo».

EL «TIEMPO FUERTE» DEL SEMINARIO MAYOR

La admisión en el seminario no abre un «tiempo suplementario» en el camino propedéutico, sino que inaugura un «tiempo fuerte» de silencio interior, de oración constante, de estudio asiduo y de «prudente instrumento en las acciones y estructuras pastorales de la Iglesia». El seminario, por lo tanto, más que un “espacio” es un “tiempo”. “El espacio – escribe el Papa Francisco en el n° 57 de la encíclica *Lumen fidei* – cristaliza los procesos, el tiempo proyecta a su vez hacia el futuro y anima a caminar con esperanza”. Y aún más, el seminario mayor, colocado entre el yunque del calendario académico y el martillo de las experiencias pastorales, está cada vez más expuesto al riesgo de “fragmentar el tiempo transformándolo en espacio”. Las actividades pastorales que emprenden los seminaristas cada fin de semana y que se prolongan en la subsiguiente implicación emotiva, difuminan el “tiempo fuerte” del seminario, reduciéndolo a un internado, que no encuentra modo de favorecer el crecimiento y el desarrollo de las actitudes interiores propias de la vida comunitaria: la acogida recíproca, la disponibilidad a la comparación con otros, la espontaneidad y la gratuidad en el poner gestos de servicio, la sinceridad y la libertad en las amistades, la atención a las pequeñas cosas y a la gestión del tiempo.

Toda semilla de vocación madura en el campo de la vida comunitaria, labrado mediante la corrección fraterna, que forma para “soportarse en la vivencia del amor” (cf. *Ef* 4,2), “perdonarse los uno a los otros” (cf. *Col* 3,13) y “competir en el amarse uno al otro” (cf. *Rm* 12,10). “La formación tiene su *humus* en la comunidad y en la vida cotidiana”. En el proyecto formativo de un seminario no hay, en efecto, prueba más selectiva que la vida en común, en cuanto a una insuficiente capacidad relacional – dependencia exclusiva, desconfianza obsesiva, complicidad posesiva – y una carente pasión apostólica constituyen una seria contraindicación vocacional. La preparación al rito de admisión entre los candidatos al diaconado y al presbiterado es el momento oportuno para realizar un corte neto de las ramas que traen fruto, las que no hacen pasar la savia de la vida fraterna, sino que se dejan distraer por la “mundanidad virtual, que se nos pone delante con la facilidad de dar un simple *click*”. Es oportuno preguntarse, con el solo fin de suscitar una reflexión y un debate, si no habrá llegado el momento de introducir, tras el bienio filosófico, un periodo de reposo para pensarse fuera del seminario, aunque siempre dentro de una experiencia comunitaria, una experiencia de tipo caritativo o de *missio ad gentes*.

La disciplina de la vida fraterna educa a establecer vínculos de sincera amistad, la que alegra la casa de Betania, y a mantener una constante tensión armónica entre soledad y comunión, orientando a los seminaristas ya a tomar conciencia del hecho de que “el sacerdocio ministerial es vocación a la pertenencia al Presbiterio unido entorno al obispo”, y a reconocer en el celibato “no tanto un don funcional al ministerio, cuanto una especial conformación al estilo de vida del mismo Cristo”. Para discernir si un seminarista está pronto – ¡no es suficiente que esté dispuesto! – a vivir el celibato, necesitamos verificar si es capaz de vigilar sus propias fragilidades y de testimoniar, con madures, alegría y dedicación, que el Señor basta para caldear su corazón. Si es verdad que el corazón late allí donde se encuentra su tesoro (cf. *Mt* 6,21), es igualmente verdadero que el corazón sigue a los ojos (cf. *Gb* 31,7); y porque la lámpara del cuerpo es el ojo” (*Mt* 6,22). La contaminación del corazón e incluso de la mente depende de la mirada, así como su sanación está ligada a su luminosidad. ¿Hacia dónde se dirige el corazón? Esta es la pregunta de fondo que articula el “tiempo fuerte” del seminario, una

estación cargada de promesas en el que se aprende el arte de tener "fijos los ojos en Jesús" (Hb 12,2), cultivando la praxis de la *lectio divina* y la práctica de la adoración eucarística. Como la escucha orante de la Palabra, rumiada en el silencio, ayuda a hacer la transición del texto bíblico a la vida, reduciendo la brecha entre espiritualidad y vida cotidiana, así el "asombro eucarístico" madura la creencia de que "el cuidado de la vida interior es la primera actividad pastoral, la más importante".

La prueba de fuego del proyecto educativo de un seminario es la intensidad de la vida de oración, cultivada en el espíritu de la liturgia, la cual como no tolera la nostalgia de ciertas formas transitorias que en vano apelan a la tradición, del mismo modo no soporta el descuido del que es prueba evidente un no siempre adecuado discernimiento de las cualidades de las composiciones musicales utilizadas en las celebraciones, en las que parece haberse perdido el sentido del valor del patrimonio de la música sacra o la universalidad característica del canto gregoriano. Reducir las tensiones sobre la pertenencia de los seminaristas a varias asociaciones católicas y/o a diversos grupos y movimientos eclesiales, las cuales parecen tener una significación menor ahora respecto a un pasado no muy remoto, los educadores se encuentran con tener que afrontar la delicada tarea de apagar los brotes de contraste entre ideologías tradicionalistas y 'progresistas' que cada vez más encuentran en el seminario un espacio de incubación que condiciona, entre otros, la búsqueda de armonía entre doctrina y pastoral.

La lección de la historia enseña que la doctrina no se puede desconectar de la pastoral: no se trata de adecuar la doctrina a la pastoral, sino de no arrebatar a la doctrina el sello pastoral originario y constitutivo. Los primeros síntomas de la desconexión entre pastoral e doctrina si advierten ya en el seminario, cuando no se sabe hacer la conexión entre oración y estudio, que necesitan, entrambos, de silencio, de escucha y de atención. Si la inquietud de la mente no deja entrar en fibrilación el corazón es inexorable caer en la dicotomía que divide la esfera racional y el mundo afectivo; en esto son mayormente hostigados los seminaristas más "brillantes", inclinados a olvidar, por un lado, que el camino seminarístico no coincide con el *currículo* de los estudios teológicos y, por otro, que la ordenación sacerdotal manifiesta "la audacia de Dios" en descubrir dentro del corazón de una creatura humana la imagen de Cristo, "sumo y eterno Sacerdote", sin garantizar que será mejor que los otros y mucho menos impedir que pueda ceder o caer.

EL «ESCRUTINIO» DEL VI AÑO

Si es verdad que la vida concreta en el ministerio con sus pruebas, sus fatigas, sus alegrías constituye el cumplimiento permanente del proceso formativo básico, es asimismo verdadero que la incertidumbre de la formación inicial muestra la fragilidad de la respuesta vocacional". Es difícil leer y comprender ciertos estilos de la vida de los presbíteros sin rememorar los años de la formación inicial, a la calidad del proceso de las propuestas educativas, a los criterios de admisión en el seminario y de evaluación acerca de la idoneidad de la estructura humana y psicológica de los candidatos al diaconato y al presbiterado. La necesaria continuidad entre la fase inicial y la permanente de la formación de los presbíteros sugiere que hay que prestar mayor atención al VI año, erróneamente concebido como una especie de "puesta en marcha" en la que el seminarista sale de la "cantera" del seminario mayor y cae en las "aguas" de la vida pastoral. Se trata de una etapa en cierto modo semejante a la de la creación de un casco, que tiene por fin el de crear la circularidad entre teoría y praxis, entre fe creída y fe vivida, que están recíprocamente unidas. Desgraciadamente, el frenesí del "cuidado de la urgencia por la urgencia del cuidado" hace poco incisivo el VI año, reducido a un atajo que da acceso inmediato a la vida pastoral, o, al contrario, a cursos de especialización. Así como la salida del seminario a la parroquia provoca cada vez con más frecuencia graves tensiones y dudas, es necesario preguntarse qué significa, en las actuales circunstancias, lo que Pablo recomienda a Timoteo: "No tengas prisa en imponer las manos a alguien, para no hacerte cómplice de los pecados de otros" (*ITm* 5,23).

Aun siendo una praxis consolidada conferir la ordenación diaconal al inicio del VI año, sin embargo, es oportuno preguntarse si sería bueno esperarse hasta el final del mismo. Se trata, en efecto, de una experiencia que tiene la función de verificar la actitud no sólo para la caridad sino también para el estilo sinodal y, superado, falta vislumbrar si los candidatos al diaconado y al presbiterado han realizado no sólo un generoso desprendimiento de cosas y afectos, sino también una concreta renuncia a sí mismo, sin la cual con el paso de los tiempos podemos correr el riesgo de “volver atrás”(cf. *Lc* 9,57-62) y pretender recibir incluso los “intereses” de cuanto presumen haber dejado, presentando la cuenta – ¡saldo! – de la melancolía o incluso de la tristeza. El VI año representa, por tanto, un paso delicado que permite verificar si se está aprendiendo a no guardar para sí la propia vida (cf. *Mt* 10,39), vivir la obediencia “sin sombra de ficción”, o sea sin “caricaturas”, quizás esbozadas ya en los años de seminario:

- obediencia *simulada*, se dice *sí*, pero se entiende *no*;
- obediencia *ostentosa*, se dice *sí* para ser admirados;
- obediencia *resentida*, se dice *sí* con la boca chica, denigrándole;
- obediencia *tarifada*, si dice *sí* poniendo el veto del ‘*pero*’ o del ‘*excepto*’;
- obediencia *resignada*, se dice *sí* por inercia;
- obediencia pactada, se dice *sí por tiempo determinado*;
- obediencia *medida*, se dice *sí* sin entonar el *Magnificat*.

Invertir sin darse es un estado en el que se encuentran los que, en los años de seminario, aprietan los dientes sin abrir el corazón, se pasan la vida dejándose llevar de la costumbre, entre hipocresía y superficialidad. Se trata de trastornos sutiles que, si se convierten en crónicos, causan algunas patologías diagnosticadas por el cardenal Juan Bautista Montini en la carta dirigida a los sacerdotes ambrosianos en la Semana santa de 1959: “El cálculo del mínimo esfuerzo, el arte de evitar el aburrimiento, el sueño de una soledad dulce y tranquila, la excusa de la propia timidez, la incapacidad sostenida por la pereza, la defensa de lo necesario y nada más, los horarios protectores de la propia comodidad y no la de los otros”.

La formación de los presbíteros, teniendo como perspectiva final al pueblo de Dios, está orientada a hacer crecer auténticos “hombres eclesiales”, dignidad que es típica de quienes “ven en el propio ministerio sólo el cumplimiento de la voluntad de Dios y el servicio desinteresado a la Iglesia”. “El testimonio de un sacerdocio bien vivido -recomendaba Benedicto XVI a los ministros ordenados, a las personas de vida consagrada y a los seminaristas, reunidos en Aparecida el 12 de mayo de 2007, con ocasión de la V Conferencia General del ‘Episcopado Latinoamericano y del Caribe – ennoblece a la Iglesia, suscita admiración en los fieles, es fuente de bendición para la comunidad, es la mejor promoción vocacional”. El nacimiento de la vocación es, pues, el primer fruto de un presbiterio en el cual los presbíteros viven en comunión entre sí, pero también en una Iglesia comprometida hasta el fondo en la nueva evangelización. No nos podemos engañar formando “verdaderos presbíteros” – “incansables en el don de sí, vigilantes en la plegaria, alegres y acogedores en el servicio a la comunidad” – si no se tiene cuidado en hacer crecer los “hombres íntegros”. Esta aguda observación, que el seminarista Primo Mazzolari anota en su *Diario*, anticipa la confianza que él mismo, siendo Párroco de Bozzolo, hará a un joven sacerdote que le confía sus dificultades espirituales y pastorales: “Tú miras la tierra en otoño, cuando apenas ha sido sembrada y donde nada germina por el momento; yo en cambio la miro en febrero, cuando los campos comienzan vestirse de verde y anuncian el perfume de la primavera”.

CONCLUSIÓN

El individualismo que existe entre los sacerdotes exige meter mano en la reforma de la institución del seminario, que tiene necesidad de ir acompañada – ciertamente no sustituida – por otras experiencias formativas que tengan en cuenta, con el necesario realismo, las mudables condiciones en las que se encuentra al actuar. La solución de complementar en el seminario al menos en algunos periodos con comunidades más pequeñas, confiadas por el obispo a presbíteros de probada experiencia, es una frontera a explorar que pide responder a diversas preguntas-. ¿Qué recorridos ofrecer a los candidatos al sacerdocio que, en virtud de las edades y las experiencias vividas, no pueden seguir un itinerario formativo experimentado en el seminarista (joven) *teenager*? ¿Cómo guiar a los jóvenes hasta hace poco no cercanos (o convertidos) a la fe a reflexionar sobre una eventual llamada a la vida sacerdotal o consagrada? ¿Cómo discernir en eventuales aspirantes seminaristas perfiles problemáticos ligados a la fuga por fracasos afectivos o profesionales, e incluso al deseo de encontrar estabilidad económica y valorarles tras períodos difíciles? ¿Cómo descubrir antes de la admisión a las Órdenes sagradas, un razonable tiempo de reflexión que permita verificar la idoneidad para seguir el camino iniciado, para que el Señor lo lleve a cumplimiento? ¿Cómo garantizar una prudente inserción en la vida pastoral que permita al pueblo cristiano contribuir al juicio de idoneidad del que el obispo tiene absoluta necesidad para proceder a la ordenación? ¿Cómo promover la presencia de las familias en la formación sacerdotal para ofrecer a los seminaristas la posibilidad de apreciar la variedad y complementariedad de las diversas vocaciones? ¿Puede ser útil comenzar a dialogar con estos interrogantes para suscitar la búsqueda de una respuesta o, al menos, de una orientación compartida!

VISITA AL SANTO PADRE FRANCISCO
Viernes, 21 de octubre

SALUDO DE SU EMINENCIA EL CARDENAL BENIAMINO STELLA,
PREFECTO DE LA CONGREGACIÓN PARA EL CLERO
A SU SANTIDAD PAPA FRANCISCO

Santo Padre,

Con un gran sentimiento de alegría y gratitud deseo dirigirle un cordial saludo de parte de los Superiores y Oficiales de la Congregación del Clero, también de los participantes en el Congreso “*Miserando atque eligendo*”, que estamos celebrando durante estos días.

Conscientes de lo urgente que es, sobre todo en nuestra época, una renovación del anuncio del Evangelio, hemos querido llevar adelante esta iniciativa, ayudados por ilustres personas que nos acogen y Ponentes, para tener una reflexión común sobre las temáticas que están orientadas a la pastoral vocacional.

El fin del Congreso, si bien por una parte es el de hacer una relectura de la larga historia del cuidado pastoral vocacional, a través de la riqueza del Magisterio eclesial, la profundización bíblico-teológica y el compartir las experiencias pastorales, por otra, acuciados por las palabras de vuestra Santidad, que nos exhorta a una «conversión pastoral» en registro misionero, queremos ayudar a los presbíteros y laicos a ser «*audaces y creativos en este deseo de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades*» (Evangelii gaudium, 33), así como encontrar nuevos caminos para la promoción vocacional.

Nos hemos dejado inspirar sobremanera por Vuestra Santidad – “*Miserando atque eligendo*” – reconociendo que nuestro discipulado y nuestro ministerio se fundamentan en aquella mirada misericordiosa que, un día, se posó sobre nosotros. Ahora nuestra tarea es compartir la alegría de este encuentro con los hermanos, sobre todo con los más jóvenes. En esta perspectiva, la próxima Asamblea General Ordinaria del Sinodo dei los Obispos estará dedicada al tema «*Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*», así como a reflexionar sobre cómo acompañar a la juventud al encuentro con Dios, para que « *puedan descubrir su proyecto de vida y realizarlo con alegría*».

Se trata de una misión importante, que exige, sobre todo de los sacerdotes, una doble actitud: deben ejercitar el *arte del acompañamiento* personal, caminando con el ritmo de la proximidad y aprendiendo a escuchar y a dialogar, siguiendo de cerca la vida de los jóvenes tal vez despertando en ellos también la posibilidad de seguir al Señor en el camino del sacerdocio ordenado o de la especial consagración;

al mismo tiempo, ellos están llamados a un *serio y atento discernimiento*, a l servicio de la vida de aquellos que le son confiados y de la «mejor selección de candidatos» (Cfr. EG, n. 107) al presbiterado lo cual nos recuerda muchas veces Su Santidad.

Santo Padre, cuando el Congreso llegue a su final, todos nosotros volveremos a nuestra misión cotidiana con el único deseo de continuar construyendo comunidad cristiane capaces de «fervor apostólico contagioso», convencidos de que “«*Donde hay vida, fervor, deseo de llevar a Cristo a los otros surgen vocaciones genuinas*” (Evangelii gaudium, n. 107). y, en esta tarea somos animados y sostenidos por su palabra y su ejemplo: Le aseguramos nuestra oración por su servicio a la Iglesia y le agradecemos cuanto ahora va a decirnos.

**DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO
A LOS PARTICIPANTES EN EL
CONGRESO INTERNACIONAL DE PASTORAL VOCACIONAL,
PROMOVIDO POR LA CONGREGACIÓN PARA EL CLERO.**

*Señores Cardenales,
Queridos hermanos Obispos y Sacerdotes,
Hermanos y hermanas,*

Les recibo con alegría al final de este Congreso, organizado por la Congregación para el Clero, y agradezco al Cardenal Beniamino Stella por las corteses palabras que me ha dirigido en nombre de todos.

Les confieso que siempre me da un poco de miedo utilizar algunas expresiones comunes de nuestro lenguaje eclesial: “pastoral vocacional” podría hacer pensar en uno de tantos sectores de la actividad de la Iglesia, en una oficina de curia o, acaso, en la elaboración de un proyecto. No digo que esto no sea importante, pero es mucho más: ¡La pastoral vocacional es un encuentro con el Señor! Cuando acogemos a Cristo vivimos un encuentro decisivo, que ilumina nuestra existencia, nos saca de la angustia de nuestro pequeño mundo y hace de nosotros discípulos enamorados del Maestro.

No por casualidad han elegido como título de este Congreso “*Miserando atque eligendo*”, tomado de las palabras de San Beda el Venerable (cfr *Om.* 21: CCL 122,149; *Liturgia Horarum*, 21 sept., Officium lectionis, lectio II). Ustedes saben – lo he dicho otras veces – que he elegido este lema recordando los años juveniles en los cuales sentí fuertemente la llamada del Señor. Esto no sucedió como consecuencia de una conferencia o por una bella teoría, sino por haber experimentado la mirada misericordiosa de Jesús sobre mí. Ha sido así, les digo la verdad. Es hermoso que hayan venido aquí, de muchas partes del mundo, a reflexionar sobre este tema, pero, por favor, ¡que no termine todo en un hermoso congreso! La pastoral vocacional implica aprender el estilo de Jesús, que pasa por los lugares de la vida cotidiana, se detiene sin prisa y, mirando a los hermanos con misericordia, los conduce al encuentro con Dios Padre.

Los evangelistas resaltan con frecuencia un aspecto de la misión de Jesús: Él sale por las calles y se pone en camino (cfr *Lc* 9, 51), “recorre ciudades y villas” (cfr *Lc* 9, 35) y va al encuentro de los sufrimientos y esperanzas del pueblo. Es el “Dios con nosotros”, que vive entre las casas de sus hijos y no teme mezclarse con las multitudes de nuestras ciudades, convirtiéndose en fermento de novedad allí donde la gente lucha por una vida distinta. También en el caso de la vocación de Mateo encontramos el mismo detalle: antes Jesús *sale* de nuevo a predicar, después *ve* a Levi sentado al banco de los impuestos y, finalmente, lo *llama* (cfr *Lc* 5, 27). Podemos detenernos en estos tres verbos, que indican el mecanismo de toda pastoral vocacional: *salir, ver, llamar*.

Antes que nada: *salir*. La pastoral vocacional reclama una Iglesia en movimiento, capaz de rebasar los propios confines, midiéndoles no con la restricción de los cálculos humanos o con el temor de equivocarse, sino con la medida amplia del corazón misericordioso de Dios. No se puede hacer una siembra de vocaciones fructuosa si nos mantenemos cerrados en el «cómodo criterio pastoral del “siempre se ha hecho así”», sin «ser audaces y creativos en este deber de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 33). Debemos aprender a *salir* de nuestra rigidez que nos hace incapaces de comunicar la alegría del Evangelio, de las fórmulas estandarizadas que con frecuencia son anacrónicas, de los análisis preconcebidos que encasillan la vida de las personas en esquemas fríos. Salir de todo esto.

Lo pido sobre todo a los pastores de la Iglesia, a los Obispos y a los Sacerdotes: ustedes son los principales responsables de las vocaciones cristianas y sacerdotales, y este deber no se puede reducir a una oficina burocrática. También cada uno de ustedes ha vivido un encuentro que ha cambiado su vida, cuando otro sacerdote – el párroco, el confesor, el director espiritual – les ha hecho experimentar la belleza del amor de Dios. Y así también ustedes: saliendo, escuchando a los jóvenes - ¡se necesita paciencia! -, pueden ayudarles a discernir los movimientos de su corazón y a orientar sus pasos. Es triste que un sacerdote viva sólo para sí mismo, encerrándose en la fortaleza segura de la casa parroquial, de la sacristía o del grupo selecto de “los fidelísimos”. Al contrario, hemos sido llamados a ser pastores en medio del pueblo, capaces de animar una pastoral del encuentro y de dedicar tiempo a la acogida y a la escucha de todos, especialmente de los jóvenes.

Segundo: *ver. Salir, ver*. Cuando pasa por el camino, Jesús se detiene y concentra la mirada en el otro, sin prisa. Y esto hace atrayente y fascinante su llamada. Hoy, desafortunadamente, la prisa y la velocidad de los estímulos a los que somos sometidos no siempre dejan espacio a ese silencio interior en el que resuena la llamada del Señor. A veces, se puede correr este riesgo también en nuestras comunidades: pastores y agentes pastorales atenazados por la prisa, excesivamente preocupados de las cosas que deben hacer, que corren el riesgo de caer en un activismo organizativo vacío, sin que puedan detenerse para encontrar a las personas. El Evangelio, al contrario, nos hace ver que la vocación inicia por una mirada de misericordia que se ha posado sobre mí. Se trata de ese término: “*miserando*”, que expresa al mismo tiempo el abrazo de los ojos y del corazón. Es así como Jesús ha mirado a Mateo. Finalmente, este “publicano” no ha percibido sobre sí una mirada de desprecio o de juicio, sino que se ha sentido mirado por dentro con amor. Jesús ha desafiado los prejuicios y las etiquetas de la gente; ha creado un espacio abierto, en el que Mateo ha podido revisar su propia vida e iniciar un nuevo camino.

Así me gusta pensar en el estilo de la pastoral vocacional. Y, permítanme, del mismo modo imagino la mirada de cada pastor: atento, no precipitado, capaz de detenerse y leer en profundidad, de entrar en la vida del otro sin jamás hacerlo sentir ni amenazado ni juzgado. Es una mirada, propia del pastor, capaz de suscitar estupor por el Evangelio, de despertar del entumecimiento en el cual la cultura del consumismo y de la superficialidad nos sumerge y de suscitar preguntas auténticas que conducen a la felicidad, sobre todo entre los jóvenes. Es una mirada de discernimiento, que acompaña a las personas, sin posesionarse de su conciencia, ni pretender controlar la gracia de Dios. En fin, es una mirada atenta y vigilante y, por ello, un llamado continuo a purificarse. Y cuando se trata de las vocaciones sacerdotales y del ingreso al Seminario, les ruego que hagan un discernimiento en la verdad, que tengan una mirada perspicaz y precavida, libre de ligereza o superficialidad. Lo digo en particular a los hermanos Obispos: vigilancia y prudencia. La Iglesia y el mundo tienen necesidad de sacerdotes maduros y equilibrados, de pastores intrépidos y generosos, capaces de cercanía, escucha y misericordia.

Salir, ver y, tercera acción, *llamar*. Es el verbo típico de la vocación cristiana. Jesús no hace largos discursos, no ofrece un programa al cual adherirse, no hace proselitismo, ni ofrece respuestas prefabricadas. Dirigiéndose a Mateo, se limita a decir: “*¡Sígueme!*”. De este modo, suscita en él la fascinación de descubrir una nueva dirección, abriendo su vida hacia un “lugar” que va más allá del pequeño banco en el que estaba sentado. El deseo de Jesús consiste en poner a las personas en camino, sacarlos del sedentarismo letal, romper la ilusión de que se pueda vivir felizmente permaneciendo cómodamente sentado sobre las propias seguridades.

Este deseo de búsqueda, que con frecuencia se da entre los más jóvenes, es el tesoro que el Señor pone en nuestras manos para cuidarlo, cultivarlo y hacerlo germinar. Contemplamos a Jesús, que pasa por las riveras de la existencia, recogiendo el deseo de quien busca, la desilusión de una noche de pesca infructuosa, la sed ardiente de una mujer que va al pozo a buscar agua, o la urgente necesidad de

cambiar de vida. Así, también nosotros, en vez de reducir la fe a un libro de recetas o a un conjunto de normas para observar, podemos ayudar a los jóvenes a hacerse las preguntas justas, a ponerse en camino y a descubrir la alegría del Evangelio.

Sé bien que su tarea no es fácil y que a veces, no obstante, una entrega generosa, los resultados pueden ser escasos y estamos en riesgo de caer en la frustración y el desánimo. Pero si no cedemos a los lamentos y continuamos “saliendo” para anunciar el Evangelio, el Señor permanecerá a nuestro lado y nos dará el valor necesario para lanzar las redes, incluso estando cansados y desilusionados por no haber pescado nada

A los Obispos y a los Sacerdotes, sobre todo, quisiera decirles: perseveren haciéndose cercanos, en la proximidad - aquella *synkatabasis* del Padre y del Hijo con nosotros -; perseveren en el salir, en el sembrar la Palabra, con ojos de misericordia. A su acción pastoral, a su discernimiento y a su oración se confía la pastoral vocacional. Tengan cuidado de promoverla, adoptando los métodos posibles, ejercitando el arte del discernimiento y dando impulso, a través de la evangelización, a las vocaciones sacerdotales y a la vida consagrada. No tengan miedo de anunciar el Evangelio, de encontrar a los jóvenes y orientar su vida. Y no sean demasiado reservados al proponerles el camino de la vida sacerdotal, mostrando, sobre todo con su gozoso testimonio, que es hermoso seguir al Señor y entregar a él la vida para siempre. Y, como fundamento de esta obra, recuerden siempre encomendarse al Señor, implorando de Él nuevos operarios para su mies y sosteniendo las iniciativas de oración y apoyo a las vocaciones.

Confío que estos días – durante los cuales ha circulado tanta riqueza, también gracias a los conferencistas que han participado – puedan contribuir a recordar que la pastoral vocacional es un deber fundamental de la Iglesia e involucra el ministerio de los pastores y de los laicos. Se trata de una misión urgente que el Señor nos pide que realicemos con generosidad. Les aseguro mi oración; y ustedes, por favor, no se olviden de orar por mí. Gracias.

SÍNTESIS DEL TRABAJO DE LOS GRUPOS

Sobre la vocación. Toda vocación nace de la Trinidad y de la conciencia de haber sido creados y redimidos: todo cristiano ha recibido un llamado y es también responsable de la llamada vocacional de los demás. Es necesario promover una seria cultura de la vocación, es decir, “vocacionalizar” a los agentes de la pastoral, comenzando por los Obispos y los sacerdotes.

Pastoral vocacional. La pastoral vocacional no puede improvisarse, sino que debe ser pensada, orada y programada, sin caer en el esquematismo y en la mera aplicación de modelos abstractos. Se debe tener más cuidado en la preparación de itinerarios claros de “mistagogia vocacional” estructurados en etapas precisas y graduales.

La pastoral vocacional no puede ser una “isla” dentro de la pastoral de conjunto, sino que debe presentarse en conexión natural con las otras dimensiones de la misma, como la catequesis, la familia, los jóvenes, etc. En efecto, esta pastoral forma parte de un proyecto integrado de evangelización, y debe, además, ser “audaz” y no mediocre.

El crecimiento de una sensibilidad vocacional integral beneficiará también a las vocaciones al ministerio ordenado.

Una pastoral vocacional eficaz podría expresarse a través de un vínculo con Dios que se despliega en la experiencia, y mediante lenguajes capaces de crear red, como pueden ser el arte, el cine, la música, los medios de comunicación y el mundo de la cultura en general.

Vocación y familia. Existen dificultades en la transmisión de la fe, pues se ha roto la “cadena” intergeneracional que la difundía naturalmente; en algunos casos hay jóvenes que no tienen el trasfondo de una familia o que provienen de familias heridas. Sería deseable, en todo caso, encontrar algún referente familiar que ayude en el acompañamiento de los jóvenes.

Este acompañamiento incluye la educación para el silencio y la oración como lugares en los cuales encontrarse personalmente con Jesús.

Por otra parte, en los jóvenes se descubren con cierta frecuencia dificultades para tomar decisiones definitivas. Una “teología de la vocación” será de gran ayuda para todos los que se ven privados de referencias y de una visión integrada de la vida.

Es necesario garantizar que la vida espiritual sea profunda y viva en la comunidad cristiana.

Primer anuncio. El primer anuncio de la fe es ya, en sí mismo, pastoral vocacional, pero después la propuesta vocacional debe hacerse explícita con lenguajes y modalidades adaptados a la edad y a la cultura de los jóvenes. No se pueden repetir modelos estandarizados, sino prestar atención a las situaciones concretas.

Acompañantes vocacionales. Hay un problema acerca de los acompañantes vocacionales: los sacerdotes no tienen tiempo, y sin embargo sigue siendo necesario acompañar bien a los jóvenes y a los candidatos al sacerdocio para encaminarlos hacia el descubrimiento de su vocación personal. El acompañamiento debe ser personalizado. Para ello conviene animar y promover centros diocesanos para formarse en el acompañamiento vocacional.

A pesar de la escasez de acompañantes vocacionales, no se puede echar mano de cualquier persona para esta tarea delicada; los animadores vocacionales deben seleccionarse y formarse cuidadosamente, especialmente los que desarrollan su ministerio como formadores en el Seminario, sin descuidar a los laicos.

Los sacerdotes deben promover en los jóvenes la interpretación de su vida en clave vocacional, y favorecer en ellos la formación del espíritu del discípulo misionero. De modo particular, los presbíteros no pueden descuidar el ministerio de la dirección espiritual para ayudar a descubrir y a llevar a su madurez las semillas de la vocación. Otro instrumento que los sacerdotes tienen normalmente a su disposición para la promoción vocacional es la vida fraterna del presbiterio, que podría constituirse en un peculiar “polo de atracción”.

La actitud de *fondo*. Es necesario un acercamiento positivo, optimista, que no ceda a los miedos, ni se desaliente ante las dificultades materiales, sino que se fíe de Dios que sigue llamando.

El número reducido de las vocaciones no debe impresionar ni inducir a criterios de selección demasiado amplios; los candidatos deben ser seleccionados con confianza y con seriedad, incluso en función de su propio beneficio personal.

La alegría. El servicio ofrecido con alegría, en la pastoral vocacional ordinaria, la que todo cristiano puede realizar; en efecto, el testimonio personal se convierte en un desafío cuando las personas se encuentran.

Santa Sede. - Es fundamental que la vocación se enfoque como un tema transversal que abraza el trabajo de todos los Dicasterios, como acción propulsora y coral de la Iglesia.

CONGRESO INTERNACIONAL DE PASTORAL VOCACIONAL

Conclusiones del Prefecto

Eminencias, Excelencias, queridos Sacerdotes y queridos hermanos y hermanas, deseo expresarles mi gratitud, en nombre de la Congregación para el Clero, por su activa y alegre participación en este Congreso Internacional de Pastoral Vocacional, del que formaron parte, contribuyendo así a enriquecer diversos temas, en estos tres días de reflexión y profundización sobre el *cuidado* pastoral de las vocaciones.

Antes que nada, mi gratitud va dirigida al Santo Padre, que quiso recibirnos y saludarnos uno a uno, dándonos así, ante todo, un ejemplo significativo de cercanía y dirigiéndonos unas palabras de aliento, que ciertamente, una vez que hayamos regresado a nuestras respectivas Iglesias, podrán ser como una brújula que nos oriente. La pastoral vocacional -nos ha recordado esta mañana el Papa Francisco- no es uno entre otros sectores organizados de la acción eclesial, sino una vía para actualizar el estilo de Jesús, que salía a las calles para encontrar al pueblo, que sabía detenerse sin prisa para escrutar los corazones con ojos de misericordia, que llamaba a las personas para iniciar un camino nuevo, invitándoles a descubrir el amor de Dios.

En estos tres días hemos recibido un gran tesoro, y quisiera agradecer, sobre todo, a los ilustres Ponentes, que nos enriquecieron sobre temas que atañen a sus especialidades, mostrando las consecuencias pastorales, mediante un lenguaje fresco y cautivante, capaz de interrogarnos y provocarnos.

De este modo, el tema de la vocación -visto tanto desde el punto de vista sociológico y psicológico, como desde el bíblico-teológico- ha sido conectado con los interrogantes y las esperanzas que hoy vive la Iglesia y las inquietudes de los agentes de la Pastoral Vocacional. Esta mañana, el Santo Padre nos ha exhortado a trabajar de manera “*que no termine todo en un bello congreso*”; por ello, quisiera retomar algunas cuestiones, suscitadas en estos días, dado que pueden orientarnos en la reflexión y trabajo que llevaremos adelante en nuestras realidades locales.

1. En primer lugar, se nos ha mostrado la profunda relación que existe entre *vocación* y *misericordia*: este era, en parte, nuestro objetivo, en este Año Santo de la Misericordia, y por este motivo hemos querido elegir como título “*Miserando atque eligendo*”, el lema episcopal del Santo Padre.

Hemos podido reflexionar sobre cómo cada vocación nace del corazón de la Trinidad y se coloca -como nos testimonian las vocaciones narradas en la Escritura- en el horizonte de la misericordia divina, que envuelve a cada hombre. Por lo tanto, siendo creados por Dios, todos los cristianos son destinatarios de una llamada personal y, al mismo tiempo, son guardianes responsables de la vocación de los hermanos.

Bajo esta óptica, es preciso promover una seria «cultura de la vocación» que renueve la entera acción pastoral de la Iglesia; del trabajo en grupos de ayer por la tarde, ha aparecido la expresión «vocacionalizar» a los agentes de pastoral, comenzando por los obispos y sacerdotes. Crecer en esta sensibilidad y promoverla en la vida eclesial es la primera tarea que nos compete en nuestra diócesis.

2. Un segundo aspecto atañe a la relación entre *vocación* y *anuncio*. Para que las personas, sobre todo los jóvenes, puedan descubrir la voluntad de Dios y recorrer el camino que Él traza para ellos, es necesario que entren en contacto con el misterio de Dios, que les sea anunciada la alegría del Evangelio: *¿cómo van a creer, si no han oído hablar?* -afirma el apóstol Pablo- *¿Y cómo van a oír hablar de él si*

nadie les predica? (Rm 10,14). En este sentido, esta mañana el Papa Francisco nos exhortó a: «*No tener miedo de anunciar el Evangelio, de encontrar, de orientar la vida de los jóvenes*».

Esta tarea se hace hoy mucho más difícil y urgente; en nuestro contexto cultural -no podemos negarlo- a causa de múltiples cambios, y de una crisis que afecta a muchos ámbitos de la vida y de la sociedad, existe dificultad en la transmisión de la fe, desde el momento en que se ha roto la cadena generacional que la propagaba de manera natural; de hecho, en algunos casos, los jóvenes no tienen una familia que les sostenga o provienen de familias heridas y, por tanto, les cuesta asumir elecciones personales definitivas.

En esta perspectiva, debemos recuperar *la centralidad del primer anuncio* y la conciencia de que cada bautizado es llamado a ser un discípulo misionero en el contexto en el que se encuentra.

Podríamos decir que esta “primera evangelización” representa ya una forma de pastoral vocacional, que después deberá convertirse en una propuesta explícita con lenguaje y modalidad adecuados a la edad y la cultura de los destinatarios.

3. Una tercera sugerencia atañe a la relación entre *pastoral vocacional y vida de la Iglesia*. Ciertamente, el cuidado de las vocaciones no debe ser improvisado, sino pensado, orado y programado de modo específico, sin caer en los esquemas y en la mera aplicación de modelos abstractos. Además, la pastoral vocacional no puede considerarse como una isla, ha de estar en natural conexión y sinergia con los otros ámbitos de la pastoral eclesial -la catequesis, la familia, los jóvenes, etc.-es un complejo proyecto de evangelización audaz y no mediocre.

4. En tal contexto, una referencia especial va dedicada al *tema del acompañamiento y del discernimiento*. Se trata de una tarea de muchísima importancia, sobre la que, como sabemos, toda la Iglesia será llamada a reflexionar en el próximo Sínodo de los Obispos.

El discernimiento es una verdadera y propia lucha, que requiere tiempo, acercamiento, ponderación, oración, purificación, pues sin este esfuerzo, se corre el riesgo de caer en la superficialidad y en la incompetencia; esto debe aplicarse, sobre todo, respecto a las vocaciones sacerdotales.

Esta ha de ser la tarea de los obispos y sacerdotes, llamados a acompañar a los jóvenes y a los candidatos al presbiterio. Se trata de tener una mirada -retomando las palabras pronunciadas por el Papa Francisco esta mañana- “*capaz de suscitar estupor por el Evangelio, de despertar del entumecimiento en el que la cultura del consumismo y de la superficialidad nos sumerge y suscitar verdaderas preguntas de felicidad, sobre todo en los jóvenes. Es una mirada de discernimiento, que acompaña a las personas, sin apropiarse de su conciencia, ni pretender controlar la gracia de Dios.*”

Muchas veces, las exigencias del trabajo pastoral, no dejan el tiempo necesario para la escucha, la dirección espiritual y la atención personalizada de los jóvenes; sin embargo, no podemos librarnos de esta llamada: “*Muchas veces es mejor detener el paso -leemos en Evangelii gaudium-, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al borde del camino*” (EG, n.46).

No obstante, el discernimiento es también una tarea de todas las comunidades cristianas y de quien trabaja en la pastoral vocacional: las vocaciones nacen y florecen en donde hay comunidades fervientes y contagiosas. Se nos ha recordado en estos días, que si la calidad de la vida espiritual de nuestras comunidades es baja, la institución atraerá solamente a los mediocres y, de este modo, nos arriesgaremos a tener sacerdotes sin entusiasmo, profesionales de lo sagrado y burócratas del espíritu, pero no discípulos enamorados y celosos pastores. Antes que con programas y organizaciones de

eventos, la fascinación de la llamada del Señor se transmite cuando nuestros jóvenes pueden ver el alegre testimonio de vida de los cristianos, de los sacerdotes y de los consagrados.

A tal propósito, además, hemos de resaltar que la vida fraterna entre los sacerdotes constituye un gran polo atractivo para la promoción de las vocaciones, así como, en un sentido amplio, un alegre testimonio de vida cristiana es ya en sí mismo una acción de pastoral vocacional.

El servicio de acompañar y discernir exige a las comunidades cristianas, a las diócesis y a los centros de Pastoral Vocacional diocesanos y nacionales, cuidar la formación y la preparación de laicos, presbíteros y religiosos llamados a la tarea del acompañamiento. Tampoco en momentos de escasez numérica, nos puede servir cualquiera para esta delicada misión: los animadores vocacionales deben ser bien seleccionados y formados y esto vale especialmente para los formadores de Seminarios.

5. Quisiera compartir con ustedes una última cuestión sobre *vocación y misión*. Pienso en el pasaje de Jesús en el lago de Tiberiades y en la llamada de los primeros discípulos: quien se deja interpelar por Su mirada de misericordia y decide seguirlo, debe vencer la inercia, la pereza y la comodidad para ponerse en camino, iniciando la aventura de un seguimiento que requiere el coraje de dejar la seguridad de las propias redes para abrazar Su misión.

Es una aventura capaz de ampliar los horizontes de nuestra vida y de hacernos gustar la belleza. Pienso que la pastoral vocacional debe proponer con este enfoque positivo y optimista el seguimiento del Señor a los jóvenes de hoy; ellos, tan llenos de alegría y de sueños, pero a veces también fragmentados por tantos reclamos superficiales, se apasionan fácilmente cuando intuyen que detrás de una propuesta o un proyecto, está en juego algo decisivo para su existencia.

A este propósito, en la última Jornada Mundial de Juventud, el Papa Francisco, usando una metáfora verdaderamente eficaz, afirmó que uno de los peores males para los jóvenes es esa parálisis que nos hace “confundir la felicidad con un sofá”, sobre el que podemos permanecer cómodos y tranquilos, sin arriesgar, sin crecer y sin soñar.

Por el contrario, el Santo Padre afirmó: “*queridos jóvenes no venimos al mundo para “vegetar”, para pasárnosla cómodamente, para hacer de la vida un sofá que nos adormezca, al contrario, venimos por otra razón, para dejar una huella [...] Dios viene abrir todo aquello que te cierra. Te está invitando a soñar, quiere hacerte ver que el mundo contigo puede ser diferente*” (PAPA FRANCISCO, *Vigilia de oración con los jóvenes en la XXXI Jornada Mundial de la Juventud*, 3 de Julio de 2016).

Esta es la buena noticia que la Pastoral Vocacional debe anunciar: seguir al Señor, colaborar con su misión, incluso dejando todo, y abrazando el camino del sacerdocio ordenado y de la vida consagrada, es vencer la parálisis de una vida mediocre y sin sentido, es ir más allá, es soñar, es contribuir a cambiar el mundo.

Queridos amigos, deseamos regresar a nuestras ocupaciones en nuestras tierras con fuerzas renovadas para “tomar la iniciativa”, “implicarnos” en la vida de los jóvenes (Cfr. *Evangelii Gaudium*, n. 24), ayudarles a descubrir la grandeza de la misericordia de Dios y la alegría que se suscita cuando ponemos nuestra vida a su servicio.

Y en esta fascinante misión, quisiera que consideraran la Congregación para el Clero como una casa con las puertas abiertas, en la que, con humildad y entrega, buscaremos siempre escucharlos, aconsejarlos y acompañarlos en el camino.